



Laura Lee Bahr

# FANTASMA

se

Lectulandia

Fantasma se abre con la aparición del cadáver de Sarah, fallecida en extrañas circunstancias. Esta misteriosa mujer te habla directamente porque tú (sí, tú, quien está leyendo esto) eres un protagonista más de la historia. Te meterás en la piel de un aspirante a estrella del rock, y de tus decisiones dependerá que llegues a un final de película o que te tengas que arrodillar para conseguir respuestas. Pero no estarás solo en este onírico viaje, porque también es la historia de Simon, un periodista que está enamorado de la víctima y quiere saber qué ha pasado; y, por supuesto, la de Sarah, de la que no sabes muy bien si ha fallecido o no, ya que la muerte será el menor de tus problemas.

**Lectulandia**

Laura Lee Bahr

**Fantasma**

ePub r1.0

Titivillus 09.09.16

Título original: *Haunt*  
Laura Lee Bahr, 2011  
Traducción: Hugo Camacho  
Fotografía de cubierta: Marina Castells Sánchez  
Diseño de cubierta: Pol Abran

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## MÚSICA

En esta novela encontrarás referencias a diversas canciones. Para que no las tengas que buscar a medida que vas leyendo, hemos preparado dos listas de reproducción en el orden en el que van apareciendo.

En Youtube:

<http://goo.gl/xjuyOS>

En Spotify:

<http://goo.gl/Tn1fdG>

## Introducción

Te llamas Richard, tienes veintiséis años y vives en Los Ángeles. Sueñas con ser músico, pero por ahora te conformas con trabajar en una oficina dividida en cubículos grises. Mientras sostienes esta novela te das cuenta de que uno de los motivos por los que apenas recibes visitas o (directamente) por los que no tienes muchos amigos es que no dispones de sofá para acomodarlos. Una mañana, al salir de casa para dirigirte a tu odioso trabajo, observas que a las puertas de tu apartamento alguien ha dejado un sofá. Tienes dos opciones:

*¿Lo dejas dónde está?*

—O bien—

*¿Lo incorporas a tu mobiliario?*

Esa es la primera decisión que deberás tomar en esta historia, protagonizada por un trío de personajes que se mueven con cautela por las calles de Los Ángeles, al tiempo que se internan en una sala de espejos iluminada con bombillas rojas. Sarah es una joven muerta (o que tal vez no lo está) cuyo espíritu no encuentra la paz que necesita y trata de comunicarse a la desesperada con dos hombres. Uno es Simon, un periodista de éxito (y detective para la ocasión) que empieza a recibir sus señales y que se obsesiona con las circunstancias de su muerte. Quién sabe, tal vez incluso esté enamorado. Y el otro eres tú. TÚ. Richard. El mismo que sujeta este libro y acaba de encontrar un sofá.

Concebida inicialmente como una novela del tipo «Elige tu propia aventura», Laura Lee Bahr retomó el manuscrito siete años después y se pasó mucho tiempo reconstruyéndolo. En el proceso de reescritura se eliminaron las opciones del tipo «pasa a la página 88» y la autora le imprimió al texto un ritmo caleidoscópico que hace de esta lectura una experiencia difícil de olvidar.

Las opciones que se les presentan a los personajes de *Fantasma* y las decisiones que toman son ramificaciones infinitas que no queremos perdernos, alvéolos pulmonares que se internan en un órgano a punto de enfermar. Bahr te muestra las consecuencias de tus actos y te lleva una y otra vez al punto de partida para que tomes otro camino distinto con el fin de desentrañar el misterio de la muerte de Sarah.

Hay momentos de esta historia en los que nada tiene una explicación lógica. Y no solo eso. Las cosas se volverán terriblemente extrañas. ¿O qué pensarías si recibieras

un *e-mail* de un muerto o tuvieras que arrancar la cinta de una máquina de escribir para desentrañar el texto que había generado? Pero no te preocupes: disfruta del paseo. Te guía un fantasma que sabe bien lo que hace.

Ese laberinto de cemento que recorrerás junto con los otros dos protagonistas no podía estar en otro sitio que Los Ángeles, por un motivo obvio: el *noir* es un género indiscutiblemente adscrito a esta ciudad. Acompañamos a Simon en su investigación cuando visita al detective Dervish, quien en su día se ocupó del caso de Sarah, y no podemos evitar pensar en el Phillip Marlowe del escritor Raymond Chandler en *La dama del lago*. Los Ángeles se muestra en *Fantasma* como una ciudad alejada del celuloide y de los grandes estudios de cine. Sin embargo, sus inquietantes requiebros nos remiten, o más bien nos lanzan como si fuéramos hombres bala, al epicentro de las memorables atmósferas del *Mulholland Drive* de David Lynch, 2001 o el *My Son, My Son, What Have Ye Done* de Werner Herzog.

Las referencias literarias también se desbordan en *Fantasma*: la alteración del espacio-tiempo con relación al estado mental de los personajes nos recuerda a los ejercicios de Kurt Vonnegut en *Matadero Cinco*. Podemos intuir en Richard algunos rasgos que ya observamos en el turbulento personaje del Johnny Truant de *La casa de hojas*, de Mark Z. Danielewski, y la magia que impregna las páginas de la novela de Laura Lee Bahr rememora la serie de novelas juveniles *Weetzie Bat*, de Francesca Lia Block, donde Los Ángeles aparecía bajo un prisma de neón llamado Shangri-L. A.

Conocí a Laura Lee Bahr en noviembre de 2012 en Portland (Oregón, EE. UU.). Además de novelista, es dramaturga y trabaja en la concepción y dirección de obras de teatro en los circuitos alternativos de Los Ángeles. Coincidimos en una reunión de escritores adscritos al género *bizarro* que tuvo lugar durante cuatro días en un peculiar hotel llamado Edgefield Manor, que había sido varias cosas a lo largo de su historia, desde una antigua granja a una especie de sanatorio para tuberculosos decorado con cuadros hipnóticos. Laura llegó un día tarde a la convención, pero para entonces todos los autores me habían hablado ya de *Fantasma* como uno de los mejores libros que habían leído aquel año.

La novela estaba nominada a un premio Wonderland. Estos galardones se otorgan a la mejor novela y la mejor recopilación de relatos *bizarro*, y los votan los autores y los lectores. Fue la ganadora indiscutible y, a pesar de que está algo alejada de los parámetros habituales de este género, creo que constituye un punto de partida excelente, por su originalidad y su innegable pulso literario, para dar la bienvenida al desembarco del *bizarro* en nuestro país. Así que te invito a seguir leyendo.

¿Y el sofá? Se trata de sacar la basura de casa, no de meterla dentro. Así que lo dejas, por supuesto.

Tamara Romero, marzo de 2015

# FANTASMA

*Esto es para ti.*

## Prólogo

Muerta quiere decir muerta. ¿Para qué buscarle tres pies al gato y darle tantas vueltas obsesionándose con una causa concreta cuando hay tantas entre las que elegir? Podría ser por ahogamiento o por pérdida de sangre. ¿Para qué insistir en la asfixia? Como si eso fuera la solución al enigma.

—Porque los que se cortan las venas no se asfixian, por eso —dice el detective. El forense asiente. El periodista parece confundido. Las heridas de las muñecas forman dos enormes cruces abiertas y han dejado un caos sanguinolento que parece la causa obvia de la muerte, lo que lleva a la conclusión lógica de que la joven se ha suicidado.

El ahogamiento también parece una causa probable, ya que su cadáver fue hallado en una bañera llena. ¿Pero no...?

La «causa real», de acuerdo con quienquiera que tenga la última palabra en cuanto a causas reales, es la asfixia. Eso haría que un periodista se inclinase a creer que ese cuerpo cortado, desnudo y sumergido en el agua podría tener unas cuantas historias que contar.

Pero por ahora, el cadáver solo cuenta una historia, y lo hace por boca del forense, cuya formación científica respalda su autoridad para afirmar, pese a que las demás pruebas sostienen lo contrario, que se trata de «asfixia».

¿Y cómo sabe la ciencia que hay alguna diferencia entre la asfixia, el ahogamiento y el desangrarse hasta la muerte?

Hay gente, señoras y señores, cuyo trabajo consiste en saber este tipo de cosas. Pero esta historia no habla de esa gente ni de su trabajo.

No, amigo.

Esta historia habla de ti.

Es una historia explicada de la misma manera que la mayoría de historias: «Primero pasa *esto* y luego *aquello*». Pero a diferencia de otras historias, esta está explicada como si pudieras ver qué habría pasado si, en lugar de haber hecho *tal cosa*, hubieras hecho *esa otra*.

Porque, lo sepas ya o no, cada acción acarrea una consecuencia, pero esta raramente suele ser la que cabría esperar.

Te voy a contar la historia *así*, siempre según lo que pasa *ahora* —«haces *esto* y pasa *aquello*» o «en vez de *eso*, haces *esto otro* y pasa *tal cosa*»— porque así es como yo lo veo aquí y ahora, en el lugar en el que me encuentro.

Este lugar es muy diferente del sitio en el que estás tú.

Aquí donde estoy ya no me hago ilusiones de que nada de lo que haga me vaya a llevar a ningún sitio.

Te puedo decir a las claras que ese cadáver era el mío.

Hay muchas cosas que antes consideraba mías y que ya no me pertenecen.

Tu apartamento, por ejemplo.

*¿Quién eres?*

## **PRIMERA PARTE**

### **DEJANDO COSAS ATRÁS**

*En la que...*

Sarah puede que vuelva a fumar, o puede que no.

Dejas el sofá en la calle.

Todos nos preguntamos qué es lo que pasa con ese tal Simon.

# Tú

Seas quien seas, estás solo.

La tristeza se derrama, te empapa por completo y sientes que estás a punto de llorar. Parece que el eco de esa emoción se convierte en una canción que reverbera por toda la estancia. El momento mismo está cantando. Es una canción compuesta en una clave menor, lejana pero que se oye con claridad, tan bella que duele, que habla del amor perdido y de una eternidad de añoranza. Entonces recuerdas que, después de todo, no estás solo. Tienes un fantasma que te hace compañía..., pero aún estás durmiendo.

Sigue durmiendo.

Sueñas que estás en un lugar —tu casa, pero la ves diferente, no como es ahora. ¿Es así como era cuando ella vivía aquí?— bañado por una luz extraña que no para de cambiar: del blanco al azul y al sepia. Hay una mujer joven sentada en el sofá. Es muy hermosa pero extraña a la vez, y te produce un miedo que no sabes identificar. Quizá sea por la manera en que sus ojos también van cambiando de color o porque el humo de su cigarrillo no se mueve. Está quieto como si el aire fuera pegamento.

Te sonrío. Ahora la luz es blanca.

—Sí, lo sé —te dice, aunque tú no le hayas dicho nada.

Estás desesperado; tienes un mensaje para ella que es de suma importancia. Te estrujas el cerebro y de pronto lo dices:

—Estás muerta.

Ahora la luz de la habitación es azul.

De repente, el cigarrillo está entero y todavía no lo han encendido. Ella hace chasquear los dedos como si intentase hacer saltar una chispa que lo encienda.

—Nos hemos visto antes —dice—, aunque no estoy segura de que nos hayan presentado.

Ya has tenido suficiente. Ella está sentada en el sofá de tu salón (espera un momento: tú no tienes sofá) y empieza a desvanecerse por los pies, como el gato de Cheshire.

—¿Quién eres? —preguntas.

—Lo has soñado todo al revés —responde mientras solo sus ojos brillan y cambian para hacer juego con el sepia brumoso de la habitación—. Ahora ve por el otro lado.

Y desaparece.

Empieza a sonar un ruido largo, tan estruendoso que hasta te hace daño... es como un zumbido que se extiende y que al fin alcanzas a reconocer. Es el teléfono. Es un ruido alarmante que tira de ti y rompe a través de capas de consciencia. Ese sonido te está exigiendo una respuesta. Contestas, no muy seguro de quién eres, pero una voz te lo recuerda:

—¿Richard Jamison? —pregunta una voz que no reconoces. ¿Es ella? ¿Tu

fantasma?

—¿Sí? —contestas. Ahora estás despierto. Es por la mañana y pareces estar en el mismo sitio que cuando te dormiste, solo que ahora hay más luz.

—Señor Jamison —continúa la voz—. ¿Saca usted el máximo provecho de su servicio de televisión por cable a cambio de lo que paga?

*No, no lo sacas.* De hecho, sabes que podrías sacarle más partido. Mantienes una larga conversación y al final acabas con muchos, muchos más canales de los que nunca tendrás tiempo para ver y proporcionándole una buena comisión a esa mujer robótica a quien le acabas de alegrar el día. Qué generoso eres.

*Sí, lo eres.* Siempre lo dices. Mientras cuelgas el teléfono, recuerdas que no crees en fantasmas y que tampoco estás interesado en ellos. La tristeza, la soledad, el sueño y el fantasma desaparecen en el momento en que te convences a ti mismo de tu propia existencia.

*¿Quién eres?*

Sí, claro que lo sabes. Eres Richard Jamison, «Rich, por favor», de los Jamison de Kansas City, en Misuri. Mírate en ese espejo. Sí, estás bastante bueno y no eres el único que lo dice. Ojos azules. Pelo rubio oscuro y largo que hace juego con tu vello púbico, del mismo rubio oscuro. Piel del color de la leche entera. Necesitas un bronceado, pero no hay manera de que consigas ponerte moreno. Tienes una nariz prominente y angulosa y una nuez tan grande que, junto a tu cabeza, te hace parecer un helado de dos bolas, una encima de la otra. Sube y baja de golpe cuando hablas, con ese tono fuerte que te otorga seriedad. Llevas ropa buena. Llevas calzoncillos buenos. Llevas una colonia que atrae a las tías porque huele a dinero. Estás cuerdo. Eres inteligente pero algo inmaduro. Tan solo tienes veintiséis años. También tienes salud.

Felicidades.

A tu polla la llamas «Número Uno». Nunca le has hecho sexo oral a ninguna de tus novias porque, para ser franco, lo encuentras asqueroso. Crees que eres un «verdadero macho». Y tienes toda la razón.

Te gusta la música popular. Tienes una buena radio. Piensas que todo te va bien.

Tu espiritualidad se limita a la música, en la que tienes un deseo insaciable de participar. Quieres ser una estrella del *rock*, pero no te acabas de ver viviendo entre tu propia mierda, así que te conformas con ser un tío de baladas. Cuando cantas, tienes una voz sorprendentemente ronca y *sexy* con la que impresionas a las chicas que te traes a casa. Les cantas temas de Hendrix, de los Beatles, de Pearl Jam y de Nirvana. Estás trabajando en tus propias canciones —bueno, eso es doloroso— aquí en California, adonde te has mudado hace poco desde Kansas City para «triunfar».

«Triunfar» significa hacer concesiones, lo cual exige tener un trabajo medianamente soportable en el Departamento de Desarrollo de Negocios de Brighton Research. Ganas un nada desdeñable sueldo de cinco dígitos, y eso que apenas acabas de sacarte un máster con unas notas medianillas. De nuevo, felicidades.

Tu apartamento está en un barrio de Venice, en California, que está en pleno proceso de gentrificación. Sus características más destacables son las siguientes: un alquiler que te puedes permitir, techos altos, grandes ventanas, y que está a cinco minutos andando de la playa. Las peores son estas: los ocasionales *ra-ta-ta-ta* de los disparos que se oyen, una instalación eléctrica de mierda, los vecinos y que ese paseo de cinco minutos hasta la playa es en realidad un circo de los horrores. (Oh, y también que está encantado. Aunque no te das mucha cuenta de ese tipo de cosas cuando estás despierto).

Esta es una mañana gris. Junto a tu ventana hay unos niños que hacen una cuenta atrás y acaban gritando: «¡Despegue!».

Te duchas y tomas el té; después, te sientas en la posición del loto y te preguntas qué podría hacer tu país por ti. Crees que si te conviertes en un músico rico y famoso alcanzarás la iluminación. O que, al menos, llegarás a estar medianamente iluminado, en cualquier caso. Rezas por ello aunque no crees en Dios. Eres lo suficientemente inteligente como para saber que necesitas una intervención divina o, al menos, cierta conexión con la divinidad para conseguir lo que quieres. Te levantas y vas a sentarte a la sala de estar con tu guitarra. No importa lo que tocas: es una mierda.

Un pequeño tornado de energía sobrenatural enciende y apaga la luz de tu habitación una y otra vez. Pero no te das cuenta, ya que estás en el salón.

Pero ya basta de hablar de ti. Hablemos de los problemas que tengo contigo.

No me gusta cómo tienes el apartamento. No tienes mascotas ni amigos, excepto un par de tipos aburridos que vienen de vez en cuando a ver *sitcoms* contigo y que son tan sosos que, por no hacer, ni siquiera derraman una gota de cerveza. No tienes sofá, así que seguramente sea ese el motivo por el que no tienes amigos. Bebes como una nenaza. Me dedico a tirar las cosas y a abrir los armarios cuando estás en el trabajo. Desearía poder fumar y dejar cigarros encendidos para que te los encontraras cuando llegaras a casa, pero es una tarea bastante difícil. Aunque estoy trabajando en ello.

Mientras te pones potingues en el pelo y piensas que el tío del espejo está cañón, te esfuerzas por no parecer un idiota, pero solo consigues parecerlo aún más. Bah. Te estás preparando para salir de casa.

Creo que deberías concentrarte en proporcionarle a la gente un sitio donde pueda sentarse. Hay un sofá justo en la puerta de tu apartamento. No necesitas saber de dónde ha salido; está ahí ahora mismo, en la calle. Es bonito: de un color azul celeste con hojas doradas, y el respaldo y los reposabrazos son de roble auténtico. No se ajusta mucho a tu carácter, pero, como ya he dicho, tendrás que cambiar tu carácter si quieres hacer amigos. Y un músico necesita todos los amigos, falsos o reales, a quienes pueda engatusar o sacarse de la manga. ¿Qué me dices?

*¿Lo dejas donde está?*

—O bien—

*¿Reconoces que un sofá atraerá nuevos amigos y lo recoges?*

## Simon Would

Tú *sacas* la basura, no la *metes*.

Dejas el sofá ahí sin ni siquiera echarle una segunda ojeada. Vas hacia el trabajo, donde...

¡OYE! Te has vuelto a quedar colgado mirando a la nada otra vez. La gente va a pensar que no pones el suficiente empeño en hacer lo mismo todos los días: sentarte en tu cubículo, entre paredes de rectángulos blancos y moqueta de color gris vómito, bajo luces fluorescentes que provocan migraña y que se van acercando centímetro a centímetro a tu coronilla. Trabajas dentro de una pequeña caja para animales. De repente te viene a la mente la imagen del hámster que llevaste a casa un día cuando eras pequeño, con esa naricilla que salía por los agujeros para respirar. Aquí no hay agujeros de ese tipo.

De pronto sientes que te falta el aliento y sales a la calle a coger aire. Hace calor fuera, y la mañana gris ha pasado a ser cegadoramente brillante. Das una vuelta a la manzana.

Hay un hombre en la acera. Fuma con unos gestos demasiado raros para una acción tan aparentemente sencilla. El tío tiene una pinta curiosa; es de un color extraño entre el marrón y el gris. Del pelo negro, que parece un casco apretado contra la cabeza, brotan algunos rizos sueltos. Tiene una pinta rara pero, de alguna manera, crees que te resultaría agradable si no pareciera estar tan enfermo.

Lleva una camisa a rayas rojas, los pantalones caídos parecen una bolsa colgada de una cuerda y sus deportivas están llenas de agujeros. Puede que sea un mendigo. Puede que te pida dinero. De hecho empieza a cojear —sí, cojear— hacia ti.

Cruzas la calle para adelantarlo, y aprietas el paso.

—¿Trabajas aquí? —llama detrás de ti, con una voz que suena con la desesperación ronca y profunda de un amante rechazado.

Apenas te giras un poco y compruebas que ya te ha alcanzado. Te acaba de bloquear el paso por la acera. Lleva el cigarrillo en la mano ahuecada, de manera que debería de estar quemándose; pero no: la tiene abierta, y el humo de la punta sale por el otro lado.

—¿Perdona? —preguntas.

—¿No trabajas en Brighton Research? —inquire sacando el cigarrillo de golpe de la palma de su mano para darle una calada y después devolverlo adonde estaba.

—Sí, pero no llevo mucho tiempo.

—Espera —dice—. Veinte años más y te regalarán el pisapapeles de peltre.

—¿Trabajas en Brighton?

—Por supuesto. Llevo como unos veinte días. Dentro de veinte años ya estaré muerto.

No sabes si reír o qué, así que te limitas a quedarte mirándolo. Saca la mano que tiene libre como si tratase de mantener el equilibrio para no caerse, pero aguanta en

esa postura tanto rato que te das cuenta de que en realidad te la está ofreciendo.

Se la das. Su mano está fría y seca, al contrario que la tuya, que está caliente y húmeda. Aun así, el apretón es firme y no se resbala.

—Simon Would. ¿Cuánto te pagan por hacer qué?

Su nombre te suena. Lo conoces de antes. Te remontas tan atrás que empiezas a parpadear mientras esperas a que te entre la información... El que te llegue o no, eso dependerá de lo rápido que abras la boca.

Esperas a que llegue.

*Flashback* al tercer curso cuando había un niño nuevo que era más oscuro que los demás y hablaba raro. Un día en que estabas resfriado te quedaste en la biblioteca durante la hora del recreo y él estaba allí, como solía hacer siempre, con pilas de volúmenes de enciclopedia abiertos que cerró cuando te le acercaste. Le preguntaste qué estaba leyendo y él te sonrió y te dijo que estaba «investigando». Le preguntaste qué quería decir aquello, pues no lo sabías, y él te respondió: «Encontrar todo lo que puedas sobre algo antes de que lo hagas».

Se podía decir que erais amigos, pasasteis algunos recreos juntos jugando a imaginaros cosas... y te castigaron, pero no acabas de recordar por qué. A final de curso se mudó. Sientes una rara incomodidad al recordarlo, como culpa o vergüenza, no sabes darle nombre, como si a él lo hubieran enviado lejos y tú hubieras sido cómplice. (¿De qué? No lo recuerdas. De todos modos era algo que no tenía sentido para ti, solo para él). Oíste que se había mudado a una ciudad lejana y próspera.

A lo mejor es en esa ciudad próspera donde te lo has encontrado.

—¡Simon! —exclamas al tiempo que le das una palmada en el hombro como si fuerais viejos colegas de borrachera, aunque la última vez que lo viste todavía mojabas la cama—. ¡Soy yo! ¡Richard Jamison!

—¿Dick? —finge un reconocimiento absoluto.

—Rich. O Richard. —Asiente—. Parece que sigues con tus investigaciones, ¿eh? —dices, pensando en las enciclopedias—. ¿Te acuerdas? ¿De la biblioteca?

—Por supuesto —asiente—. Parece que al final saliste de Dubuque, ¿eh?

Nunca has estado en Dubuque.

—¿Has vivido en Dubuque? —le preguntas con educación.

—Era una metáfora, colega, una metáfora. —Te rodea los hombros con el brazo y tira el cigarrillo.

Ríes, sin estar muy seguro todavía de que se acuerde de ti. A lo mejor te has equivocado en algún momento y ahora notas como todo tu cuerpo late con algo eléctrico que hay en su abrazo.

—Bueno, ¿qué ha sido de tu vida? Sé que te mudaste, pero...

—Me mudé aquí. Eso fue lo que me pasó —responde Simon.

Asientes con afabilidad. Te sueles enorgullecer de ser siempre tan afable.

—¡Bien! —exclamas—. ¡La vida está llena de sorpresas! —También sueles decir estupideces como esta.

Te das la vuelta y te vas.

Él incurre en la descortesía de seguirte.

—Puedo enseñarte todo esto, ya sabes —continúa él—. Esta es mi ciudad. ¿Eres nuevo aquí?

—No —mientes.

—Vale, pues —contesta. Se para en seco mientras sigues andando.

—Oh, tan solo un pequeño consejo de buen rollo —dice detrás de ti mientras cambia a un tono de voz más musical—. No te asustes si la ves.

—¿Ver a quién? —preguntas.

—Al fantasma —responde.

—¿El *fantasma*? —repites, con el tono más ridículo posible.

—Sí, la verás en algún momento, si haces las cosas bien.

Te lo quedas mirando. ¿Tiene una sonrisa en la cara o es la mueca de alguien que va hasta las cejas de *crack*?

—No te asustes si la ves —repite con serenidad.

Y sale disparado en dirección opuesta corriendo de manera errática.

## El novio de Sarah

Regresas al trabajo, huyendo del sol y parpadeando por el cambio de luz mientras miras atrás, alerta, por si vuelves a ver a Simon. Te da miedo y preferirías evitarlo a toda costa.

Te has comprado un granizado —de polvos de fresa con proteínas— mientras dabas la vuelta a la manzana y lo estás sorbiendo ruidosamente cuando te paras junto al cubículo de la que es tu favorita entre todas las secretarias: Sarah. Está enviando un *e-mail* y se nota que le da vergüenza que la pillen sin trabajar cuando miras por encima de su hombro.

—Hola —dice sonrojándose al tiempo que cierra la ventana en la que estaba escribiendo el *e-mail*.

—¿Es tu novio? —preguntas al ver un recorte pegado en su ordenador. Es un hombre de color, con los ojos negros (y guapo) a quien te da la sensación de que ya has visto antes.

Algo se revuelve en tu estómago y te entran náuseas. Demasiado granizado, quizá.

—Oh, ya me gustaría a mí —responde Sarah—. Lo he recortado de la *GQ*. Hicieron un reportaje sobre... ¿cómo lo titularon...? «Los escritores más guapos y mejor vestidos». Él llevaba esto puesto durante un baile de caridad. ¿No da la sensación de que haya salido de un sueño?

Apoyas el culo en su escritorio y giras la cabeza, haciendo ver que estás aburrido.

—¿Has hecho algo interesante este fin de semana? —le preguntas.

—Hum... Sí, salir de fiesta, ya sabes.

Te gusta Sarah porque es mona y simpática, y no lleva sujetador. Tienes la misma edad que ella, aspiraciones parecidas —en la sala de descanso te enteraste de que quiere ser cantante— y probablemente cobras el doble que ella, por lo que, cuando te sientas más seguro en tu trabajo, le puedes pedir que te vaya a hacer fotocopias y que te ordene los informes.

De forma intuitiva sabes que ella es «demasiado guay» para ti. Aun así, piensas que algún día le pedirás que salga contigo a tomar algo después del trabajo. Le echas una miradita disimulada a los pezones: los tiene duros y apretados contra la camisa. Te imaginas alargando una mano hacia el derecho, pellizcándolo, estrujándolo, chupándolo... Casi parece que te esté rogando que lo hagas. En lugar de eso, vuelves a sorber de tu granizado y le das una palmadita en el hombro mientras te levantas para volver a tu despacho.

—Por cierto —dices—, ¿conoces a Simon Would?

Se ríe de una manera tan fuerte, tan cercana a la histeria, que le chistas para que baje la voz.

—Perdona —se disculpa—. Es que es gracioso.

—¿Lo conoces? —susurras, deseando que no vuelva a reírse de forma tan

ruidosa.

—¿Te refieres a mi «novio el guapo» Simon Would? —pregunta con una chispa en sus ojos y haciendo unas comillas traviesas con los dedos cuando dice «novio el guapo», como si estuviera contando un chiste en un bar.

¿Se está riendo de él? ¿Se está riendo de sus pintas de mendigo cojo? No parece que sea de las que tienen ese tipo de sentido del humor. Pero, ¿la conoces, en realidad? ¿Es Simon su novio de verdad? ¿Está saliendo con ese tipo que lleva los pantalones caídos y tiene pinta de estar completamente chiflado? Sin estar muy seguro, le preguntas:

—¿De verdad crees que Simon Would es guapo?

Ahora parece que la hayas ofendido. Pone los ojos en blanco y vuelve a abrir el *e-mail*. «¡Bah!», dice sin ni siquiera volver a mirarte.

Te planteas si decirle que fuiste al colegio con Would. ¿Te haría sumar puntos con ella?

Seguramente, sí. Pero... espera. Mejor que eso, haz que se tome una copa primero.

No te olvides de Número Uno, Dick. Llevas seco un par de meses. En casa eras un semental. Aquí eres un quiero y no puedo y un idiota.

No tienes opción. Está pasando de ti.

Espera a que llegue el momento.

## ¿Quieres tener suerte?

Vuelves a tu cubículo, sorbiendo el granizado, y te sientes como... Te entran escalofríos. Los granizados pueden hacer que te duela la cabeza, como cuando muerdes un helado. Te asalta una idea extraña que te baja por la espina dorsal y que a lo mejor, hace tiempo, cuando los humanos éramos meros animales, te habría erizado el pelo de la espalda. Como si fueras un gato. Haciendo que eso te dé más miedo que el propio causante de ese miedo. Se llama evolución, nene.

El recuerdo que no estabas buscando te asalta; no es bienvenido:

Simon Would tiene un problema importante. Es incapaz de aceptar que una persona ha muerto porque su madre murió cuando era pequeño, y por eso no puede aceptar que ella no esté en algún lugar desde el que puede verlo y oírlo.

Ahora recuerdas que, por aquel entonces, en tercero, estaba convencido de que encontraría un túnel que lo llevaría hasta ella. Aquella era su investigación —y por eso te castigaron—, había quitado unas lamas del techo de la biblioteca y tú le habías ayudado a encaramarse. ¡Estaba intentando encontrar a su madre muerta en el falso techo de la biblioteca!

No tienes pelo en la espalda; aun así, los escalofríos suben y bajan.

Lewis, tu compañero de trabajo, viene y te choca los cinco.

—¿Qué es eso tan gracioso? —te pregunta.

—¿Qué? —respondes.

—Te he oído reírte por allí —explica.

—Oh... Nada —contestas, y piensas que no tienes ni idea de por qué se reía Sarah.

—Hay reunión gorda a las dos. ¿Has mirado el *e-mail*? —te pregunta Lewis. Te sientas a tu escritorio y vuelves a sentir un pequeño escalofrío. La temperatura de la oficina es muy baja; seguro que la factura del aire acondicionado es enorme. No es que sea problema tuyo, pero ahora mismo desearías tener un jersey a mano. Estás agotado. Tendrías que haber pedido polvos energéticos en lugar de proteínas con el granizado.

Abres el *e-mail* y ves que has recibido algo de Sarah.

De: sarawillie@brihtonbeach.com

Para: ricjimmy@brightonbeach.com

Asunto: ¿Quieres tener suerte?

Fecha: 03/13/01

Mensaje:

¿Quedamos esta noche?

SW

Por eso se había sonrojado. Ahora eres tú quien se sonroja. Y Número Uno también. ¡Bam! ¡Todavía tienes tu toque! La espera ha sido corta, colega.

Lo que tienes que hacer ahora es conseguir que se tome esa copa, explicarle de qué conoces a Simon y será pan comido. Está claro que no está saliendo con él. O eso o es una puta. Espera. ¿Deberías salir con ella? ¿De verdad quieres liarte con la novia de otro? De todos modos, ¿qué puede haber visto en ese tío? Igual está intentado buscarse algo mejor. Vuelves a leerlo, despacio. «¿Quieres tener suerte?». ¡Eso es, joder! ¡Qué fuerte vas a azotar ese culo de putilla que tiene...! Te ha dicho que Simon era su novio justo después de pedirte que te la folles hasta que se le salga el cerebro por las orejas... Por supuesto que quedar con ella está mal. Estaba tan nerviosa que incluso ha puesto mal la fecha. Joder... ¡Debes de gustarle mucho!

Volverías allí, pero piensas que mejor será que le sigas un poco el juego.

Haces clic en el botón de responder:

«¿Quieres tomar una cerveza después del trabajo?», escribes. Le das al enviar.

A continuación borras el *e-mail* que te ha enviado. No sabes cuán lejos puede llegar todo esto, pero si llega hasta donde te gustaría, podrían despediros a los dos.

Ahora tienes que prepararte para tu reunión de las dos, por mucho que Número Uno insista en que ese es el único asunto importante del día.

Mensaje nuevo.

Lo abres con el corazón dando brincos ante la perspectiva de recibir un sí de Sarah. En lugar de eso, se trata de un mensaje automático que dice: «dirección no reconocida, no se ha podido enviar el mensaje» y lo que habías escrito:

«¿Quieres tomar una cerveza después del trabajo?».

Es absurdo, ya que le has dado al responder y ha sido ella quien te ha mandado el mensaje. ¿Pero qué puedes hacer? ¿Llamar a Informática y dejar que fisgoneen en tu secreto?

Decides esperar hasta que Número Uno deje de merecer nombres como Pedro o Pinocho —eso te ha hecho gracia— para volver a su mesa y echarle una ojeada previa a lo que luego podrás contemplar en todo su esplendor.

Te arreglas los pantalones y al alzar la mirada te topas con la de Lewis, que medio te sonrío desde la entrada de tu cubículo. Hace como que llama a la puerta.

—Eh, tío —dice.

—¿Qué hay? —respondes.

—Te quería preguntar si ya tienes los números preparados para la reunión de las dos.

—Sí, sí. Un segundo. —Todavía sentado, haces ver que recoges estos papeles y los de más allá—. Oh, mejor imprimo otra copia.

—¿Quieres mandármelos por *e-mail*?

—Creo que mi *e-mail* da problemas. ¿Los recoges de la impresora?

—Claro, tío. —Lewis se gira para marcharse.

—Oye —dices—, Lewis, ¿conoces a un tío que se llama... esto..., Simon? Simon

Would.

Asiente, pensativo.

—Sí, tío. Sé quién es.

—¿Qué sabes de él?

Lewis te dedica una mirada llena de dolor.

—Bueno... ¿No se lo dirás a nadie?

—Oh, claro que no.

—No le queda mucho, tío.

—¿Se está muriendo?

—Sí —ríe Lewis.

No estás muy seguro de por qué se ríe, ya que la muerte no es como para tomársela a risa, pero Lewis te pega una palmada en el hombro.

—¡Era broma! No, hombre, quiero decir que lo van a despedir.

Resulta que a Simon lo contrataron hace seis meses como director jefe del Departamento de Escritura, un puesto que se inventaron para él, ya que era un «escritor famoso».

Se suponía que iba a ser una especie de medalla para Brighton, ya que los escritores de su calibre no suelen rebajarse a trabajar para una empresa como esa, pero él insistió en que quería trabajar para ellos, incluso como un redactor creativo cualquiera si fuera necesario. Ellos le respondieron que no era necesario y se inventaron un cargo para él.

Desde entonces, ha ido decepcionando a todo el mundo, día a día, semana a semana y mes a mes, hasta que ahora su trabajo se limita a redactar cosas aisladas y a ser un recordatorio un tanto doloroso de que había que rebajar hasta niveles apropiados tanto su cargo como su sueldo. Pero ninguno de los ejecutivos tiene las suficientes pelotas como para despedir a alguien que ha salido en la lista de los más vendidos del *New York Times*.

Pero les da pena: tiene un problema con la bebida, su mujer lo ha dejado y es cojo. Nadie sabe qué narices le ha pasado, pero les da miedo preguntar, como si se fueran a contagiar o algo. La mayor parte del tiempo que pasa en Brighton, que no es mucho, se lo pasa en su mesa, sudando a chorros y comportándose de manera extraña, o fuera, fumando como un carretero. Tiene los días contados y tal vez te sobran dedos en una mano para contarlos.

Quieres seguir preguntando —quieres preguntarle si sabe si Simon está saliendo con Sarah—, pero prefieres no delatarte. Estás seguro de que esta noche te vas a follar a esa tía y no quieres que te despidan por ello.

## Reunión semanal

La reunión semanal de los miércoles siempre hace a Sarah divagar como si se hubiera pegado un viaje de hierba de mala calidad mezclada con metanfetamina adulterada.

Su amiga Tamara, que también es secretaria, suele tirarse toda la reunión pasándose notas y cuchicheando con Lewis, que es el jefe del departamento pero que se lleva muy bien con las secretarias.

La reunión suele consistir en consejos para vender, repasar los números, decidir qué llamadas deben hacerse, aclaraciones sobre la política de la empresa y algo de cotilleo suave. Sarah garabatea un árbol —lo único que es capaz de dibujar y que se parezca mínimamente a lo que intenta plasmar— en uno de los márgenes de su bloc de notas. Del árbol salen infinitas ramas en todas direcciones, y de ellas brotan palabras como «cliente», «crédito» u «objetivo semanal» formadas con el alfabeto de frutas del empleado corporativo.

Fantasea sobre el día en que deje ese trabajo. Aunque es algo que no ocurrirá pronto. Sueña con subirse a la mesa, quitarse la camisa y hacer una gran interpretación de «Misty». Dios, cómo le gusta esa canción.

A lo mejor, a modo de bis, cantaría «My Funny Valentine». Esta mañana, en la ducha, ha cantado el himno nacional estadounidense, y ha llegado a la nota más aguda del «free» (el de «*for the land of the...*») como si fuese una estrella del *pop* en un estadio. Podía oír al público en el agua que le entraba en las orejas; la jaleaban. Las drogas pueden ayudar con este tipo de cosas. Después de una *rave* —y de su primera pastilla— se pasó semanas oyendo cómo el tecno salía de las tuberías.

A medida que va garabateando escribe estas palabras: «No me mates esta vez».

Durante un momento se queda mirando esa extraña frase y contempla a sus compañeros de trabajo, completamente quietos, atrapados en ese instante como insectos en ámbar.

Su mente viaja hacia atrás, a mucho antes de lo que es el ahora, a vidas pasadas, a una en la que era una princesa joven y tenía el pelo más negro que la noche y tan largo que le llegaba por debajo de las rodillas. Sus doncellas se pasaban horas peinándola. Cierra los ojos y recuerda el peso que tenía. Se daba baños de agua caliente con pétalos de rosa. Así eran las cosas entonces. Pocas palabras, pero muchas sensaciones y olores. La sensación de que te vistan otras personas. ¿En qué país se encuentra? ¿Qué año es? Lo único que sabe es que está en la bañera.

De repente, hay alguien más con ella. Se trata un revolucionario, un campesino. Tiene los ojos negros. Está hambriento, amargado, necesitado. ¿Qué es lo que quiere? ¿Comida? ¿Justicia? ¿Poseer su cuerpo?

Salta como un animal y mata a las doncellas, dos de las cuales eran sus favoritas. Se le acerca por detrás y la sostiene en un abrazo apasionado, con un brazo sosteniéndole la cabeza de manera que ella puede verle los ojos y el otro apretando su cuerpo desnudo contra él. Se queda quieta y no hace ningún ruido. El corazón y el

aliento, sostenidos como una nota larga. Nunca antes la había abrazado un hombre. Nunca antes había estado desnuda delante de un hombre. Hasta ahora ha vivido cada instante como una sucesión de tradiciones concretas que nunca se ha cuestionado y que nunca le han molestado.

El hombre desprende un olor acre que hace que sus fosas nasales se ensanchen. Quiere beberse ese olor. Es guapo y ella lo mira a esos ojos que son como soles negros. No se ahogaría en ellos, sino que se quemaría. Esto no estaba planeado. Nadie sabía que iba a ocurrir. Ahora, por primera vez, se siente viva de verdad. Está enamorada de él. Toma una bocanada de aire y su corazón vuelve a latir. ¿Qué va a hacer?

El hombre le corta la garganta.

De vuelta a la reunión, contempla las palabras del árbol, preguntándose quién debe de ser él ahora. ¿Es alguien a quien conoce en esta vida?

—¿Sarah?

—¿Sí?

Levanta la vista del árbol con esa expresión dulce y expectante que tan popular la hace en Brighton. El jefe le sonríe.

—¿Qué opinas de que hagamos una excursión de empresa para jugar al voley playa?

Sarah le devuelve la sonrisa y responde con sinceridad:

—Estoy en contra, señor.

## Burbujas de plástico

Entras a la reunión de las dos justo cuando dan las dos en punto. (Si llegas pronto, parece que no tengas nada que hacer, y si llegas tarde, parece que pienses que son ellos los que no tienen nada que hacer). Te sorprende ver a Sarah al fondo, dibujando inclinada sobre un bloc de notas.

No suele asistir a estas reuniones, pero a lo mejor está redactando el acta. A lo mejor Tamara está enferma... No, ahí está Tamara. Sarah no alza la vista para mirarte aunque te inventas una excusa para pasar rozándola de camino a tu sitio. Te aclaras la garganta intentado llamar su atención, pero no te da ni la hora.

Al principio te molesta, pero luego te das cuenta de que debe estar disimulando porque sabe que esta noche te va a follar hasta dejarte seco. Es más lista que el hambre; no quiere que nadie adivine qué es lo que va a pasar. Le seguirás la corriente y harás lo posible por evitar todo contacto visual.

Llega el jefe y Lewis y tú decís cosas como: «Nuestro ratio de retención de clientes de análisis de mercados» o: «Los chicos del Departamento de Desarrollo proyectan un incremento de nuestros márgenes de beneficio respecto a las agencias gubernamentales del treinta y dos por ciento solo para el primer trimestre, señor». Tú las dices mejor. Lewis lo sabe, el jefe lo sabe y Tamara, que redacta el acta con energía, lo sabe. Tan solo Sarah, que mantiene todo el rato la cabeza gacha excepto cuando se pone a mirar el vacío, parece no tener ni puta idea y te hace perder la concentración durante unos momentos.

De todas maneras, ¿qué carajo hace en esta reunión? Se te ocurre que a lo mejor es que le gusta al jefe. Claro que sí. Supones que le habrá dicho que venga a observar. Pero él también pasa de ella.

A pesar de lo que te habías propuesto, te sorprendes tratando de conseguir que te mire y ella sigue pasando de ti.

Cuando se acaba la reunión, el jefe le da un breve apretón de mano a Lewis, pero sostiene la tuya durante más rato, te mira a los ojos para felicitarte y te propone que vayáis a comer juntos.

Y solo en ese momento mira hacia la esquina en la que se encuentra Sarah; pero, para cuando te ha soltado la mano, ella ya se ha esfumado.

Al volver a tu cubículo pasas junto a los grandes plásticos negros que cubren las paredes y que ya están empezando a quitar. Cosas de la expansión de la empresa. De vez en cuando te llega un olor a pintura que te dejaría más colocado que una rata si te quedaras allí hablando con los obreros. Lewis y Tamara están en el sitio de ella, cuchicheando y riéndose de algo.

Cuando pasas por su lado, Lewis te dedica un amistoso gesto de aprobación y un «buen trabajo, tío», pero sabes que no lo dice de verdad pese a su sonrisa de pelota.

Vas pavoneándote hacia la mesa de Sarah y, cuando llegas, te sorprendes de ver que está limpio de efectos personales y con el ordenador apagado. No es que su mesa

fuese la que más llena de cosas estaba, pero tanto la foto recortada de la *GQ* como el montón de papeles y *post-its* parecen haber desaparecido demasiado rápido. En su silla hay un trozo de plástico de burbujas de color rosa.

No sabes muy bien qué pensar, pero revientas tres burbujas. El sonido alerta a un trabajador temporal que saca su cabeza sobre la pared del cubículo. Se llama... No tienes ni puta idea de cómo se llama.

—¿No sabrás dónde está Sarah? —le preguntas.

—Lo siento, soy temporal. No sé quién es Sarah.

—Bueno, se sienta aquí —dices, y revientas otra burbuja—. ¿Has visto a la chica que se sienta aquí?

—Nunca he visto a nadie ahí sentado —responde. Se encoge de hombros y vuelve a desaparecer en un cubículo.

Esta Sarah es un poco excéntrica. ¿Dónde se habrá metido?

Empiezas a pensar mal de ella. A lo mejor es una psicópata. Las psicópatas son las peores. Parecen normales, incluso pueden ser tías buenas, pero si te acercas demasiado de repente te puedes encontrar lidiando con la tía esa de *Atracción fatal* que hierva vivo a tu conejito y que se te mete en la bañera con un cuchillo de carnicero. Puaj. Seguro que es una puta, preguntándote si querías tener suerte. ¿Qué clase de tía hace eso? ¿Y lo de salir con Simon?

Pero no puedes evitar entristecerte. A la salida, vuelves a pasar por su cubículo, pero se ha ido, nene. Se ha ido.

## Sarah

Después de un día que le ha dejado el cerebro frito de tanto programar horarios, pasar informes a máquina y destruir documentos, Sarah está ya en casa con sus dos gatos naranjas atigrados, el Sargento Tubbs y el Señor Fatts. Se está bebiendo todo el alcohol que le queda en el apartamento: tequila barato y ron mezclados con cola de marca blanca.

Sí, eso duele.

Canta «Misty» y se pregunta dónde se debe de haber metido su fantasma. ¿La está castigando con su silencio o es que ella le presta más atención de la normal al silencio porque está sola? ¿Porque la echa de menos y desearía poder hablar con ella, ver de pasada por el rabillo del ojo cómo se refleja en el espejo, siendo el fantasma joven y bonito de una chica que ha tenido un final trágico y no sabe que está muerta? Su propio fantasma personal, que ya estaba en el apartamento cuando se mudó y al que tratará de convencer para que se vaya con ella en la próxima mudanza y... Eeeh... Está borracha.

Y allí hay un paquete de cigarrillos rojo y dorado. Parece que son suyos.

Bueno, ¿y si volviera a fumar?

Hay varias razones para no hacerlo impresas en la cajetilla, pero está demasiado borracha como para poder leerlas.

«¿Quiero volver a fumar?», se pregunta.

—¡Claro! ¿Por qué no? —dice en voz alta.

Llena la bañera con sales de Epsom y perlas de baño de color rojo.

Borracha y fumando, se quita la ropa. Tiene el cuerpo lleno de morados, mordiscos y marcas de dientes. También tiene todavía una mano marcada en el culo de los cachetes de su fiesta de cumpleaños. Dios. Debería tener más cuidado y no invitar a su casa a desconocidos que en otras vidas le han rajado la garganta... ¡Espera!

Intenta pararse un momento a comprender lo que está pasando en su cabeza.

—¿En qué estás pensando? —se pregunta a sí misma—. ¿Qué desconocido? ¿Qué cachetes? ¿Qué vidas pasadas? ¿Qué estas fumando? ¿Desde cuándo fumas? Esta no eres tú.

Se sienta en la bañera, aplasta el cigarrillo en un azulejo y se presiona con la mano el chakra del tercer ojo. ¿Demasiado alcohol? ¿Demasiadas drogas? ¿Está teniendo una premonición? ¿Es un recuerdo del futuro? ¿Va a morir? ¿La van a matar?

Consigue encenderse otro cigarrillo a pesar de que está borracha y mojada, y del hecho de que es una (ex) no-fumadora. Deja la mente en blanco y se concentra en la tarea de hacer que entre y salga el humo.

Las preguntas se van disipando a su alrededor en la humedad del aire y es feliz de dejar que se marchen.

Mejor no regodearse demasiado en ese tipo de detalles.

Ahora mismo está viva. Eso es lo que cuenta.

Se explica a sí misma una historia, sin saber qué partes son ciertas, sobre ese personaje: Simon Would.

# La aparición de los Tipos Trajeados

Ahora mismo están ahí fuera.

## Un baile de caridad

Sarah está hecha una mierda. Amor a primera vista. Ha tenido el corazón, roto por dos veces, metido en el congelador, esperando a que se curase; pero cuando ve a Simon que le sonrío desde el otro lado de la habitación, su calidez derrite el hielo que hay en su interior y el corazón se le ahoga.

Ni siquiera le está sonriendo a ella, sino a algo divertido que está pasando un poco más allá. Un colega suyo se ha caído encima de uno de los pasteles mientras participaba en el juego de las sillas y, aunque el resto de los asistentes abuchean ese paso en falso, Sarah no se da ni cuenta. Solo es capaz de ver el blanco brillante de sus dientes resaltado por el marrón de su piel, la manera en la que la sonrisa inunda esos ojos negros y profundos, y la forma en la que su cabeza se tira hacia atrás al reír. La pobre chica es incapaz de poner resistencia.

Ella lleva un vestido rosa largo que hace juego con el clavel del mismo color que lleva en la solapa. Tanto si se han conocido antes como si no, están destinados a ser pareja.

Es una de las anfitrionas de la fiesta y se considera afortunada por poder codearse con famosos y gente rica. Se trata de un baile de caridad para recaudar fondos para los animales abandonados, una causa que siempre ha sido la suya. Gracias a sus años de activismo apasionado se ha ganado esta oportunidad de sonreír, alternar y conocer a periodistas, actores, cantantes y otras celebridades de la televisión que acuden para hacer donaciones que más tarde les ayudarán a desgravar impuestos.

Sin embargo, todo el mundo trata de no parecer idiota para no hacer quedar mal a la causa, cosa que ella está a punto de hacer al sentirse empujada hacia él. Cada vez está más cerca. Son sus pies los que la dirigen hacia allá, como hipnotizados.

Él posa su mirada en ella y se da cuenta de que la ha llamado sin hacer ningún esfuerzo. Y por supuesto, Sarah va hacia él. Mantiene su sonrisa mientras la mira directamente a los ojos y ella siente que está a punto de desmayarse.

—¿Me toca otra vez? —pregunta—. Yo ya no puedo hacer más el ridículo, porque Charlie ya lo ha hecho de una forma preciosa. ¿Es que hay algún corrillo que deba estropear?

—¿Cómo? —Sarah está ya perdiendo el equilibrio.

—Que yo ya he participado. Esta fiesta parece que sea de los años veinte, ¿no?

—Ah, hablabas del juego.

—Tú eres la encargada de todo esto, ¿no? —le dice mientras le guiña un ojo—. ¿O acaso esa etiqueta con tu nombre solo es una excusa para poder seguir mirándote las tetas?

Sarah da un grito ahogado y se tapa los pechos con las manos.

—Es broma. Estoy siendo un poco gilipollas. Quiero decir que eres preciosa y como no llevas sujetador... Pero no te asustes, solo trataba de entablar conversación, Sarah. ¿Ves? Te estaba mirando la etiqueta.

Ella aparta las manos y se lleva una a la cara.

—Siempre te veo en el Canal 9.

—Genial.

—Siempre haces comentarios muy interesantes.

—Gracias, es bonito tener fans.

—Oh, no soy una fan. Es solo que te he visto antes y creo que eres interesante.

Quiero decir que ahora sí que soy fan, pero antes no... Creo... Oh, Dios. ¿Por qué no puedo decir nada coherente?

—¿Estás borracha?

—No, para nada.

—Quizás ese sea el problema. ¿Quieres algo de beber?

Todo está pasando demasiado rápido. Mira a su alrededor para comprobar si algún miembro de la organización la está mirando.

—Yo... Esto... Se supone que no debería beber mientras trabajo.

Él se le acerca y le arranca la etiqueta del vestido. Se quita la chapa con su número de la solapa y se la pone a ella con cuidado en el vestido, haciendo que los dedos rocen levemente sus pezones como por accidente.

—Ya está —dice—. Yo soy tú y tú eres yo. ¿Quieres bailar conmigo?

—Bueno, yo...

—Ahora tú eres yo, así que tienes que decir que sí porque eso es lo que yo quiero.

Sarah parece un muñeco cabezón que no para de decir «sí-sí-sí».

—Y vamos a ver, ¿qué es lo que yo quiero? Yo soy tú y lo que necesito es tomarme una puta copa sin que todos estos imbéciles con los que hago de voluntaria me estén mirando. De modo que sí: me encantaría largarme de aquí con este periodista televisivo de maravillosa facilidad de palabra y de fama marginal pero superguay a meterme unos tragos de *bourbon* para ver si así puedo mantener una conversación medianamente educada.

La rodea con el brazo y la acompaña hacia la salida como si llevara un globo rosa atado a la muñeca.

Fuera, los chóferes esperan junto a las limusinas negras. Simon no espera a que le abran la puerta. Se limita a rodear una de ellas y abrirla él mismo. Arrastra a Sarah con él hacia el interior.

—¿Dónde vives? —le susurra al oído.

—En Verónica Lane, 29. Venice.

—Perfecto —dice él, y le repite la dirección al conductor—. ¿Tienes algún compañero de piso o alguien por el estilo que nos pueda molestar? —suelta por si acaso.

Ella niega con la cabeza.

—No serás alérgico, ¿verdad? Tengo gatos.

Él ya le ha metido la mano por dentro del vestido y tiene la cara hundida en su cuello.

—Sarah —dice mientras le desliza la mano muslo arriba—, no tengo problemas con las cositas peludas.

Sarah suelta una risita forzada y Simon gime, pero no de placer, sino que más bien parece un lamento. Hunde la cabeza en el hombro de ella y acto seguido la mira de nuevo a los ojos mientras se muerde los labios con una media sonrisa.

—Lo siento —se disculpa—, tengo la manía de hacer juegos de palabras.

—No me importa —responde Sarah mientras le dirige la otra mano hacia uno de sus pechos—. Yo no tengo problemas con las palabras.

Simon le pide al chófer que le espere mientras Sarah, que ríe de manera compulsiva, le guía escaleras arriba hasta su apartamento. Una luz brillante de fluorescente se refleja en las paredes blancas. Simon sigue moviendo sus manos por todo el cuerpo de Sarah mientras suben los escalones. Al llegar a la puerta, Sarah suelta un grito ahogado.

—Me he dejado las llaves... Yo... Mierda... Antes he cerrado la puerta pero me he dejado las llaves dentro.

Simon ríe y se apoya en el marco con las manos en los bolsillos. Todavía lleva puesta la chapa con el nombre de Sarah. Ahora mismo está guapo que te cagas, y ella se lleva la mano al corazón para intentar que baje un poco el ritmo porque está latiendo de un modo salvaje, con frenesí, a espasmos, como un brujo vudú narcotizado por el demonio.

—Podemos coger una habitación en algún sitio —sugiere Simon, y sonrío.

—Me puedo colar. Solo necesito que me alces. ¿Te importa?

No, no le importa. Es más, esa manera de improvisar en una mujer soltera le parece de lo más encantador.

Van hacia la escalera que hay en la parte de atrás del edificio y la levanta por el culo, abrazándola, hasta que ella se sube en sus hombros y quita los vidrios de la ventana del primer piso.

Simon tiene la sensación de no haber sostenido nunca a una mujer así. Le sorprende que sea tan ligera para estar tan rellena. Sarah le tiende varios cristales y le pide que la empuje para colarse por la ventana.

—Da la vuelta —le grita, y él vuelve a la puerta.

Simon se da cuenta de repente de que ya no controla la situación. Se supone que deberían pasar cosas inesperadas, sobre todo cuando uno se acuesta con una mujer nueva; pero mientras le da la vuelta al edificio, al ver la limusina tiene la sensación de que es el vehículo de otro mundo (su mundo) y que está a punto de convertirse en algo desconocido y aterrador.

Ella abre la puerta y aparece sudando un poco, sonrojada y radiante.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

—Por favor —responde ella mientras hace un amplio movimiento con el brazo.

Sarah corre arriba y abajo por el apartamento, encendiendo las luces. Dos gatos naranjas bien alimentados lo miran con ojos soñolientos. Dos pájaros rojos aletean

dentro de una jaula y un loro verde abre y cierra el pico mientras dice: «¡Pajarito bonito!».

El sitio huele dulce y acogedor, como se imagina que debe de oler el heno, aunque no lo haya olido nunca. Las paredes están cubiertas de dibujos extraños, fotos de Sarah con grupos de gente en diferentes grados de embriaguez, parras y flores pintadas, soles, lunas, estrellas, galaxias... Es demasiado para poder asimilarlo todo de golpe y le hace sentir del todo apabullado.

Se quita la chaqueta y se apoya en la pared. Sarah, que había desaparecido, reaparece con media botella de *whisky* y dos vasos casi limpios. Se pega un lingotazo directamente de la botella antes de servir un par de tragos y se bebe el suyo sin pestañear.

—Música. ¿Quieres música? —le pregunta con voz cantarina.

A Simon todo esto le ha pillado desprevenido, y de repente no sabe en qué dimensión ha caído. Está pensando en largarse. Al fin y al cabo, tampoco es que se muera por follar (y está casado, por Dios), la limusina le espera fuera y de repente se siente en peligro, sin saber por qué.

Ella le ha dado la espalda, ha abierto un reproductor de CD barato y está buscando entre una pila de CD y apartando a un lado los descartados. Parecen posavasos.

En el centro del comedor hay una máquina de escribir eléctrica. ¿Pero en qué año están?

Sarah está ocupada con la música y él siente la necesidad de producir palabras, con ese tipo de urgencia que te entra cuando has bebido demasiado café y tienes que mear.

—¿Y esta máquina de escribir? —es lo único que se le ocurre decir.

Ella sigue dándole la espalda mientras le canta la respuesta.

—Sí, es que tengo una debilidad por lo antiguo. Me encanta el ruido que hace. Antes la usaba para escribir cartas y cosas así.

Simon se bebe el *whisky* con gesto serio. Se vuelve a poner la chaqueta, se quita la etiqueta con el nombre de Sarah y se la mete en el bolsillo.

Sí, se va. Es la hora. De hecho, se ha pasado la hora. Se ha hecho demasiado tarde.

En ese momento ella se da la vuelta, justo cuando Nina Simone empieza a cantar «Wild is the Wind», la canción más bella que Simon ha escuchado nunca, una canción que siempre le hace llorar y anhelar un amor que nunca ha sentido y que solo ha sido capaz de imaginar.

Es como si todo fuese a cámara lenta, como si el tiempo mismo transcurriese bajo el agua. Sarah es la criatura más bella, excepcional y extraña que jamás haya visto. Sus ojos lo llenan de una calidez que le hace estremecerse. Le tiemblan las manos mientras ella se acerca, sosteniéndole una mirada que lo acoge en su interior.

Su propia voz le habla, dentro de la cabeza, y la oye tan clara como si estuviera

hablando en voz alta.

—Mierda, colega. Ya estás perdido.

Sí, está perdido. Simon está bien jodido.

Es comedia. Es tragedia. Son dos personas que se acaban de conocer follando en un sofá como si fuera lo más importante que les ha pasado nunca... ¿y quién sabe si no es así?

## La máquina de escribir

Se despierta con un «*clic, clic-clic, clic, clic-clic-clic-clic*» proveniente de la sala de estar.

Durante un momento, entre el sueño y la vigilia, cree que ha regresado a su casa de la infancia, que estaba encantada por un fantasma que escribía a máquina. Era su tía abuela, quien había dejado cajas y cajas llenas de obras de teatro sin publicar y sin leer, la que tecleaba a altas horas de la madrugada mucho después de haberse ido a la tumba.

Pero Sarah no está en la casa donde pasó la infancia. Está en su apartamento. Está desnuda y le palpita la cabeza. Se arrastra fuera de la cama con cuidado de no pisar al Señor Fatts y al Sargento Tubbs, que ni se molestan en abrir los ojos para ver cómo se tambalea hacia el sonido.

El hombre está desnudo, sentado en la posición del loto y se cierne sobre su máquina de escribir eléctrica con un cigarrillo en la boca. Ha encendido sus velas votivas con imágenes de Jesús, María y Santa Claus, que titilan a su alrededor mientras la llama del cigarro vuela como una luciérnaga.

Se queda de pie detrás de él, entre las sombras, observando cómo se le mueven los dedos por el teclado, escuchando la percusión musical de los clics y los «*ding*» a modo de estribillo.

—Eh, hola —le saluda mientras él saca una hoja del carrete.

Se gira para mirarla, sonriendo.

—Te he robado un cigarrillo, espero que no te importe.

—¿Tengo cigarrillos?

—Sí... Ni siquiera habías abierto el paquete, pero los estoy arrasando. Te compraré otro.

—No sabía que los tuviera —dice mientras él coloca otra hoja de papel en la máquina—. Veo que has encontrado la máquina de escribir.

—Más bien me tropecé con ella —contesta—. Espero que no te importe, es que no había usado una de estas desde, bueno, desde que era un chaval y he pensado que podría darle un meneo. Estabas completamente K. O. Y roncas como una campeona.

Eso le hace sentir vulnerable y se pone a la defensiva. ¿Quién es él para juzgar a la gente mientras duerme?

—Los borrachos roncan.

—Solo conozco a dos tíos que ronquen más que tú, y uno de ellos tenía el tabique desviado —le suelta con el cigarrillo en la boca.

—Los borrachos roncan —repite—. ¿Qué escribes?

Sigue tecleando con una mano y con la otra le tiende la hoja que acaba de sacar de la máquina.

—Léelo —le dice.

Justo en el momento en el que acaba de sentarse para leer a la luz de las velas,

desnuda sobre la alfombra y con el papel entre las manos, se da cuenta de que debería de haber encendido la luz.

«Esto me pone los pelos de punta», piensa.

—¿Qué opinas? —le pregunta cuando ella le devuelve la hoja.

—Da miedo —contesta mientras se sacude del culo el polvo y las migas que había en la alfombra.

—Bueno —dice sin dejar de teclear—. Es que soy escritor fantasma.

—Ah —responde Sarah mientras abre la nevera y se deja reconfortar por la luz que sale de ella. Está buscando una cerveza.

—Sí —reitera—. Además de por el poco prestigio de mi propia firma, también me pagan en secreto por poblar las estanterías con las autobiografías de otros.

—Ajá —dice ella. Ha encontrado la cerveza que había escondido de sí misma detrás de un *tupper* en el que se pudre algo inidentificable.

—¿Quieres saber de quién? —pregunta.

—No mucho —responde mientras abre la cerveza. Seguramente le está mintiendo. ¿Quién es el tarado este que se trajo / que la trajo a casa?

—Yo tengo un fantasma —dice ella—. Y tiene mucho talento para espantar a mis pretendientes.

El *clic-clic* se detiene.

—¿Ah, sí?

Sarah le da seis largos tragos a su cerveza y vuelve despacio a la sala de estar, desde donde Simon la contempla con mirada ávida y hambrienta.

—Sí —contesta al tiempo que se recuesta de lado frente a él en una pose felina y majestuosa—. Es como tener un compañero de piso.

—El único compañero de piso bueno es el compañero de piso muerto —coincide él y apaga el cigarrillo en un plato. Enciende otro con la vela que tiene una foto de Jesucristo. (Ahora ella reconoce la cajetilla: un rectángulo de color rojo y oro que parece un regalo de cumpleaños... ¿De dónde ha salido? ¿Estaba borracha?). Por un momento solo se oye el zumbido que hace la máquina de escribir eléctrica.

—¿Estás intentando asustarme? —pregunta Sarah mientras lo mira a los ojos con su cuerpo desnudo completamente quieto.

Él le devuelve la mirada desde su posición del loto y expulsando humo entre los labios.

—¿Por qué lo dices?

Sarah se incorpora para beber.

—Por eso que estás escribiendo. Es todo mentira, sale mi nombre y hay muchos «dijo ella». Es como si me estuvieras amenazando. Es una amenaza un tanto estúpida.

Simon se pone a escribir de nuevo.

—¿Y? —dice mientras contempla las letras moverse debajo de sus dedos.

—Bueno, has escrito que yo decía «no me mates».

—Sí. Es romántico. Como en *Romeo y Julieta*. La muerte le da al amor un cariz

apasionado y lo llena de significado.

—Eso son tonterías —responde ella y enciende la luz.

Simon se tapa los ojos con una mano, deslumbrado.

—Oye... —alcanza a decir.

El ambiente se ha enrarecido y Sarah se avergüenza de repente de su propia desnudez y de la de él.

—Vale —dice blandiendo la cerveza como si fuera un arma—. ¡Lárgate ahora mismo!

—Sarah. —Simon se pone de pie y aparta la mano con el cigarrillo para que el humo no le entre en los ojos. La cara se le ha convertido en una máscara de perplejidad condescendiente y acerca su cuerpo desnudo al de ella—. Estás intentando asustarme.

—No sé de qué estás hablando —espetea intentando no mirarlo a los ojos mientras trata de acabarse la cerveza.

—Has dicho que tenías un fantasma.

—Sí, lo tengo.

—Bueno, ¿y no estabas intentando asustarme al decírmelo? ¿Que tienes un fantasma que es tu perro guardián o algo y que lo ibas a soltar contra mí?

—«Una», no «un».

Al fin se termina la cerveza.

—Muy bien. —Simon mete la colilla en la botella con un movimiento cuidadosamente coreografiado para hacerlo parecer casual—. Tú tienes un fantasma y yo escribo historias de fantasmas. Si yo te doy miedo, tú me das miedo a mí. Y ahora, vamos a acercarnos un poco para confortarnos el uno al otro.

Se le acerca para consolarla, apestando a tabaco y al sudor y al sexo de Sarah, con la máquina de escribir todavía zumbando. La luz de la sala es como demasiado médica, demasiado clínica, y Simon alarga una mano detrás de ella para apagarla.

Las velas son para los velatorios, los cumpleaños y los amantes.

Simon se va antes de que se haga de día. Deja la máquina de escribir en el centro de la habitación junto al plato que ha utilizado como cenicero. La vela de Santa Claus se ha derretido y parece una seta, pero las de Jesús y María, que estaban metidas en un vaso largo de cristal, siguen intactas. Se ha dejado la máquina encendida pero se ha llevado las hojas. No ha dejado ni número de teléfono, ni tarjeta de visita ni nota de despedida. Sarah apaga la máquina de escribir, sintiéndose culpable.

Siente el impulso de abrir la tapa y quitarle la cinta. Estarían ahí: cada letra, cada palabra. Sería como mirar dentro de la cabeza de Simon. O de su corazón. O nada más que el interior de su estúpida máquina de escribir.

La radio se enciende sola en el dormitorio. «Buenos días», le dice a su fantasma. No, no es su fantasma, después de todo. No es más que su radio despertador. Recuerda que lo puso a esa hora porque tiene que ir a trabajar.

—Bueno —dice en voz alta—. No hay fantasmas, solo estoy yo.

## Dos viejos colegas quedan para comer

Si el trabajo es salud, que viva la tuberculosis. Pero tu vida consiste en ir a trabajar, querido. Y solo trabajo y nada de juegos convierten a cualquiera en un psicópata.

En un arrebato de generosidad y buen rollo, y como homenaje a los viejos tiempos, decides invitar a Simon a comer. En realidad, lo que te mueve es preguntarle por Sarah. No la has visto desde la reunión y te preguntas... Bueno, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Vas a tener suerte algún día con esa zorrita *hippy*? ¿Moja Simon su churro en ella? A lo mejor te puedes unir a ellos, en plan guay, como en la universidad.

Vas hacia la nueva ala que están añadiendo al edificio, pasas la puerta doble que hay al otro lado del Centro de Investigación, y llegas al despacho de Simon, que está aislado del resto y es mucho más pequeño que tu cubículo. La puerta está cerrada y Simon tiene la cabeza encima de la mesa y los ojos cerrados.

Llamas al mismo tiempo que abres la puerta y él levanta la cabeza de golpe. Suda a chorros, a pesar de que notas la habitación fría como una cripta, y eso que llevas jersey. Se te queda mirando, como si el haberle despertado de la siesta fuese motivo suficiente para cortarte el cuello.

Con tu mejor voz y cara de cachorrito amistoso, le dices:

—Eh, Simon. Me preguntaba si querías ir a comer conmigo.

—No creo —responde mientras se limpia la baba de la comisura de la boca.

—Vale —contestas—. Quizá la próxima vez.

Y te vas. Pero él te llama.

—¡Dick! —grita.

Te giras.

—Richard —le contestas con tranquilidad y con una media sonrisa—. O Rich, por favor.

—¿Pagas tú?

—Claro. Pago yo.

Quedáis en una cafetería con terraza que tienes que elegir porque Simon insiste en que él fuma cuando come.

Pide dos bocadillos enormes, un café con leche y una porción de pastel de chocolate que devora como si llevase mucho tiempo en ayunas. Fuma como si se comiera los cigarrillos.

No te dirige la palabra en absoluto. Ni siquiera te mira. Hace mucho ruido con la boca y te echa el humo en la cara. Te da asco, o más bien lo haría si no fuera tan... carismático. Sí, crees que esa es la palabra.

En el cuento, Cenicienta era igual de bella con el vestido roto y cubierta de hollín. Simon, a pesar de ser un maleducado y un guarro, de alguna manera resulta encantador y, aunque no se digna ni a mirarte a la cara, te sientes en cierto modo orgulloso de estar con él.

—¿Cómo es que te quedaste cojo? Si no te importa que te pregunte —inquieres.

—Sí me importa —responde. Te lanza una mirada tan fiera que te hace bajar la cabeza.

—Lo siento, no quería sacar un tema chungo.

—Pues no lo hagas.

—Perdona.

Acaba de devorar el primer bocadillo y se pone con el segundo.

—¿Te gusta trabajar en Brighton? —preguntas.

—Uy, sí, me encanta. Es un puto sueño —responde.

Piensas en un montón de cosas que decirle, pero todas te parecen tan lamentables como la propia situación en la que estás. Te conformas con limitarte a verlo comer.

*No dices nada.*

*Pagas la cuenta y vuelves al trabajo sintiéndote como un capullo de primera. Que es lo que eres (lo digo como cumplido).*

—O bien—

*Decides que, ya que pagas tú, al menos deberías tener los cojones de preguntarle qué narices pasa entre él y la secretaria.*

Tienes cojones. Te los tocas para asegurarte de que siguen ahí mientras él continúa con su estropicio masticador. Coges aire y te preparas, como si fueses a saltar desde un trampolín. Entonces le sueltas la frase que has estado ensayando durante horas:

—¿Y qué, conoces a la secretaria guapita? ¿Sarah?

Esperabas que volviera a encogerse de hombros, incluso si se la estuviese follando. Pero ni en tus fantasías más alocadas habrías esperado que hiciera lo que está haciendo, que es dejar que se le caiga la mandíbula enseñando el bocadillo a medio masticar al tiempo que el cigarrillo se le cae en el plato.

—¿Qué? —alcanza a decir.

Te aclaras la garganta.

—Bueno, yo... Es que... Es maja. Me dijo que te conocía y...

Se abalanza sobre ti por encima de la mesa y te agarra del cuello de la camisa.

—¿Me estás tomando el pelo? —gruñe con la cara convertida en una máscara indescriptible, a medio camino entre la alegría y el cabreo, como si hubiese estado esperando una excusa, cualquiera, para partirte la cara.

Entonces te suelta y vuelve a su asiento. Se levanta y empieza a dar vueltas alrededor de la mesa.

Mientras, tú estás en estado de *shock*, sin moverte. Los demás clientes de la

cafetería se han dado cuenta de todo, pero nadie hace nada. Tú tampoco tienes demasiado claro qué hacer. ¡Te acaba de atacar! ¿Por qué? ¿No puede ser que te lea la mente! No tiene manera de saber que has estado pensando en ella. No sabe que te mandó un *e-mail* insinuándose. ¿Y ella? ¿Dónde está? ¿Qué clase de celoso de mierda es este tío? ¿Es que acaso la tiene secuestrada en algún sitio? ¿No la habrá matado?

Los asesinos actúan así, te dices, pensando en todas las experiencias que has tenido con asesinos (que se reducen a programas de televisión, por cierto).

Ahora se obliga a sí mismo a sentarse.

Se enciende otro cigarrillo. Te lanza una mirada que es tan punzante y tan feroz... y, aun así, lo hace con una sonrisa en los labios.

—Dick —dice.

Por una vez, prefieres no corregirle por haber usado el diminutivo.

—Por favor —continúa, cogiendo aire—, explícame todo lo que sabes de esa «secretaria guapita, Sarah».

—Eh... —No tienes ni idea de qué decir para parecer del todo inocente—. Yo solo hablo con ella, a veces.

—¿Hablas con ella? —Suelta el aire que estaba reteniendo.

—Sí —respondes. Joder, estás acojonado. Simon te los está poniendo de corbata. La manera en que te está mirando ahora mismo te pone la carne de gallina.

—Lo siento si mi reacción ha sido... chocante —dice Simon, con la sonrisa cada vez más pronunciada—. Es que estoy muy interesado en Sarah. Ella es, de hecho, la razón por la que estoy aquí.

—No me digas.

¿Te he mencionado ya que sueles decir muchas gilipolleces como esta?

—Pues sí —replica Simon.

—Bueno..., eh..., esto... Me dijo que eras su «novio».

Intentas dejarle claro que no te quieres acercar a su chica. Quieres que sepa que no estabas planeando darle ninguna palmada en el culo. Ni por un segundo. No.

Simon se atraganta. Se detiene por un momento y se le llenan los ojos de lágrimas por la tos. Bebe un poco de agua. Apaga el cigarrillo. Tiene los ojos rojos y todavía está intentando aguantarse la tos. Cuando consigue volver a hablar, dice:

—No me digas.

No entiendes nada, pero sabes que este asunto se ha puesto muy, muy serio.

—Sí —dices como si estuvieras en tu propia boda.

Simon hunde la cabeza en el pecho y no paran de brotarle lágrimas de los ojos.

## Un triste pastel de cumpleaños

Hoy es el cumpleaños de Sarah. Cumple veintisiete. Para gente como ella, obsesionada con la edad de la muerte de los famosos, es una edad importante. Nunca se ha parado a prestar demasiada atención a las estadísticas, y seguramente haya alguna explicación lógica para que tantos famosos hayan muerto a esa edad, pero ella se negaría a creerla de todos modos.

De todas las explicaciones posibles para un hecho concreto, siempre prefiere la menos lógica porque le parece la más interesante.

¿Por qué no?

Bueno, aquí hay una razón por la que no: es su cumpleaños y está asustada.

Se despierta por la mañana y el fantasma de su apartamento está cantando: «Dices que es tu cumpleaños. Pues también es el mío, ¡oh sí!»<sup>[1]</sup>. Pero se da cuenta de que en realidad es la radio despertador. Aunque no deja de ser igualmente extraño que estén poniendo justo esa canción cuando se enciende el despertador el día de su cumpleaños. Le parece que es algo siniestro. Más que si se tratase de un fantasma de verdad.

Apaga la alarma. No está muy segura de si debería darle las gracias al universo por haberse acordado de su cumpleaños. Ni siquiera se lo ha dicho a ninguno de sus amigos.

Lo habría hecho si el fin de semana pasado, cuando iba hasta arriba, no se le hubiese aparecido Janis Joplin en el espejo y esta no le hubiese dicho que eran «la misma persona». (Joplin murió a los veintisiete años).

No le habría importado decírselo a sus amigos si hace dos noches no hubiese soñado con que Kurt Cobain llevaba puesto un jersey suyo y corría hacia ella como si se tratase de un tráiler sin frenos. (Cobain murió a los veintisiete años).

Y, para más inri, anoche sonó el teléfono exactamente a las 00:01 y una voz nasal la saludó desde el otro lado:

—¿Sarah?

—¿Sí? —contestó ella.

Por un momento solo se oyó una respiración.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy papá —dijo él.

Sarah se rio pensando que era alguno de sus amigos que se hacía el gracioso.

—Vale, papá —dijo.

Entonces la voz se tornó más profunda:

—Voy a subir ahí a follarte.

Colgó el teléfono de golpe y se quedó mirándolo sin poder hacer otra cosa que temblar.

En ese momento se acordó de lo que le había dicho una amiga con poderes

paranormales: «Si tienes miedo de la oscuridad, ¡enciende las luces! ¡El miedo no puede existir en la luz! Enfrentate a él. ¡Eres una criatura de Dios y nada te puede hacer daño!».

Es lo típico que diría una rubia tetona en una peli de terror justo antes de morir: «Sí, vamos a ver qué es ese ruido que hay en el sótano». Pero Sarah corrió por todo el apartamento armada con un cuchillo de cocina a ver si encontraba a su «papá».

No había nadie. Se encontró sola sin más compañía que la oscuridad en los primeros instantes del día de su cumpleaños, y había conseguido llegar al minuto tres con vida.

Al final se durmió después de desenchufar el teléfono (¿por qué no?), de beberse tres tragos de *whisky* (al fin y al cabo, era su cumpleaños) y de cantar para sí misma algunas canciones de Cole Porter («*All Through the Night*» suena como una luz en la noche cantada por ella).

Ahora, despierta y todavía con vida, se come exactamente veintisiete gominolas para desayunar con una gran taza de café. ¡*Ñam!*

Después de ingerir tan dulce desayuno se va a su curro de mierda en Brighton Research Center. Su trabajo apesta bastante: entrada de datos, atención al cliente, asistir a los jefes... Pero al menos sus compañeros de trabajo son gente agradable con la que pasar el tiempo y suele haber un flujo constante de trabajadores temporales que ayudan a mantener el interés.

En el trabajo saben que es su cumpleaños porque tienen todos sus datos. Todo el departamento se ha reunido en la sala del café alrededor de un pastel de supermercado en el que pone «Sarah» en cursiva con letras azules y en el que hay veintiocho velas (una extra, para que le dé suerte). Cierra los ojos y pide un deseo, uno muy sencillo, que puede decir en voz alta porque no se va a cumplir.

Desea llegar a los veintiocho años.

A eso de las cuatro de la tarde está mirando un fajo de cincuenta y siete folios con nombres de clientes y las letras empiezan a juntarse en una espiral como si se estuvieran colando por un desagüe. Es algo que le suelen hacer los ojos y que significa que ha llegado el momento de fijar la vista en otro sitio. Se levanta para tirar el medio vaso de café que le queda, que ya está tibio, y servirse otro. El pastel está en una mesa en la sala del café de la empresa, con medio nombre ya comido y la otra mitad ahí triste, esperando un destino.

Le viene a la cabeza la frase «un triste pastel de cumpleaños» y le parecen unas palabras tan bonitas y apropiadas que le sorprende que a nadie se le hayan ocurrido antes. Entonces las lágrimas le anegan los ojos; no sabe por qué, pero hay algo en ese pastel que la pone tremendamente triste.

## Alegría por la mañana

«¡Alegría, habrá alegría, alegría, alegría! ¡Habrá alegría por la mañana!». Canta su parte, la de la soprano. Canta «Joy in the Morning», aunque ya está bien entrada la tarde.

Está fuera, en el aparcamiento. La luz hace reflejos extraños y hay algunos *flashes*.

Desearía llevar las gafas de sol puestas.

El aparcamiento está lleno de coches, pero no hay nadie. En el cielo vuela un pájaro, y una bola de diente de león flota por encima de su cabeza. Piensa en el desierto en el que se encontró a sí misma, en el que todavía está, en cierto modo, bailando en la oscuridad, bailando en la luz, bailando y cantando y gritando, siguiendo el ritmo rodeada de gente que hace lo mismo que ella. Es hora de irse a casa.

Sigue cantando, un tanto ausente, mientras piensa en un árbol de los deseos. Se imagina un árbol de luz con ramas largas que crecen mientras lloran. Cada deseo que pide se convierte en la semilla de una flor o de una fruta, y se figura que está debajo de ese árbol pidiendo deseos de cumpleaños.

La bola de diente de león cae hacia ella. Podría cogerla con una mano para hacerla volar con un soplido mientras pide un deseo. Velas, bolas de diente de león, monedas que se tiran a un pozo, estrellas fugaces... Tantas cosas a las que pedirles un deseo... Una bocanada de aire acaba por deshacerla y llevarse lejos los pedazos.

Se desorienta al mirar arriba, y apenas puede recordar por qué ha salido de donde estaba. A lo mejor es porque está cansada. ¿No es su cumpleaños todavía?

Una sensación deliciosa y que brilla en su interior le dice que va a pasar algo... Algo que ella quiere que pase esta noche. Algo que cambiará... Ella es como esa bola de diente de león que se ha deshecho al pedir su propio deseo.

¿Dónde está esa cosa que está a punto de suceder?

Quizá lo mejor sería que se fuese a casa, y por eso está en el aparcamiento. Pero ¿en qué está pensando? Debería dejar que los compañeros de trabajo la inviten a tomar algo por su cumpleaños en el bar de la esquina. ¿Quién es ella para rechazar una invitación de cumpleaños?

Los trozos de diente de león se han esparcido y se encuentra de pie, dudando, en medio de un viento que la confunde.

*¿Decide que mañana va a volver a ver a esos idiotas igualmente (y además, quién quiere oír otro «Cumpleaños feliz» con las ganas que tiene de olvidarse de este cumpleaños)?*

—O bien—

*¿Decide honrar a los del trabajo con su gloriosa presencia y tomarse unas copas?*

## Regalo de cumpleaños

Se despide los compañeros de trabajo y recibe sus protestas como flores que caen en cascada sobre una reina de la belleza el día de su coronación.

El camino de vuelta a casa en coche es exactamente igual que cualquier otra vuelta del trabajo, de manera que le resultaría difícil recordarlo por algo en especial. Al bajarse del coche se encuentra a sí misma dirigiéndose hacia la tienda de la esquina y diciéndose que se quiere comprar algo. Alguna cosa por su cumpleaños, un regalo.

Se tira un buen rato dando vueltas entre los pasillos, como si estuviera fumada, mirando con atención cada producto, tocando los envoltorios, intentando escuchar. Elige una botella de refresco de color rosa. Dos, una en cada mano. La absorbe un aparador de gafas de sol baratas, se pone unas que le quedan enormes y se mira al espejo rectangular. El reflejo le produce una sensación mareante de *déjà vu*.

Se dirige hacia el mostrador y el dependiente, a quien no reconoce, le sonríe. Dice algo con mucho acento que suena a «¿Los cigarrillos de siempre?».

—¿Perdona? —Le devuelve la sonrisa. Ella no fuma.

Él pone un paquete de color rojo y dorado ante ella y se mira en el reflejo de las gafas.

De pronto se estremece y pone cara triste, de pastel de cumpleaños triste.

—Pensaba que... ¿Eres ella? —balbucea. Entonces mira detrás de ella, al siguiente cliente, como si no estuviera.

Sarah se siente flotar rápido hacia arriba, lejos, y agarra el paquete de tabaco como si le fuera a ayudar a mantener el equilibrio. Sale de la tienda. Mientras camina por la calle se da cuenta de que no ha pagado ni las gafas, ni los refrescos ni los cigarrillos.

Se detiene y mira a ambos lados, intentando decidir si debería volver para pagar o hacerlo más tarde. Elige dejarlo para después.

La ciudad de Los Ángeles se está volviendo gris y, con las gafas de sol puestas, parece media noche. Un viejo con sombrero negro y tirantes del mismo color detiene sus andares encorvados junto a ella para mirarla, como si se abriese a ella con unos ojos azules que se empiezan a llenar de lágrimas. Acelera el paso para dejarlo atrás, asustada por esa mirada, en dirección al aparcamiento que hay detrás de su edificio.

El vigilante del aparcamiento, que lleva un cigarro entre los labios, se la queda mirando mientras pasa.

—¡Sarah! —la llama. De hecho, está llorando.

No lo conoce, pero no importa. Suele ser amistosa con mucha gente y luego no recuerda con quien ha hablado. Es agradable con todo el mundo.

—Hola, Earl —le dice tras leer su nombre bordado en el bolsillo de la camisa. Todo pasa como en un sueño agradable y siente que, de alguna manera, quiere reconfortar a ese hombre.

—¿Quieres un refresco? —Le tiende una botella llena de frío líquido rosa.

Él contempla la botella como si fuese un objeto mágico. Ella sonrío y se da la vuelta.

—¿Está tu alma en paz? —pregunta él.

La pregunta es muy rara. Sin embargo, sabe la respuesta como si se tratase de una obra de teatro que ha estado ensayando.

—Solo estoy de visita.

Mientras sube las escaleras, él la vuelve a llamar.

—¡Sarah! ¡No tienes por qué quedarte allí! ¡Vuelve cuando quieras! ¡Vuelve cuando quieras!

Está en la puerta de su casa. Las luces se encienden y se apagan. Todavía no ha oscurecido del todo. Parada delante de la puerta, intenta recuperar el aliento e intentar entender qué está pasando.

Abre la puerta. En el apartamento, las cortinas *hippies* de color lila dejan entrar una luz mágica. Dentro, dos pinzones rojos y dos canarios amarillos dan saltitos y pían de manera divertida. Un loro verde la recibe con lo que parece ser una bienvenida.

Se había dejado la radio encendida, y Marvin Gaye le pregunta: «¿Qué tal?»<sup>[2]</sup>.

Un sentimiento de felicidad y de sentirse en casa emana de ella, y la empapa por completo. Se está mejor en casa que en ningún sitio, y se une al estribillo con su voz de soprano.

Se arranca de la cara las gafas de sol con un gesto caballaresco y teatral mientras aguanta una nota. Abre el refresco y bebe y bebe hasta que se lo acaba. Se maravilla al ver que el líquido es mágico y que Earl tenía razón. Se pone a bailar de un lado para otro, riendo y dando vueltas por todo el lugar. Siente que podría empezar a viajar, ahora mismo, en este instante... Viajar a través del tiempo y del espacio, y visitar todo tipo de lugares.

Una voz en su cabeza, la de su Aguafiestas Interior, le avisa sobre ese tipo de viajes: «Hoy no —le dice—; ahora mismo, no». Es su cumpleaños y sabe que podría llegar a algún sitio que esté bien, pero la Aguafiestas Interior sabe controlar la situación y está intentando que se mantenga a salvo.

—¿Por qué? —le pregunta.

—Ya sabes por qué —responde la AI.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

*Bueno, podría fumar, emborracharse y darse un baño caliente.*

—O bien—

*A la mierda. Viajemos. La alfombra ya está empezando a perder su textura bajo sus pies y lo único que tiene que hacer es decir una palabra para ser transportada a través del tiempo y del espacio...*

## Se pronuncia la palabra

Pronuncia la palabra y desaparece. Le entra una risa nerviosa, cosa que le suele pasar cuando viaja en el tiempo. No le da miedo porque ya lo ha hecho un montón de veces y, lo que es más importante, nunca mientras estaba drogada. Nació con ese don especial (o maldición, dependiendo de cómo se haya levantado ese día). Desde que tiene uso de memoria ha podido visitar otras dimensiones (prueba con la segunda si te quieres echar unas risas; la novena, si los días posteriores al viaje no tienes nada que hacer), otras galaxias y otros puntos de la evolución humana. No tiene mucho control acerca de adónde va, pero sí puede elegir el momento en el que quiere hacerlo.

Durante muchos años dejó de hacer ese tipo de viajes. La historia del porqué es un poco larga; quizás entremos en detalles más adelante. Pero por ahora es su cumpleaños y se dirige a un lugar muy especial.

Ahí está, en un ornamentado teatro de la ópera difícil de concebir para una mente humana. Cada asiento está hecho de oro, diamantes, rubíes y esmeraldas; y los cojines son de terciopelo rojo, negro y dorado. No hay techo, tan solo una noche oscura en la que bailan las estrellas. En el público están todas las personas a quienes ha conocido o conocerá, junto con otras diez mil personas a quienes no conoce y a quienes no llegará a conocer. O, al menos, no esta vez. Todo el mundo viste de manera escandalosa pero sublime.

Su abuelo, por ejemplo, lleva un tupé rosa a juego con los pantalones de seda del mismo color y está sentado en el palco junto a su héroe, Franklin Delano Roosevelt, que tiene un *look* arrollador con su esmoquin lila confeccionado solo con uvas. (No se aplastan al sentarse, así que deben de ser mágicas).

El mismísimo Jesucristo está presentando el espectáculo y lleva un sagrado corazón de neón en el pecho. Ella está entre bambalinas, comiendo peras al *brandy* con Chuck Berry (que lleva un traje hecho de peces de colores, vivos y nadando, que no puede dejar de alabar) y Julio César (¿sabías que también era cantante?). Al fin y al cabo, las plegarias no son tan diferentes de la ópera.

Kurt Cobain, Dios le bendiga, está ahora mismo en el escenario cantando una versión preciosa del «Carmina Burana» acompañado de una orquesta de monjes disfrazados de monos (bueno, más bien de gorilas). Kurt va de orangután. Es emotivo, divertido y conmovedor, y al público le encanta, por lo que todos se ponen en pie para ovacionarlo cuando acaba.

Le llega el turno. ¿Qué podría cantar? Veamos, ¿qué lleva puesto? Es un vestido largo hecho de bruma. Por su puesto, cantará su canción favorita... «Misty». Abre la boca, y su voz se alza como si se tratara de ángeles saltando entre galaxias y resuena por todo el teatro de la ópera de una forma bella, perfecta. *Walk my way... and a thousand violins begin to play*<sup>[3]</sup>...

Canta la canción entera, en tiempo terrestre, utilizando tonos terrestres, y cuando

acaba, saluda al público que se vuelve a levantar en ovación.

Hace una reverencia tan pronunciada que se pierde en la bruma de su vestido y los aplausos se oyen cada vez más lejanos hasta que cae de vuelta hacia sí misma.

## El hombre de la caja mágica

No tiene televisión por cable, pero le da la sensación de que unos cuantos anuncios la ayudarán a volver a la cruda realidad. Sarah se enciende otro cigarrillo. Dios, para no ser fumadora parece que aprende rápido. O a lo mejor es que ha sido una fumadora compulsiva durante años, pero se ha olvidado.

La televisión está puesta en el canal de noticias locales de Los Ángeles. «El horror, el horror» que está viendo le calma. Entiende las carnicerías que se hace la gente por ser diferente, por tener una estrella en la barriga que los haga especiales (eso ha sido una referencia al doctor Seuss<sup>[4]</sup>, por supuesto), comprende quién ha sido visto y dónde, vestido de qué manera y con quién, y sigue fumando mientras le habla a esa teta de vidrio<sup>[5]</sup> que la alimenta y que la hace sentirse afianzada en la realidad... hasta que lo ve.

Él. En las noticias de la noche del Canal 9... El hombre a quien no sabe si conoce o no. No se acuerda. ¿Lo conoció en un bar? ¿En un baile de caridad? ¿Follaron? ¿Estuvo aquí ayer o lo está esta noche? ¿Le habla a ella directamente desde la caja mágica?

Está húmeda y borracha. Acaba de apagar un cigarrillo. Se fumaría otro, cosa que hará después de tocarse viendo al hombre cuyos ojos son de colores ligeramente diferentes, que tiene la boca de un color rosa perfecto y una piel preciosa de café con leche, que le explica las noticias empleando bellas palabras.

Cuando él ha terminado su crónica y ella ha acabado de masturbarse, se enciende otro cigarrillo, se bebe otro par de tragos y se queda mirando la máquina de escribir que sigue en el suelo en medio de su sala de estar. Debería volver a meterla en el armario. Parece que tenga sus propias intenciones ocultas, y eso no le hace demasiada gracia.

Tiene la imagen de Simon Would cernido sobre la máquina, desnudo y fumando, pero no es capaz de decir si eso ha pasado de verdad, si va a pasar o si se lo imagina.

Debería de irse a la cama.

Deja caer la toalla sobre la máquina de escribir y va a la habitación, medio bailando y medio tropezando.

Por el camino oye el ruido del grifo de la bañera. Siempre gotea, pero esta vez parece que se lo ha dejado abierto. Gira la manilla con todas sus fuerzas. Ahora ya solo se oye un «*ploc, ploc, ploc*». Menos mal que quitó el tapón cuando salió de la bañera, porque de lo contrario se habría inundado el apartamento.

Se da la vuelta y ve una sombra oscura en la puerta del lavabo. Grita, y una mano le tapa la boca.

—*Chisss...* —dice él, y aparta la mano para abrazarla—. La puerta estaba abierta. Perdona si te he asustado.

—Te... Te acabo de ver por la tele...

—¿Te ha gustado? —le pregunta al tiempo que sus manos buscan la parte de su cuerpo que sigue húmeda.

—¿Cómo has llegado tan rápido?

—No es en directo, tonta. Lo grabamos todo los domingos. Tú... No puedo dejar de pensar en ti, Sarah... Yo...

—¿Nos conocemos? —balbucea ella—. ¿Nos han presentado formalmente? No me acuerdo. Me ha pasado algo al entrar en la bañera esta noche y no me acuerdo de nada... Es todo tan...

Y no puede seguir haciendo preguntas porque se ahoga en sus propios gemidos, ya que de repente se encuentra follando hasta casi perder el sentido, cosa que con toda seguridad hará que más tarde no se vuelva a acordar de una mierda.

Simon desaparece de la misma manera en que entró, como una sombra. Sarah se pregunta si realmente acaba de estar aquí o si no ha sido más que un fantasma lascivo o una proyección astral del verdadero Simon Would, de cuya existencia sabe porque lo ha visto en internet. Y que incluso ha posado para GQ.

Joder, seguro que existe porque le ha robado la máquina de escribir.

Cuando sale para el trabajo a la mañana siguiente, la toalla está tirada en medio de la sala como un condón usado y avergonzado, sin la máquina debajo. Tampoco es que la pudiese haber protegido.

—¡Puto ladrón de mierda! —grita. Y no tiene manera de ponerse en contacto con él ni de buscar una retribución a cambio de su maldito aparato de escritura.

Seguro que se podría permitir una puta máquina de escribir. Pero no, se la tenía que robar a ella, la simple secretaria de tres jefecillos de mierda, que solo tiene por debajo a los becarios y a quien apenas le llega para pagar el alquiler. La pone enferma. Y por eso tiene el estómago revuelto como si estuviera lleno de mariposas, y el corazón le late de forma indecorosa. Como si tuviese fiebre, se nota ardiendo y llora al tiempo que está riendo. Mierda, y encima le salen pareados.

Esto es mucho más serio de lo que pensaba.

—Joder —exclama, cuando se da cuenta de que, además, se ha enamorado de él.

Pero ni aun estando tan borracha se habría dejado la puerta abierta.

¿Cómo narices entró?

## Espíritus libres

Sarah decide honrarlos con su presencia. ¿Quién es ella para rechazar unas copas gratis en compañía de los chicos de la empresa? Al fin y al cabo es su cumpleaños, así que es hora de beber.

Después de tres chupitos que llevan por nombre «mamada» (no tiene ni idea de qué son, pero están cubiertos de nata y no puede usar las manos para bebérselos) y dos *whiskys* con cola, está lo suficientemente pedo como para menear el culo al ritmo de cualquier cosa que los chicos pongan en la máquina de discos.

Se siente observada, lo cual es cierto. Por los tíos de la empresa, por otros tíos del bar y por alguien más.

Se siente atraída hacia él, como si le tirasen de una cuerda. ¿Cómo es posible? ¿Ha conseguido venir aquí esta noche, a este bareto de mierda para oficinistas? ¿Es él de verdad?

—Perdona —le dice acercándosele mientras pone su mejor cara de «soy mona y estoy un poco achispada»—. Me sueñas de algo. —Qué guapo es y qué radiante está en persona. Aunque empieza a ver un poco doble y no está del todo segura de que sea él.

—Sí —conviene él—, tú también me sueñas de algo.

Su voz es electrizante.

De pronto siente la bofetada del alcohol que se le ha subido a la cabeza, y todo le empieza a dar vueltas. No, no es él. No puede ser. Simon es alguien del otro lado de la lente de la cámara que solo existe en el mundo de la televisión y las noticias. No puede existir en el mismo espacio que ella. Ella no es más que una quiero y no puedo. Una mera aspirante. Alguien que no va a triunfar en la vida. Está condenada al fracaso.

—¿Te encuentras bien?

—Oh, sí.

Se pone en pie, y da un espectáculo a pesar de que solo intenta recomponerse. Los chicos del trabajo la miran con ojos de buitres. Que les den por culo. Es su cumpleaños, ¿no? Y Simon, o un tío que se le parece mucho cuando ella va borracha, está aquí. No puede cagarla. Podría ser su gran oportunidad.

—Yo es que... Estoy borracha.

Quiere que sea él. Pero no quiere saber si lo es realmente o no.

—¿Quieres que te lleve a casa? —pregunta él.

—Más que nada en el mundo —responde y lo besa en los labios.

Él recibe el beso, medio avergonzado, pero no lo rechaza. Tiene los labios suaves y eléctricos. La mira a los ojos, y consigue que ella se fije en los de él. En la superficie tiene una media sonrisa y por debajo hay algo más peligroso. Eso es lo que ella quiere. La guía hacia fuera mientras ella lucha por mantenerse en pie. Es como un globo desinflado colgando de su brazo.

Sarah canta «Misty» con una voz de soprano perfecta. A él se le empiezan a humedecer los ojos y la abraza durante un instante mientras sigue cantando y meciéndose.

—Tienes una voz de ángel —observa—. Dios, eres preciosa.

Siempre supo que la acabaría encontrando. Susurra su nombre, como si estuviera rezando.

—Eres una mujer extraña —dice.

—Extraña pero con suerte —responde ella.

## ***E-mail comprometido***

Entras en la empresa después de la comida extraña con Simon sintiendo... Bueno... Todo un cóctel de emociones. Te da vueltas la cabeza. ¿Qué pasa entre esos dos? Después de haber estado a punto de estrangularte, va y te dice que ella es la razón por la que está aquí. Está claro que a ella le gusta (y, a pesar de sus pintas de pordiosero, empiezas a entender por qué), así que ¿por qué no están juntos? ¿Y ella por qué se te insinúa? ¿Se equivocó o es un juego para poner celoso a Simon?

De camino al lavabo pasas por el cubículo de Sarah, que en realidad no te pilla de paso. Sigue vacío. ¿Puede ser que la hayan trasladado a otro sitio? Es algo que hacen de vez en cuando. Mejor le preguntas a la recepcionista.

Llegas al lavabo de hombres y te sacas a tu pobre Número Uno, que no ha tenido mucha suerte últimamente. Antes de salir te miras al espejo. Ahí estás: qué *yuppie* más guapo. Parece que estés a punto de comerte el mundo. (Pero ya sabes a quién no quieres invitar a esa comida. ¡Ja! Has conseguido hacerte reír a ti mismo).

Cuando regresas a tu despacho vuelves a pasar por el cubículo de Sarah, por echar otro vistazo. Y ella está ahí... más o menos. Está sentada, inmóvil, con la mirada fija en uno de esos salvapantallas en los que salen estrellas moviéndose y que dan la sensación de que viajas por un túnel.

—¿Sarah? —preguntas—. ¿Dónde te habías metido?

Se gira a mirarte y ves que está más pálida que los folios de la fotocopidora.

—No quería enviarte ese *e-mail* —dice con suavidad.

Supones que se refiere al de «¿Quieres tener suerte?». Pero ¿qué coño? A lo mejor es que se lo quería enviar a Simon. Sientes la decepción; es como un vacío en el estómago. Intentas hacer ver que no pasa nada. Incluso añades:

—Ah, no pasa nada. Ya me lo imaginaba, con lo de Simon y eso.

—¿Simon? —pregunta.

—Sí, quiero decir, tu «novio».

—Oh, Dios mío, ayúdame —jadea de repente como si se estuviera ahogando. ¿Se está ahogando?

—¿Te estás ahogando?

Niega con la cabeza y empieza a llorar. Miras a los lados. ¡Está montando un espectáculo! ¿Os está viendo alguien? Allí está Lewis, quien te mira poniendo cara rara.

Mierda.

—Yo no quería. No quería —dice con las lágrimas resbalándole por la cara.

—Está bien —alcanzas a decir; deseas que se calle—. ¿Te encuentras mal? ¿Quieres irte a casa?

Vuelve a fijar la vista en el salvapantallas, y asiente.

—Por favor —te suplica—, no digas nada.

Le pones una mano en el hombro. Está muy fría y, en ese momento, una ráfaga de

viento helado te congela hasta los huesos.

—Vete a casa, Sarah —le aconsejas y te vas con la cabeza dando vueltas y la sensación de que no la deberías haber tocado porque tenga lo que tenga a lo mejor te lo ha contagiado.

Tú también deberías irte a casa.

## Los Tipos Trajeados

De un tiempo a esta parte han estado mirando a Sarah por encima del hombro, pero ella ha conseguido evitarlos a todos pese a que tiene que tratar con ellos por cuestiones laborales. Sin embargo, lucha por poner buena cara y no faltar al trabajo. Últimamente se ha estado encontrando mal demasiado a menudo. Primero fue una gripe estomacal que la tuvo con diarrea y vomitando dos días seguidos. Después vinieron unos dolores muy intensos en el pecho que apenas pudo soportar. Más tarde, un pitido en el oído acabó convirtiéndose en un agudo dolor de cabeza que la obligó a ir al médico. Por último, sufrió una amigdalitis tan severa que la mantuvo unos días sin poder hablar.

Todo eso en un mes.

Hay algo en su lugar de trabajo que la hace ponerse enferma, pero no sabe decir si es malestar por el tipo de trabajo, por el aburrimiento incomparable e insoportable que le produce, o si es por ellos, por los Tipos Trajeados que le pisan continuamente los talones. Poco a poco está empezando a ser antipática y es incapaz de ofrecerles sonrisas a sus compañeros o un simple «¿cómo estás?». Le aterroriza tener que levantarse de su silla por miedo a ser incapaz de volver a ella y largarse para siempre.

Tiene miedo de empezar a eludir sus quehaceres diarios. Teme pensar que podría llegar a hacer (de hecho, lo haría) algo desesperado.

Pero aún no ha llegado el momento, todavía no. Por ahora tendrá que seguir soportando la terrible realidad de que el hombre debe ganarse el pan con el sudor de su frente y la mujer debe sufrir los dolores del parto.

Durante los días en que está con amigdalitis decide que tampoco le hace falta cantar. Lo que tiene que hacer es encontrar un buen hombre que cuide de ella, como decía su madre. Dios, ¿en qué año fue eso, cuando los hombres «tenían que cuidar» de las mujeres? Piensa en su madre: débil, siempre trabajando sin que le pagaran ni se lo reconocieran, sufriendo pero convencida de que su padre estaba cuidando de ella.

Pero Sarah prefiere volver a esa ilusión. Al fin y al cabo, vive en la ciudad de los sueños y te puede llegar la suerte cuando menos te lo esperas.

Siente un escalofrío. «Un ganso acaba de pasar por encima de tu tumba», piensa. Es una frase estúpida que no ha usado nunca, pero que leyó una vez en algún sitio. Es una frase muy pasada de moda, como si hubiese muchos gansos hoy en día en los cementerios.

Su compañera Tamara saca la cabeza por encima de la pared del cubículo y le pregunta:

—¿Quién es el del traje?

—¿Qué? —Sarah pega un bote en su silla.

—Detrás de ti.

Se da la vuelta y lo ve. Lleva un traje que parece un uniforme, la raya del pelo a un lado y con unos ojos azules como el hielo y que parecen pintados como los de una

muñeca Barbie. Está mirando por encima de su hombro, como controlando que Sarah haga su trabajo.

Cuando lo mira directamente, él le guiña un ojo con malicia y desaparece. Sarah se da la vuelta para ver si Tamara ha visto esa desaparición repentina, pero ya no está.

Salta de la silla y corre junto a las paredes de los cubículos como un ratón en un laberinto en busca de Tamara, quien se dirige a la sala del café. Cuando la alcanza, la agarra por el brazo.

—¿Qué has querido decir con eso de «quién es el del traje»? —le urge.

—Me refería al tío que tenías detrás. Joder, tranquilízate, Sarah.

—No había nadie detrás de mí.

Tamara pone los ojos en blanco.

—Sí lo había. ¿Quién es? ¿Tu nuevo novio?

Sarah se siente débil y enferma, al borde del desmayo. Nota una presión en la cabeza. Ve un punto de luz blanca. Una migraña.

—¿Estás bien? —pregunta Tamara—. Quizá deberías irte a casa.

Guerras, guerras y más guerras en el horizonte. Ejecutivos a quienes encuentran muertos en sus coches con heridas de bala supuestamente autoinfligidas; un tercio del continente arrasado por amores conflictivos; figuras grotescas que no necesitan pilas decoran las casas de los que hacen pactos con el diablo; histeria colectiva por la destrucción colectiva; ojo por ojo hasta que todo el mundo es ciego; infinitas muestras de locura. Una luz blanca parpadea en su chakra del tercer ojo. Se acerca el fin del mundo, y ella ¿qué podría cantar?

«El suicidio es indoloro, conlleva varios cambios, y yo puedo elegirlo o no, si quiero»<sup>[6]</sup>. Si le quitas la letra, te queda la canción de apertura de un programa de televisión sin risas enlatadas. Ahora mismo desearía desmayarse. Dios, haz que esto pare.

Tamara le coge de la mano. Es tan cálida y amable que Sarah no puede evitar dejarse envolver en su abrazo. Huele el olor a champú de su pelo, su perfume y sus cremas. Lleva una blusa dorada y es cálida, no es uno de ellos. Nunca le harían daño a Tamara, ¿no? Ella estará bien, ¿verdad?

—Cariño, vete a casa —le dice Tamara.

—Por favor —le ruega Sarah, porque sabe que nada de lo que pasa tiene sentido —, no le digas a nadie que me has visto aquí.

## Novatada

Lewis te observa mientras sales del cubículo de Sarah. Te mira de una manera un tanto suspicaz.

—¿Qué?

—¿Con quién hablabas? —inquire Lewis.

—Lewis, le he dicho a Sarah que se vaya a casa. Está enferma.

—¿Sarah?

—Sí, Sarah.

—Tío, aquí no trabaja ninguna Sarah —dice.

—Sarah While —suspiras—, la secretaria del asistente del jefe, la guapita. Se sienta justo allí. Ve a presentarte y que te explique lo mucho que nos ayuda con...

Lewis te pone una mano en el hombro y, fingiendo cara de loco, como si fuera un caballo con la rabia o algo así, te susurra:

—Será mejor que no hables de esa manera.

—¿Que no hable cómo? —preguntas.

Lewis está muy cabreado.

—No sé qué es lo que te hace pensar que esto es gracioso.

Ahora el que se empieza a mosquear eres tú. ¿Qué puto problema hay? ¿Se piensa que no tienes permiso para decirle a Sarah que se vaya a casa? A lo mejor se ha enterado de que te van a ascender y vas a ser su jefe. ¿Y a ti qué si lleva aquí cinco años más que tú? Eres tú quien tiene el máster, mala suerte para él.

—A ver, ¿qué problema hay? Que yo te entienda, colega.

Ese «colega» ha sonado un poco forzado, y dicho por ti te hace parecer un retrasado, que es por lo que parece que ahora Lewis esté a punto de vomitar.

Baja todavía más la voz, aunque ya estaba susurrando.

—Colega, hace justo un año que Sarah murió.

¿Qué? ¿Te lo vas a creer? ¿Cómo puedes creerte eso?

Porque si ella es un fantasma, joder, a lo mejor toda esta gente también lo es. Tal cual.

Empieza a dolerte la cabeza. Esta broma ya aparece en la lista de las que te han gastado. Cuando eras niño estaba lo de ir a cazar gamusinos, que no existían. Luego, que si en la residencia de estudiantes había un fantasma. Joder, cómo se rieron de ti cuando te oyeron gritar y resultó que era el Cameron aquel con una sábana en la cabeza. Pues esto es lo mismo: te están tomando el pelo. Puedes sentirlo. Se quieren quedar contigo. Quieren darte por culo. Seguro que están todos ahí aguantándose la risa y a ti te va a tocar decir: «¡Oh! ¡Ja, ja! Tíos, le habéis tomado el pelo al tonto este de Kansas».

Estás hasta los huevos de estas tonterías.

Vuelves a tu cubículo, te sientas y abres tu cuenta de correo electrónico.

Joder. Hay otro.

De: sarawillie@brihtonbeach.com

Para: ricjimmy@brightonbeach.com

Asunto: Fueron felices y comieron perdices

Fecha: 12/13/01

Mensaje:

¿Puedes ayudarme?

Aquí está pasando algo. ¿Te has dado cuenta?

No es porque no paren de llamarme por megafonía. Ni porque haya una secretaria y un guardia de seguridad nuevos. Es que están tirando paredes para hacer la expansión y ¿has olido la peste que sale del lavabo?

A lo mejor es solo en el de mujeres, pero el tío de mantenimiento no para de echar algo para que no huela. Vale, ya sé que se supone que un lavabo tiene que oler a mierda. Pero es que huele mucho peor que la mierda, joder. Apesta como si alguien hubiese tirado al váter hace tres meses a un director de proyectos con un boli clavado en la garganta.

En serio. Vale, ya lo sé. ¿Y tú qué vas a hacer? ¿Buscar un hueco en la agenda para tratar con la muerte?

En esta empresa, no. La gente va por ahí cada uno con su cáncer en una fase distinta: inicio, lucha, remisión, sumisión... Cada uno es un nombre en la lista de cadáveres. En una empresa pública suele haber muchas muertes.

Pero aquí en California nadie se preocupa por nada. En la hora de la comida, cuando me voy al coche a echarme la siesta, en esos momentos en que un olvido placentero lo abarca todo, soy capaz de ver la verdadera belleza: es como un bálsamo, una perla perfecta de sentimiento, un pensamiento como de algodón. Si morir fuese lo mismo que irse a dormir, nadie se sentiría mal. Especialmente cuando muere un bebé. Los bebés solo deberían dormir.

Pero la gente no se cree que morirse sea como irse a dormir. No si tienen dos dedos de frente, claro. Porque no estás durmiendo, cariño.

Menos las princesas de los cuentos de hadas, con sus ataúdes de cristal en lo más profundo del bosque, tras paredes de rosales y junto al telar... Donde la muerte no es la muerte, y el sueño no es el sueño, y la belleza y la bondad se cogen de la mano y entre los miembros de la realeza y la plebe hay besos y amor verdadero y un enano convierte la paja en oro.

¿Piensas que alguna vez me podría pasar eso a mí? ¿Piensas que esta secretaria administrativa podría acabar con el presidente de la empresa si juego bien mis cartas? Cuando lleva un par de cubatas encima, se le pone esa mirada de hambre, como si las putas ya no fueran suficiente y quiere a esa chica a la que se supone que no puede acosar y que quizás es demasiado lista y no se puede arriesgar. Pero ÉL no es tan listo. Ese es el tema.

Pero mejor no se lo preguntes, a no ser que quieras ser tú el que acaba metido en las cañerías en el lavabo de mujeres, mirándoles por debajo de la falda mientras te vas muriendo poco a

poco con un boli clavado en la tráquea.

Bueno, tengo que volver al curro... a sudar a ver si los minutos se convierten en horas y las horas en días en esta especie de condena por haber soñado demasiado y durante demasiado tiempo...

Tengo un mensaje para ti. Cuando Simon Would te ofrezca un final feliz, cógelo. Cógelo y sal corriendo. Así, al menos él, acabara en algún lugar mejor. Y tú también.

¿Quién eres? ¿Te conozco? ¿Puedes ayudarme? De verdad, ve a echarle un vistazo al área nueva del edificio.

Y en serio, hay un cadáver debajo de las tuberías del lavabo de mujeres. ¿Falta alguien? ¿Eres tú?

En serio.

XOXOXOXOXOXOXOXOXOXOX

SW

Ahora sí que ya te has cabreado del todo. ¿Pero esto qué es? ¿Una broma de los raritos de la empresa? Está compinchada con Lewis y con Tamara, y seguramente también con Simon. Están intentando que la cagues porque saben, lo mismo que tú sabes, que te van a ascender. Mierda, y seguramente también se está tirando al jefe. Eso es lo que quiere decir el *e-mail*. Te acababa de mandar esto cuando has ido a hablar con ella. ¿Que no te lo quería enviar? ¿Y entonces esto qué es? Nadie escribe un *e-mail* tan largo si no quiere mandarlo.

¿Se ha ido ya a casa o todavía está por ahí dando vueltas? Mejor que la hagas llamar, rápido, antes de que se vaya. La tienes calada, seguro que se derrumba. Seguro que te dice qué narices está pasando y quién le ha dicho que te tome el pelo.

Coges el teléfono y buscas su número en el listado de la empresa.

Como suponías, no aparece. De hecho, no sale ninguna Sarah ni ninguna Sara, ni Casaura Sauras de ningún tipo y ya estás tan cabreado como desconcertado. ¿Podría ser que Lewis te estuviese diciendo la verdad? No, claro que no. A lo mejor es que aparece por su segundo nombre. Llamas a recepción.

Jocelyn, la nueva y muy profesional recepcionista, contesta:

—¿Sí, señor Jamison?

—¿Puedes llamar por megafonía a Sarah While y pedirle que venga a mi mesa, por favor?

—Lo siento, señor Jamison —responde—, no tengo ningún número de extensión de Sarah While...

—Por eso te he pedido que la llames por megafonía, Jocelyn. —Estás intentando por todos los medios no perder la compostura porque eres un tío joven, no llevas demasiado tiempo en la empresa y quieres mantener tu reputación. Estás a punto de estar a punto de que te asciendan.

Oyes la voz monótona de Jocelyn por los altavoces: «Sarah While, por favor, preséntese en la oficina del señor Jamison. Sarah While, por favor, preséntese inmediatamente en la oficina del señor Jamison».

Bien hecho, Jocelyn. Así es. Podrías imprimir el *e-mail* como prueba. A lo mejor tienes que presentar una queja formal, pero por ahora dejas en tu pantalla esa evidencia irrefutable. Te retrepas en la silla y te pones las manos detrás de la cabeza.

Intentas que tu cara muestre la menor emoción posible. Tienes que ser un tío majo que sabe arreglar las cosas. Al fin y al cabo, puede que después te sigan quedando ganas de tirártela. Los dedos de las manos se te empiezan a dormir.

Alguien llama en el marco de la puerta de tu cubículo.

—Pasa —dices adoptando una pose que te ponga en situación de poder.

Simon Would aparece en la entrada. Le tiemblan las manos y tiene una expresión turbada.

—Venga —te dice—, vamos a tomarnos un descanso. Ahora, rápido.

—Eeh..., Simon —contestas—. Acabo de hacer llamar a Sarah porque me ha enviado un *e-mail* que...

—¿Que te ha enviado un *e-mail*?

—Sí, pero...

Simon te aparta de un empujón para poder ver la pantalla.

—Pero ¿qué...? —Te intentas levantar pero él te ha puesto literalmente la mano en la cara y con el brazo extendido te retiene contra el respaldo de la silla. Te sorprendes de la fuerza que tiene. También lee muy rápido. Entonces te mira mientras te quita la mano de la cara.

—¿Has visto *Terminator*, Dick?

—Eh, sí. Es Rich.

—«Si quieres seguir con vida, ven conmigo». —Te sonrío. Es una sonrisa resplandeciente que te encandila con la promesa de hacer realidad la fantasía de cualquier película que hayas podido ver o no. Con un susurro teatral, te dice—: Nos vemos fuera. Sal por la parte de atrás. Es el único camino que nos puede llevar a un final feliz, tanto para ti como para mí.

Entonces se precipita, corre, vuela hacia allí.

No tienes muy claro qué hacer al respecto.

Estás a punto de volver a llamar a Jocelyn cuando aparece en tu cubículo. Tiene los brazos cruzados, y detrás de ella aparecen el guardia de seguridad y el jefe. El jefe, tu jefe, que no hace ni veinticuatro horas que te estaba apretando la mano como si quisiera follarte, ahora te está apretando el cuello como si quisiera estrangularte.

—Puto... gilipollas... enfermo... —dice con la cara roja y palpitante, pero menos roja y menos palpitante que la tuya, que ya está a punto de estallar.

El guardia de seguridad y Jocelyn consiguen quitarle las manos de tu cuello y apartarte de él. Estás horrorizado.

—¿Qué? —gimes con tu maltrecha garganta—. ¿Qué pasa aquí?

El jefe se traga unas pastillas que se saca del bolsillo y parece calmarse.

—Perdona, Jamison —te dice—. No estaba intentando matarte, es que tengo... muy mal temperamento. Y la tensión alta, ya me entiendes.

Te encuentras a ti mismo asintiendo como si de verdad entendieras.

Ahora es Jocelyn la que se adelanta —la tranquila y siempre profesional Jocelyn— y te cruza la cara de un tortazo.

—Eso es por hacerme participar en tu chiste retorcido —dice.

—¿Qué chiste? —le preguntas con la cara escocida.

—Me has pedido que llame por megafonía... —se pone a llorar— a Sarah While... y todo el mundo lo ha oído y se piensan que es culpa mía. ¿Tienes idea de todo lo que me han dicho?

—No —respondes.

Tienes que aclarar esto. A por ellos.

—Mirad: Sarah me ha mandado un *e-mail* que estaba bastante fuera de lugar y quería hablar con ella.

El jefe te vuelve a agarrar del cuello, te sacude la cabeza y vuelve a decir: «Puto... gilipollas... enfermo...», como si fuera el estribillo de una canción, y tu cabeza la maraca que la convierte en un éxito de ventas.

Esta vez no hace falta que lo aparten de ti; está demasiado cansado y se deja caer en tu silla. Ya no le quedan más estribillos.

—Enséñame ese *e-mail* —dice. Señalas la pantalla de tu ordenador y él hace girar la silla para leerlo.

Jocelyn mira desde detrás de él, deslizándose la mirada por el monitor. El guardia de seguridad se queda plantado en la entrada de tu cubículo con pinta de idiota.

—¿Tú has escrito esto, Jamison? —pregunta el jefe antes de acabar. (Sabes que no lee tan rápido).

—¡No, señor! Me lo ha mandado ella, ya he dicho que...

—Bueno, pues eso es imposible. ¿Y sabes por qué es imposible?

Niegas con la cabeza.

—¿Crees que es imposible que él sepa por qué es imposible? —le pregunta tu jefe a Jocelyn. Por supuesto, parece ser que la broma de Lewis no era tal, y de repente en la empresa todos te empiezan a ver como el niño de *El sexto sentido*.

Hostia puta.

## Una salida

Jocelyn te estudia con la mirada mientras le responde al jefe:

—Es nuevo, como yo y como él. —Apunta al guardia de seguridad—. No lo sabíamos hasta hoy.

—Bueno —dice el jefe—, pues es imposible que te mandara ese *e-mail* porque está muerta, Jamison. Lleva un año muerta, chico.

Una baba blanca se le ha empezado a formar en las comisuras de la boca.

—Un fantasma —murmura Jocelyn como si fuera un monitor de campamento contando una historia alrededor de la fogata— que manda *e-mails* desde el más allá.

—¿Cómo murió? —le preguntas al de seguridad, que es quien menos pinta tiene de querer agredirte. Se encoge de hombros.

—La gripe, un accidente de coche... ¿Cómo coño quieres que lo sepamos? —dice tu jefe—. Aquí en Brighton no somos tan morbosos. Se murió y cerramos el pico. Por respeto. Y te recomiendo que hagas lo mismo.

El jefe se gira hacia Jocelyn, quien niega con la cabeza mientras te mira, y se va. Se gira hacia el de seguridad, que te dice:

—Lo siento, colega.

Entonces te pega un puñetazo en el estómago y se va.

El jefe se mantiene alejado de ti. No te toca, pero te clava una mirada de loco.

—Esto es un aviso: Aquí mantenemos la boca cerrada. Por respeto. Y te recomiendo que hagas lo mismo.

Entonces esa mirada de loco te guiña un ojo. Entonces te da una palmada en el hombro mientras suelta una risita como de colega y se va.

Estás del todo perplejo por la naturaleza de los últimos acontecimientos: ¿Fantasmas? ¿*E-mails* del más allá? ¿Castigos corporales que parecen sacados de un episodio de *Los tres chiflados*? Pensarías que es un chiste si no te acabasen de estrangular, de abofetearte y de pegarte en el estómago.

Joder.

Bueno. Has llegado hasta aquí. Ahora pregúntate por qué.

«¿Estoy aquí para ser un oficinista de mierda?».

Si es así, no tienes más que escuchar lo que te acaba de decir el jefe. Piensa en tu ascenso. Mantén la boca cerrada. Vuelve al trabajo. (Repetir hasta El Final de los Tiempos).

No, en serio: ¡VUELVE AL TRABAJO!

Eso... hasta que te topes con el jefe en el aparcamiento y te clave un bolígrafo en la garganta por saber lo que no deberías saber y te meta tras una pared falsa en el lavabo antes de que rellenen el hueco con cemento.

Sin duda es un final un poco triste para ti.

—O bien—

*No pienses en tu ascenso; piensa en la guitarra:*

*No estás aquí para ser un oficinista de mierda, estás aquí para hacer babear a las nenas, bailar como un poseso, tocar la guitarra de puta madre y dedicarte al puto rock'n'roll. ¿Verdad?*

Eso es.

*«Si quieres seguir con vida, ven conmigo».*

## Recuerdos

Sarah te sonríe.

—Está bien —te dice—. No te espantes. Puedo recordar vidas pasadas de la misma manera que la mayoría de la gente recuerda su infancia. Fragmentos y cosas así. Si quiero, puedo intentar darles un sentido más o menos lineal, pero no es fácil. Es más bien como: «Oh, me acuerdo de ese episodio de hace tres vidas». Cuanto más antiguas son las vidas, más me cuesta recordarlas. Pero bueno, intento no hablar mucho del asunto. Me gustaría que me hubiese tocado un don mejor.

— Como qué? —preguntas.

— Como ser capaz de ver el futuro? Eso ser a genial.

—Y mucho más útil —dices tú, pensando en la lotería.

—Sí —conviene ella—. Sabr a qué hombres son venenosos, a quienes atar y a quienes soltarles la correa. —R e.

Dios, qué borracho estás. Ella también.  Vaya fiest on!

## Final feliz de película

De puta madre, tío.

¿Ves? Tu jefe está tan convencido de que eres un pringado que ni ha tocado tu ordenador.

Ahora, dale al «imprimir».

Ya tienes la prueba de lo que sea que es esto. Te has liado un poco por el camino, pero ese doble estrangulamiento y el ver esas babas asquerosas en la comisura de los labios del jefe eran lo que necesitabas para despertarte de una puta vez. Te han sentado mejor que un café doble bien cargado para que te espabilaras.

Te das un paseo apresurado hasta la impresora. Los compañeros de trabajo que llevan aquí más de un año —y que son la mayoría— te lanzan miradas de odio.

Amigos de Sarah. Pero no saben que ahora tú eres su nuevo mejor amigo. ¿Es que acaso se materializa sin sujetador delante de ellos? ¿Acaso les manda a ellos *e-mails* *sexys* y crípticos desde el más allá? Coges el susodicho *e-mail* *sexy* y críptico de la impresora y ves a Tamara, quien tiene pinta de tener ganas de repetir el numerito del estrangulamiento y las babas, pero eres más rápido que ella y sales por la puerta de atrás.

Simon te está esperando más allá de las puertas dobles, fumando. En el preciso momento en el que atraviesas la puerta tira el cigarrillo al suelo y te grita: «¡Corre!».

Es muy rápido para ser cojo y fumador compulsivo.

Corres hacia el que supones que es su coche, un BMW verde lleno de polvo y de mierda de pájaro y en un momento os estáis dirigiendo disparados hacia la salida del aparcamiento.

—¡La tarjeta! —te grita.

—¿¡Qué!?! —le respondes, también gritando.

—¡A la mierda! —Ya ha atravesado la barrera que debería haber sido abierta por la tarjeta. El BMW culea un poco, pero Simon consigue recuperar el control y seguís vuestra carrera calle abajo.

Miras hacia atrás. Nadie os persigue.

Veinte minutos más tarde estáis haciendo cola en el aeropuerto de Los Ángeles. Simon vuelve de las máquinas dispensadoras con dos bolsas pequeñas de patatas: «Sal y vinagre» y «Nachos con queso».

—El vuelo va a ser largo —dice mientras abre las «Sal y vinagre».

—Sigo sin entender por qué teníamos que correr tanto —empiezas a decir.

Te hace un gesto para que bajes la voz.

—Tienes una señora con un par de pomeranians detrás —susurra.

—Sigo sin entender —susurras tú también— por qué tenemos que ir a las Bermudas.

—No tenemos que ir a las Bermudas. Queremos ir a las Bermudas —dice—. Tenemos que mantenernos alejados durante un tiempo. Tengo una casa en la playa, de

multipropiedad.

—Tampoco entiendo por qué tenemos que mantenernos alejados durante un tiempo. Lo único ilegal que hemos hecho ha sido romper el... ¿cómo se llama la cosa esa de la tarjeta?

Simon no lo sabe.

—No te preocupes por la cosa esa de la tarjeta. Lo que importa es que Sarah está tratando de decirnos algo.

—¿Que quieres decir con «decirnos»? Se me ha aparecido a mí. Y al que le mandó el *e-mail* es a mí.

—Pero fue a mí a quien dejó cojo.

—¿Cuándo?

Simon parece tan avergonzado y desamparado como una mujer maltratada.

—Seguramente fue culpa mía.

—¿Crees que el jefe la mató y que su cuerpo está enterrado debajo del lavabo de mujeres? —preguntas orgulloso de tu deducción holmesiana.

Simon te repite con gestos que bajas la voz. La señora de detrás le tapa las orejas a sus pomeranians.

—No —dice Simon—. Ese debe de ser un director de proyectos que desapareció. Tú entraste en su lugar. Dios, necesito un cigarrillo.

—Espera... ¿Cómo conociste a Sarah? ¿Y por qué se me ha aparecido a mí? ¿Y cómo murió?

—En las Bermudas, Dick.

—Rich.

—Todas las explicaciones en las Bermudas. —Simon se hace crujir el cuello—. Creo que me voy a comprar un cojín de esos para el cuello. ¿Sabes esos que parecen anacardos? ¿Quieres uno? ¿O unos anacardos, ya que estamos? Yo pago.

—Al cabo de media hora estás en un vuelo a las Bermudas, comiendo anacardos y mirando el *smog* de Los Ángeles por la ventanilla. Simon ronca con la cabeza apoyada en su cojín nuevo.

Treinta días más tarde tienes un bolo en un bar de la playa en el que tocas versiones de Nirvana y de Pearl Jam.

Treinta semanas después, sigues pasando los días bebiendo cócteles en un coco y las noches tocando música y haciendo el amor, como si no hubiera nada más en la vida.

Simon y tú tenéis un número. Es un dueto en el que tú cantas y que repetís todas las noches hasta que sale el sol. Dice así:

Tú: —Simon, ¿sabías que Sarah tenía fotos tuyas en su mesa en el trabajo? Por aquel entonces aún no te conocía, ¿verdad? Y aun así tenía las fotos... Porque eras tú, ¿verdad?

Simon: —Sí, seguramente tienes razón, Dick; de cuando yo estaba bastante más gordo y no fumaba y todavía no lucía esta encantadora cojera. Ese era yo, Dick, antes de que Sarah apareciera.

Tú: —Rich, por favor.

Simon: —Lo que sea.

Tú: —Cuéntame otra vez cómo te quedaste cojo.

Simon: —Me caí. Me resbalé en el cuarto de baño de Sarah y luego me resbalé otra vez en sus escaleras. Nunca me curé como es debido, ni tampoco me preocupé demasiado. Estuve borracho durante mucho, mucho tiempo, Dick.

Tú: —Richard.

Simon: —Vale. Un día recordé que seguía siendo periodista, un puto reportero de investigación, y decidí descubrir qué le había pasado. Así que conseguí que me contrataran en la última empresa en la que había trabajado y husmeé por ahí.

Tú: —¿Y?

Simon: —Y descubrí que los Tipos Trajeados eran los culpables. Ya no puedes hacer gran cosa al respecto. No puedes poner a los Tipos Trajeados ante la justicia.

Tú: —¿Eso por qué, Simon?

Simon: —Son demonios, Dick.

Tú: —Richard.

Simon: —Son demonios, Richard. Dan vueltas a la Tierra y hacen lo que se les ordena. Es su curro de demonios, Richard.

Tú: —¿Por qué buscaban a Sarah, Simon?

Simon: —Sabía demasiado, Dick. Sabía demasiado.

*Pausa.*

Tú: —¿Qué es lo que sabía?

Simon: —Está todo en el libro. ¿Sabes, Dick? Todo. Ya verás cuando lo acabe. Me falta muy poco. Muy poco.

Tú: —Qué mal. Pobre Sarah.

Simon: —Sí, mal, muy mal. Es una puta tragedia. Su pobre fantasma dando vueltas en esa empresa. Ahí sentada delante del ordenador, enviando *e-mails*. Es casi tan malo como estar vivo y tener que trabajar allí. Quizá peor y todo.

Tú: —Uno esperaría que estando muerta y eso, que estuviese en algún lugar mejor.

Simon: —Es lo que uno esperaría. Qué puta tragedia.

*Una pausa respetuosa. Ambos sorbéis vuestras bebidas.*

Simon: —Ahora lo importante, Dick...

Tú: —Rich.

Simon: —Vale. Rich, Dick, Richard, colega, cariño... ¡Escúchame!

Tú: —Perdona.

Simon: —Lo importante de todo esto es que somos nosotros quienes estamos en un lugar mejor.

## SEGUNDA PARTE

### NOTICIAS

*En la que...*

Simon la quema,  
la entierra  
o se la lleva.

## Viaje en el tiempo

Yo era esa persona... Esa otra persona a la que ahora apenas puedo reconocer como yo misma.

Imagina (si quieres, claro) que estás atrapada en una habitación viendo una película independiente y extraña. La película está desperdigada; hay varias tomas de las mismas secuencias y diferentes montajes. Las has tenido que poner una detrás de otra para poder verla. No eres capaz de empatizar con ninguno de los personajes; aun así, te dan lástima. Sientes que no tienen nada que ver contigo, pero no puedes hacer otra cosa que seguir viendo el filme.

No puedes salir de la habitación ni dejar de ver estos trozos de película hasta que encuentres una pista. No tienes ni idea de cuál será esa pista, pero te conducirá a la llave que hay escondida en algún lugar y que te permitirá salir de aquí. Luego podrás prenderle fuego a la habitación o irte tranquilamente. No importa.

Pero, por el momento, estás atrapada viendo la película, y te dicen que hubo una época en la que uno de los personajes —ese en especial que no se parece en nada a ti, el que te resulta más ajeno, esa chica tan extraña— eras tú.

O no. Porque en realidad se podría haber tratado de cualquiera de ellos. Tú eres todos esos personajes.

Día tras día, los contemplas sin que ellos se den cuenta. No pueden verte; no saben que estás ahí. No sienten tu mirada en su espalda, ni notan tu preocupación, ni saben que pones en duda todas las decisiones que toman. Tampoco saben que estás atrapada. No saben que estás escrutando sus pequeñas y patéticas vidas en busca de una pista.

Y toda la pena, todo ese desapego que sientes por ellos, te está empezando a amargar.

No saben nada de ti. No les importas. Han desaparecido. Ya solo existen en ese puto trozo de película que es el instrumento de tu tortura. Empiezas a odiarlos. Empiezas a odiarlos con toda tu alma.

Lo siento. Yo, no tú. Tú no estás atrapada en absoluto. Ni siquiera estás aquí. No eres más que una persona de las del otro lado, que se dedica a lo suyo, sin más, como si ninguna de nosotras estuviésemos aquí, sufriendo por culpa de las decisiones que tomas sin pensar, por la infelicidad de tu drama, por ese ir de un lado para otro sin fin.

Estoy hablando de mí. Y no me puedes ver.

Pero me verás. Porque te prometo que, cuando encuentre la llave, te encontraré. Y sufrirás por haber sido tan irreflexiva y no haber querido ver lo que estaba pasando. Pagarás.

*Te atraparé mientras duermes.*

## El atrapamoscas

Simon lucha por encontrarle un significado a todo esto. No necesariamente un sentido (sabe que no vale la pena intentar encontrarle una lógica al comportamiento, ya sea el masculino o el femenino), sino alguna especie de significado profundo, al menos para sí mismo. Esa chica tiene algo. Parece como si la conociera, pero es evidente que no es así. Es algo romántico, trágico... Le cuesta encontrar el adjetivo adecuado, a él, que no suele tener problemas con las palabras. Pero esto se escapa de cualquier definición posible.

Considera que todo este asunto no es más que un *atrapamoscas*, un artículo de relleno pensado para que los lectores tengan escalofríos y hacerles creer que hay algo más allá, al tiempo que se sienten agradecidos por no haber tenido que verlo con sus propios ojos.

Simon nunca ha escrito atrapamoscas, ya que siempre lo han considerado (los demás, pero también a sí mismo) un periodista de categoría aunque algo peculiar. En su día trabajó de vez en cuando como reportero y como comentarista de noticias, y consiguió audiencias muy elevadas porque está muy bueno, objetivamente hablando. Lo cierto es que se implicaba de verdad en sus artículos de fondo y en dar cobertura a asuntos importantes. Además, tenía cerebro suficiente como para rivalizar con cualquier experto en cualquier materia.

Pero tuvo mala suerte. Nada más publicar un artículo en el *Times* sobre la ansiedad, la depresión y los medicamentos que las tratan con mejor o peor resultado, se topó con el jefe en la máquina de refrescos justo cuando este buscaba a alguien a quien endosarle un marrón.

Tendría que haber pringado Charlie, pero este estaba en Europa cubriendo una historia que, por derecho, tendría que haberle correspondido. Así que también había sido un milagro que él hubiese tenido que escribir aquel artículo sobre la depresión. Ni siquiera acostumbraba a beber refrescos. Pero el jefe le soltó una historia sobre lo bien que le venía su último trabajo y le dijo que aquello le aportaba la base suficiente para intentar esclarecer las razones por las que una chica joven, guapa y más o menos bien posicionada querría dejarse las venas tan trinchadas como un pavo en Navidad.

Simon le recordó al jefe que los periódicos serios no suelen escribir artículos sobre suicidios, pero este lo miró como si estuviese a punto de darle un pollazo en la cara. Con arreglo al informe de la autopsia, el suicidio no había sido la causa de la muerte. La policía tampoco pudo calificarlo de homicidio. Al final el caso había caído en la categoría de «causas no naturales».

Simon esparció por su escritorio una copia del informe policial, otra del informe del forense, una declaración del vecino del piso de abajo y dos fotos: una de la cara de la víctima y otra de su cadáver. Ambas en blanco y negro y de veinte por veinticinco. La chica estaba arrebatadoramente bella en ambas fotos.

En la foto en la que aparecía muerta, estaba como flotando. En realidad estaba flotando en una bañera. Pero la gente no flota en la bañera, ni siquiera cuando está muerta. Sobre todo cuando se ha ahogado. Pero la causa de la muerte no era ahogamiento. No tenía agua en los pulmones. La causa de la muerte era asfixia.

Tenía dos ligeras marcas de dedos en el centro del pecho y otra entre las cejas. Pero no se podían ver las huellas dactilares. No había huellas dactilares en ningún sitio. Claro que el apartamento se había inundado, pero es que tampoco las había en la cuchilla que aparentemente había utilizado para cortarse dos cruces enormes en las muñecas antes de meterse en la bañera en la que no se había ahogado ni desangrado, sino que se había asfixiado.

Cabría conjeturar que la habían asesinado —le podrían haber puesto una bolsa en la cabeza o algo así— y que le habían cortado las venas después, y que por eso había tan poca sangre: el corazón ya le había dejado de latir. Alguien la mata y hace que parezca un suicidio.

Pero no había indicios de allanamiento, así que tendría que haber sido algún amigo. (Siempre es alguien que te conoce, ¿no?). Y ese «amigo» había sido tan inteligente como para no dejar ni una sola huella dactilar.

A Simon no se le ocurría ninguna teoría mejor. Como siempre, la policía había sido tan idiota como para descartar el homicidio porque no había ni huellas ni indicios de allanamiento. ¿Y las marcas del pecho? ¿Acaso no estaba claro que las habían producido unos dedos?

Y ahora Simon tiene su cruzada particular. Los detectives de homicidios no están por la labor y va a hacer falta que un pedazo de periodista como él les haga mover el culo y regresar a su trabajo.

Sí, está dispuesto a poner en práctica el mejor periodismo de investigación y seguir todas las pistas de esta espeluznante historia. Ya se empieza a entusiasmar y cree que a lo mejor acaba de tener suerte porque podría acabar convirtiéndose en uno de esos atrapamoscas que causan sensación y que lo acaban convirtiendo en el nuevo Capote.

Encontrará al asesino. Tal vez se trate de algún amigo de la víctima con pinta anodina pero que en realidad tiene una mente retorcida. ¿Qué clase de amigos tenía y qué clase de chica era? ¿Era una chica tranquila que no salía mucho y que intentaba que sus sueños se hiciesen realidad? ¿Alguien que suspiraba por un príncipe azul que la rescatase? ¿O acaso era de las salvajes, de las que se acuestan con cualquiera y que hacen cosas raras y feas?

Se encuentra a sí mismo mirando al infinito, pensando en las fiestas a las que iba antes de casarse. Piensa en las chicas que redactan *e-mails* y contestan al teléfono. ¿Piensan en su trabajo como algo pasajero? Lo más seguro es que sí. Es probable que no sean más que una panda de aspirantes a cantantes o actrices, o que lo eran antes de sentar cabeza. Como esta chica, la muerta. Van a trabajar a diario mientras sueñan con salir en las revistas.

A medida que recopila la información se fija cada vez más en las iniciales. Las de la chica muerta coinciden con las suyas. Sarah While. Simon Would. Si estuviesen casados no tendrían manera de diferenciar sus toallas, piensa, sonriendo e imaginando que todas están monogramadas con las letras «sw», en lugar de «sw» y «lw», como ahora. Por cierto, ¿dónde están esas toallas? Hace tiempo que no las ve.

Toallas monogramadas. Vaya palabra.

La policía ya ha contactado con la familia de Sarah: su padre y su hermano mayor. Van a incinerar los restos. Quiere pedirles que esperen por si encuentran algo más. Porque seguro que se pueden encontrar más cosas en el cuerpo antes de que lo quemen: pistas escondidas en recovecos que se han olvidado de inspeccionar, negativos en sus ojos muertos que aún no han sido revelados. Si él es capaz de mirarlos (y de saber de qué color son), podrá adivinar qué vio ella. Y podrá contar su historia.

No, por supuesto que no importa. Pueden quemar el cuerpo. Ya sabe todo lo que necesita saber. No necesita encontrar al asesino y denunciarlo. Le basta con encontrar una manera de contar la historia de forma que asuste a los lectores, que les haga darle las gracias por explicarles a qué deben tener miedo. (Tenles miedo a los sueños de tu hija, porque podrían llevarla a un final antinatural, horrible y terrorífico). Por supuesto, los fantasmas no existen. Solo las historias y la manera en que se cuentan.

Cuando se acercó a la máquina de refrescos eran las cuatro de la tarde. A las seis y media ya ha escrito seis párrafos y considera terminado su trabajo.

Pan comido. Mientras va a buscar el coche, silbando, sigue pensando en las palabras «pan comido» y se acuerda de un baile de caridad al que fue, en el que Charlie se cayó encima de un pastel rosa enorme. Fue tan gracioso que todavía se ríe cuando lo recuerda.

Simon aprieta el botón del llavero para desconectar la alarma del BMW y abrir la puerta. Se sienta en el asiento del conductor, se pone el cinturón de seguridad y de pronto huele algo. Es un olor a lilas. Mira al asiento del copiloto y ve un sobre que lleva su nombre escrito a máquina.

Pega un bote, se golpea la cabeza en el techo, se líaa con el botón al abrir el cinturón de seguridad y salta del coche. Se pone en pie y se dice a sí mismo que se tranquilice. Pero él es el único que tiene llaves, y la alarma, que suele dispararse con nada, esta vez no ha saltado.

En el aparcamiento no se oye nada más que el zumbido de los fluorescentes. Simon se acerca al coche y saca con cuidado el sobre. Lo abre y dentro hay un mensaje escrito a máquina que dice:

Querido señor Would:

Significaría muchísimo para mí si pudiera usted investigar el mal llamado «suicidio» de Sarah While. Hable con Adam Heath (vive en Hollywood), Frank Tudor (Studio City) o con el detective Walter Dervish (de Venice). Tienen información muy valiosa para usted. ¡Esto no es «pan comido», es un puto desastre!

Con cariño,

Una fan que lo adora.

Eso del «pan comido» le pone los pelos de punta. Por supuesto, el que estuviera pensando en esas dos palabras solo puede ser una casualidad. Aun así, se le ha puesto la piel de gallina. Quiere prenderle fuego a la carta. Quiere salir de ese aparcamiento. No quiere sentarse en su propio coche, que ahora le parece la escena de una aparición fantasmal. Revisa el asiento de atrás, en el maletero, en la guantera e incluso en los bajos en busca de algo que se salga de lo normal. (¿Una bomba? ¿Un cuerpo?). Al no encontrar nada, tiene que decidir si usa el encendedor del coche, todavía virgen, para prenderle fuego a la carta, si la entierra en un cubo de basura o si se la lleva consigo. ¿Por qué le produce tantos escalofríos? No es más que un puto trozo de papel dentro de un sobre.

¿Qué hace?

*¿La quema?*

—O bien—

*¿La entierra?*

—O bien—

*¿Se la lleva?*

## La quema

Ya que es un hombre cabal con una mente racional, Simon decide que lo mejor es quemarla. Pone el coche en marcha y Kurt Cobain grita: «*I'm not the only one. Oh, oh, oh. I'm not the only one. Oh, oh, oh*».

Simon también se pone a gritar hasta que apaga la radio. Siempre apaga la música antes de salir del coche. Nunca escucha la radio. Ni siquiera recuerda haber puesto música esta mañana... ¿No iba ensayando, mientras conducía, el guion que tiene que grabar mañana? Vuelve a casa mirando el retrovisor cada dos por tres, y este le devuelve su propia mirada asustada y desconfiada.

Pero ¿qué es lo que espera ver? ¿El fantasma de una autoestopista sentado en el asiento del copiloto? ¿Un tío con un hacha en el asiento de atrás? ¿Acaba de oír un garfio rascando el techo? Alguien se las ha apañado para colarse en su coche. Bueno, ¿y qué? Ese miedo es irracional y es producto de las leyendas urbanas. Algo en las entrañas le dice que la carta es suya, de la chica muerta, lo que es lisa y llanamente ridículo. Aprieta el botón del encendedor.

Tiene que desprenderse del miedo para llegar a alguna conclusión lógica.

El botón salta indicando que ya está caliente. Lo saca y acerca la carta a la espiral, que ha adquirido un color rojo anaranjado. Al principio no es más que un rectángulo blanco que se va oscureciendo desde una de las esquinas, humeante. Está sentado en silencio, atrapado en el tráfico, y con una prueba humeante en la mano derecha mientras que con la izquierda sostiene el volante. Al cabo de un rato se ha convertido en un montón de cenizas que llenan el cenicero. Simon se va tranquilizando a medida que se deshace. Mientras toma la salida de la autopista, la verdad le golpea como un narcótico sereno y soporífero.

No le importa que sea un puto desastre; no es su puto desastre. Ya ha acabado con esta historia. Ya ha dejado los seis párrafos encima de la mesa de su jefe y tiene todo el fin de semana para jugar a papás y a mamás. Mañana grabará el anuncio, tiene que preparar unos comentarios sobre unas noticias... Bosteza.

No importa el asunto, lo importante es cómo lo presenta: la manera en la que sostiene el micrófono, en la que mira a la cámara, en la que habla directamente a los estadounidenses que ven las noticias y les comunica que él, Simon Would, es un observador alerta, un reportero aplicado, un arma inestimable contra la injusticia, el engaño y la mentira. Para cuando estuvieran incinerando el cuerpo, él ya estaría hablándole a la lente de la cámara.

Espera. ¿Qué importancia tiene?

Entra con el coche en el camino de entrada de su casa y el sensor acciona las luces que le dan la bienvenida. Esta es su casa. Esta es su vida. Su parte del pastel. Pan comido. No es su puto desastre, no hace falta ni que se lave las manos del asunto porque ya las tiene limpias.

Esa noche sueña con los Tipos Trajeados. Sabe quiénes son, pero hace tantos años

que no les ve que ya no cree ni que existan, ni siquiera ahora que los ha estado viendo.

En el sueño los ve sentados en su coche, examinando la radio, vaciando el contenido del cenicero en una bolsa de plástico transparente. Unas cenizas son mejor que nada. Las cotejarán con las de ella.

¿Cómo ha sabido que tenía que quemar la carta? ¿Cómo sabe que incinerarán a la chica? Ah, sí: ha escrito un artículo sobre el tema. La quemarán mañana a las... ¿Qué número es ese?

Sellan la bolsa de plástico y dirigen la mirada hacia la puerta de su casa, como si pudieran oler cómo los vigila. El que lleva la bolsa se dirige en silencio hacia la ventana de su dormitorio. Simon sabe que tiene que mantener los ojos cerrados para que vean que está durmiendo y no los mira. Si ven que tiene los ojos abiertos, descubrirán que sabe que están ahí. Ya están empezando a sospechar. ¿Cómo ha sabido que tenía que quemar la carta?

El Tipo Trajeado alza un dedo blanco y golpea la ventana: uno, dos, tres. Quiere que Simon abra los ojos. Quiere que Simon lo vea. Si Simon lo ve, el Tipo tendrá una excusa para llevárselo. No los abre. El Tipo vuelve a golpear la ventana: uno, dos, tres.

Simon mantiene los ojos como pegados, cosidos, y piensa: «No los abras. No puedes abrirlos. Ha parado. Seguro que es un truco. Vuelve a probar: *tap, tap, tap*».

Lucy se revuelve en la cama junto a él. Quiere avisarla, decirle que no abra los ojos, que se quede quieta del todo, pero eso también forma parte del truco.

«Lárgate —piensa—. Lárgate, no pienso mirarte».

—Lárgate —oye que dice una voz inequívocamente femenina desde el interior de su habitación. Es una voz extraña, dulce y aguda—. No puedes tocarlo. Lárgate.

Esas palabras surten el mismo efecto que tendría un combo de agua bendita, cruces y luz del sol contra los vampiros. Los dos Tipos Trajeados que hay junto al coche se escabullen, pero el de la ventana está demasiado cerca como para salir indemne.

Una luz golpea la cara del Tipo como una ola que lo rodea, quemándolo, antes de que pueda escapar y le deja la cara marcada. Ella huele a lilas y a tormenta. Sigue ahí, en su habitación. Si abre los ojos ahora, la verá, pero se le adelanta y le dice, divertida:

—Simon dice: «Duérmete».

Y es arrastrado de inmediato a un sueño tan profundo que no vuelve ni a soñar.

Simon se despierta el sábado por la mañana y lo único que recuerda mientras mira el café es que quizá tenga que vaciar el cenicero de su BMW. Ha acabado un artículo y ha recibido una carta. Ha quemado la carta en el cenicero del coche. Ha soñado con que los Tipos Trajeados vaciaban el cenicero.

¿Quiénes son esos Tipos Trajeados? Niega para sí mismo con un cabeceo.

—¿Por qué dices que no con la cabeza? —le pregunta Lucy.

—Yo... Nada. Pensaba en una historia.

—Cuéntamela.

—Ya se ha acabado. —Simon vuelve a negar con la cabeza—. Ya he escrito el artículo.

Pero el cenicero (y esto es importante) debería estar lleno. Eso probaría que todo ha sido un sueño, pues quemó la carta.

Sale y va hacia el coche, medio hablando para sí mismo, agarrando con fuerza la taza de café.

Quedan unas pocas cenizas aferradas desesperadamente a las esquinas, pero el cenicero está vacío.

## La entierra

Si hace poco que te ha afligido la muerte de un ser querido, la palabra «enterrar» te suena a hacer un agujero profundo en el suelo y meter dentro el envoltorio que rodea a aquel a quien has perdido.

Si uno es abogado o político, o tiene algún trabajo en el que por definición se es culpable de algo, «enterrar» suele ser lo que se hace con una prueba: se deja caer a un agujero muy profundo y luego se tapa con algo mucho más denso que un simple puñado de tierra.

Para Simon significa meter la carta en una papelería lo más profundo que le permita su sentido de la higiene.

No es que le guste apartar la basura de los demás para meter debajo la suya, sobre todo cuando la suya es papel y la de los demás son colillas, apestosos envoltorios de comida y objetos misteriosos. Polvo eres y en basura te convertirás.

Simon lleva toallitas húmedas en la guantera, así que mete la carta en lo más profundo del montón de desechos, se limpia la mano y vuelve a centrarse en darle las gracias a Dios porque por fin es viernes.

El sábado por la tarde debe salir en la televisión para comentar el reciente escándalo sexual de cierto senador Buscacoños y ha preparado unas cuantas frases agradables que pronunciará de manera calmada e imparcial. Lleva un traje gris precioso y una corbata de un color rojo intenso. La cámara «quiere» a Simon, por así decirlo, porque al contrario que otros reporteros, a él no parece que le hayan metido un palo por el culo.

Además es «agradable a la vista» o un «pedazo de tío» dependiendo de a quién le preguntes.

—No tiene nada que ver con su postura sexual, sino con su postura política —le gusta recordar a sus telespectadores.

Los asistentes de producción lo quieren. El cámara lo quiere. El equipo de noticias lo quiere. Simon se quiere a sí mismo.

Más allá de la cámara, al fondo del estudio, una chica guapa con un vestido finito lo contempla. Es de las que distraen al personal, pero él no pierde la concentración con facilidad.

Su trabajo aquí ha terminado. Simon se levanta y se termina su café en la sala del croma. La chica sigue contemplándolo desde la puerta. Le resulta familiar. También parece que esté virtualmente desnuda, y que él se siente empujado a ponerle una chaqueta sobre los hombros.

Para salir tiene que pasar por donde está ella y, cuando se le acerca, le pregunta:

—¿Te conozco?

Ella niega con la cabeza, le pone un dedo en los labios y le hace un gesto para que la siga. Lo guía hacia la salida, que es hacia donde él tenía que ir, de todas formas.

—Por favor —le ruega—, tengo que enseñarte algo muy importante. ¿Me podrías

llevar a un sitio?

Simon supone que no es una loca cualquiera. De lo contrario, ¿cómo la habrían dejado entrar en el estudio? Aunque lo cierto es que la mayoría de los que trabajan allí están mal de la cabeza. Y otra cosa. ¿Qué es lo que lleva puesto? ¿La dejan salir así a la calle? Aunque sospecha un poco, la guía hasta su coche. Parece un sonámbulo. Se comporta como si lo hubieran hipnotizado.

Se siente «embrujaado, preocupado y confuso», como dice la canción que le está cantando en el momento en que se da cuenta de que va conduciendo en dirección este por la autopista con una chica que lleva un vestido transparente y a la que no conoce de nada.

No hablan. Ella se limita a cantar mientras él llora emocionado por el significado de la letra de la canción y por la mezcla perfecta de dulzura y tristeza de su voz.

Debe de haber estado aturdido porque se da cuenta de que lleva dos horas y media conduciendo, sin ser consciente ni del tiempo ni del espacio, y ahora el BMW se interna por una carretera que más bien parece un camino de cabras.

Se detiene justo en el momento en el que ella deja de cantar y aparca junto a un Ford Tempo verde con matrícula de Misuri. Está empezando a ponerse el sol y el viento agita el vestido de la chica de manera que parece que su cuerpo esté cubierto por jirones de bruma o de humo. Está más que desnuda. Simon siente como si pudiera ver a través de ella. Siente que no ha visto una criatura más preciosa en toda su vida, y que la seguiría hasta el fin del mundo sin que hiciera falta que se lo pidiese. Y no se lo pide, pero él la sigue cada vez más arriba mientras ella sube a una roca altísima en la cima de la cual hay alguien.

Cuando Simon alcanza por fin la meseta que hay en la cumbre, la chica mira hacia él, mientras que la otra figura, un hombre, mira en dirección contraria. El hombre no parece que se haya dado cuenta de su presencia. Está abrazando algo, como si sostuviera un cofre del tesoro. Simon se queda atrás, tratando de recuperar el aliento, sin tener muy claro qué hacer, cuando el hombre grita: «¡Te quiero, Sarah!» a la vez que abre el tesoro que lleva entre los brazos y libera una nube hacia el anochecer al mismo tiempo que la chica, que mira a Simon a los ojos, camina hacia atrás más allá del borde del risco.

Simon grita: «¡No!» y se abalanza hacia el borde.

Unas sombras oscuras bañan la base de la roca. Sin pensárselo dos veces, Simon empieza a descender hacia ellas. El hombre, que es joven y tiene la piel del color de la leche entera y unos ojos tan azules como una metáfora anegados en lágrimas, lo mira mientras Simon lloriquea:

—¡Ayúdame! ¡Se ha caído! ¡Ayúdame!

Se resbala y cae desde una altura de tres metros. Se apoya en el tobillo, que se parte con un crac, y se desliza otros treinta metros tanto sobre ese tobillo como sobre otras partes del cuerpo hasta la base de la roca.

No es capaz de encontrarla. Mientras se arrastra, el único dolor que siente de

manera consciente es el de haberla perdido. No sabe cómo se llamaba, así que le pone el último nombre que ha oído: «Sarah».

Resulta ser el correcto. No sabe cuánto tiempo se pasa tirado en el suelo ensangrentado y gritando, pero el sol no se ha puesto del todo cuando el hombre de la cima lo saca a rastras de la oscuridad.

—Sarah... La chica... Estaba a tu lado... Se ha caído... Tiene que estar aquí, en alguna parte... —dice Simon.

—¿Estás bien? Tenemos que llevarte a un hospital, tío.

—Tenemos que encontrarla...

Entonces el hombre suelta un jadeo. Le coge una mano ensangrentada y se la estrecha.

—¡Oh, Dios mío! —exclama—. Eres Simon Would. —Le da un abrazo de oso al pobre Simon, que sigue sangrando—. ¡Has venido a ayudar a Sarah!

Simon siente una repentina descarga de adrenalina que le hace sentirse tan alegre que parece que se haya metido un par de tiros de éxtasis. Sí. Ahora todo tiene sentido. Él es Simon Would y está allí para ayudar a Sarah.

## En plan animal

Simon está de acuerdo con el hombre, Brandon, en que lo mejor sería que lo llevara a un hospital. También se ponen de acuerdo en que lo mejor es que Brandon conduzca el coche de Simon y que de camino sería buena idea pasar por el In-N-Out a comprar unas hamburguesas sin salir del coche.

—¿Estás seguro? ¿Te encuentras bien? —pregunta Brandon mientras reduce la velocidad al ver una de las flechas amarillas brillantes que anuncian el restaurante, a las afueras de Rancho Cucamonga.

—Nunca me he sentido mejor —dice Simon, quien sangra en el asiento del copiloto. Y es verdad—. ¿Me puedes pedir una doble-doble? Así, en plan animal.

Comen en el aparcamiento y Brandon está flipando con el In-N-Out. (Se ve que no hay ninguno en Misuri). También habla mucho de Sarah.

—En realidad soy su hermanastro. Tenemos el mismo padre pero diferente madre. Yo vivía con mi madre y ella vivía con papá porque la suya murió. Estábamos unidos, pero de una manera un poco rara, ya sabes.

Simon asiente, aunque no, no lo sabe. No tiene hermanos ni hermanas.

—Últimamente no teníamos mucho contacto, pero estaba planeando visitarla por sorpresa este fin de semana. Sabía que era su cumpleaños. Tío. —Niega con la cabeza—. He tenido que encargarme de la incineración y de recoger sus cosas. Tenía un montón de fotos tuyas, tío. Era muy fan, ¿sabes? Espero que eso no te asuste.

—No mucho más que el hecho de que su fantasma me haga una visita al estudio, supongo.

—Su espíritu, no su fantasma.

—Vale, lo que sea.

—No, hay bastante diferencia. Los fantasmas no saben que están muertos. Un espíritu tan solo está de visita. De todas maneras estoy seguro de que ella no quería que saltaras tras ella. A lo mejor pensaba que ya lo sabías.

—¿A lo mejor pensaba que ya sabía el qué?

—No sé, pues que estaba esparciendo sus cenizas y que ella es un espíritu. Tenía que saltar para unirse con sus cenizas, ¿no? Para poder resucitar.

Simon, con tres dedos rotos, un diente desconchado, la muñeca torcida y una fractura en el tobillo que nunca se curará, asiente y le pega un gran bocado a su hamburguesa. Habla con la boca llena:

—Brandon, esto es la cosa más inverosímil que me ha pasado en la vida. No sería capaz de explicarte de cuántas maneras mi concepto de la realidad ha saltado por los aires. ¡Es inconcebible!

Simon mira al cielo, que en realidad es el techo de su coche, y se maravilla:

—¡Esta es la historia más grande que me he encontrado en mi vida! Es... Es... ¡Esta es la historia de mi vida!

## **No soy yo**

A propósito, no soy Sarah. Ya no. Para nada. A lo mejor no lo fui nunca. Me resulta de lo más raro pensar en todo esto ahora.

En quién era.

En quién soy.

## Se la lleva

Si nos ponemos literales, «llevársela» significa que uno carga consigo mismo un objeto determinado a un destino concreto.

Si uno domina los coloquialismos, sabrá a la perfección que «llevarla» significa que le ha tocado desempeñar cierto papel en un juego y que uno tendrá que poner todo su ser y todas sus habilidades mentales, físicas, espirituales y sociales (además de sus gracias) para desempeñar ese mismo papel.

Y Simon Would los domina.

Así que va a tomar ese trozo de papel y va a seguir su consejo. Tiene tres nombres. Tres pistas. Ahora es él quien la lleva: dale tres pistas y él te conseguirá tres historias.

Vuelve a leer la carta:

Querido señor Would:

Significaría muchísimo para mí si pudiera usted investigar el mal llamado «suicidio» de Sarah While. Hable con Adam Heath (vive en Hollywood), Frank Tudor (Studio City) o con el detective Walter Dervish (de Venice). Tienen información muy valiosa para usted. ¡Esto no es «pan comido», es un puto desastre!

Con cariño,

Una fan que lo adora.

## Dervish

El detective Dervish es un hombre negro de piel muy oscura que habla con un tono de voz suave y una panza XL que lo precede allá donde va como si estuviera embarazado de su propio modo de vida. Y tal vez lo esté. Pero la lleva con estilo. Cuando Simon llega a su despacho, lo guía a una sala donde pueden hablar en privado.

—Bueno —empieza Dervish—, tengo veinte casos de chicas negras muertas solo del año pasado, y ninguna de ellas parece que se merezca un artículo en el *Times*, y mucho menos un libro. ¿Realmente un suicidio es más literario que un homicidio?

—Pensaba que se trataba de un homicidio —dice Simon.

Dervish mueve la cabeza hacia delante y hacia atrás.

—No sé quién ha estado recopilando sus datos, señor Would.

Las comisuras de la boca de Simon se giran hacia arriba.

—Le he echado un vistazo a su informe, detective Dervish. No sé quién ha estado sacando sus conclusiones.

Dervish suelta una carcajada. Le gusta Simon. Simon les gusta a casi todas las personas que no se sienten intimidadas por él.

—Es usted un hombre guapo, señor Would. La mayoría de los periodistas tienen la cara... —Se pasa la mano por su propia cara—. Como llena de marcas de acné.

—Usted también es un tipo atractivo. Para ser policía.

—Sí, lo soy —contesta Dervish tocándose la barriga—. Al menos, a mi mujer se lo parezco. Debería haberme visto a su edad. Por aquel entonces, incluso podría haberle ganado en un combate cuerpo a cuerpo.

—Probablemente —reconoce Simon.

—Bueno —Dervish se retrepa en la silla, como cansado—, ¿qué es lo que quiere de mi? Ya tiene el informe. ¿Tiene las fotos?

Simon asiente, pero el detective Dervish le lanza de todos modos la foto del cadáver por encima de la mesa. Ahí está ella en blanco y negro (el más negro es el de la sangre que fluyó de las enormes cruces de sus muñecas), flotando. No debería flotar. Tiene dos pequeñas marcas en el pecho y una en la frente, como si la hubieran empujado hacia abajo y aun así hubiera vuelto milagrosamente a la superficie. Simon resigue el perfil de su cara con el dedo. Se la ve tan serena que casi parece que sonría.

Hay algo en su cara que parece muy natural. Hay algo que parece tan vivo...

—Para nosotros, el caso está cerrado. Ya sabe, un suicidio —dice Dervish.

—¿Con todas esas circunstancias tan poco habituales?

—El suicidio ya es poco habitual de por sí, ¿no? Y como ya le he dicho, tenemos veinte homicidios de chicas guapas y jóvenes cometidos en esta zona con un asesino claro y que se pueden resolver.

—¿Considera que este no se puede resolver?

—Bueno, si es un suicidio, ya está resuelto.

—¿Y si se trata de un homicidio?

—Entonces nos hallamos ante un truco de magia, por lo que a mí respecta. Y yo no entiendo nada de magia, señor Would. —Dervish se levanta—. Voy fuera a fumar.

—¿Puedo acompañarlo?

—¿Fuma?

—¿Por qué no? No me va a matar ni nada de eso.

Dervish se ríe y le hace un gesto para que lo siga afuera.

El día es claro y luminoso. El fuerte viento de la noche anterior limpió todo el *smog*. Dervish entrecierra los ojos a causa del sol.

—Me he olvidado las gafas de sol —le explica mientras enciende un Marlboro. Le ofrece uno a Simon, quien lo toma—. Ahora en serio, hijo. ¿Le han asignado esta historia porque es rara? ¿Porque la chica es blanca y guapa? ¿Por qué?

Simon no responde, ya que está buscando algo con lo que encender el cigarrillo y, por supuesto, no encuentra nada porque no fuma.

—¿Quién lo ha enviado aquí? —pregunta Dervish mientras le ofrece una chispa para encender su pequeño fuego.

—Yo... —Simon inhala, pensando que no puede contarle la verdad al detective—. No puedo revelar mis fuentes —dice al final.

—Está bien —responde Dervish, que le da una calada al cigarrillo y entrecierra los ojos—. Pero dígame una cosa: ¿le gusta esa chica?

Simon niega con rotundidad, intentando no ahogarse y a la vez salir de esa situación.

—No, señor.

—¿Por qué me miente?

Simon le da una larga calada al cigarrillo y recuerda las otras veces que ha fumado en su vida, cuando intentaba parecer guay.

—Solo quiero ayudar.

Dervish asiente, pensativo.

—¿Está usted casado, hijo?

—Sí —responde.

—¿Hijos?

—Una niña pequeña. De seis años.

—Eso está bien. Yo tengo cuatro. Casi todos ya están crecidos.

Dervish lanza una larga bocanada de humo mientras parpadea por culpa del sol. Se queda callado durante un rato y luego dice:

—Entiendo de dónde viene, de verdad. Pero yo solo quiero estar seguro de que sabe en qué se está metiendo. Yo no me puedo implicar, ya no. Quizá... cuando tenía su edad... Pero usted tiene mujer e hija. ¿Las quiere?

—Claro.

—Nada de «claro». Hay muchos chicos por ahí que no saben lo que están haciendo, primero se casan y luego se meten donde no los llaman. ¿Es un buen

padre?

—Me gustaría creer que sí.

—Seguro que sí, pero eso no responde a mi pregunta.

—Sí —afirma Simon—, soy un buen padre.

Dervish apaga su cigarrillo.

—Entonces no tiene motivos para meterse en esta mierda. Siga haciendo lo que sabe hacer. Deme eso. —Le quita el cigarrillo de la mano a Simon, a punto de quemarse al hacerlo, y lo tira al suelo—. Vuelve a casa, hijo.

Simon que queda quieto, mirando a Dervish. De pronto se siente desnudo y avergonzado, como si estuviera a punto de darle una patata y empezar a llorar y soltar patadas a diestro y siniestro. Desearía ser de verdad hijo de Dervish. Le gustaría poder volver simplemente a casa y que fuera verdad que no tiene motivos para meterse en esa mierda. ¿Por qué no puede ser el hijo de Dervish? ¿Por qué no puede ser posible?

¿Por qué, en lugar de eso, tuvo un padre que era un Tipo Trajeado, un hombre que trabajaba descubriendo toda clase de secretos que luego se llevó a la tumba? ¿Por qué tuvo que ser su padre tan blanco que parecía que no tuviera piel? A primera vista parecía un hombre invisible. ¿Por qué? ¿Y por qué su madre, su protección, tuvo que dejarlo con ese tiburón que lo llevó en silencio a un mundo que le correspondía «por derecho de nacimiento»?

Su padre está muerto y le dio gracias a Dios cuando murió. Y tanto que se lo agradeció cuando incineraron a aquel hombre y lanzaron sus cenizas al mar. Habría acabado con él del todo de no haber sido por ese dinero que le había dejado en herencia, que era suyo por derecho de nacimiento y que le había proporcionado contactos y una educación. ¿Acaso no tiene a su mujer, su familia y todo lo que ama gracias a ese dinero que apesta a azufre?

Si se va a casa, como le sugiere Dervish, ¿no se pasará la vida acordándose de los Tipos Trajeados, cuya identidad y propósito podía sentir pero no identificar, y que aun así seguían convirtiéndolo en su rehén? Y Sarah... Sarah, que flotaba sin aire en los pulmones; Sarah, que sangraba sin tener sangre; Sarah, que escribe cartas cuando ya no tiene manos, que canta cuando ya no tiene garganta, que vive cuando ya no tiene vida... Sarah es la respuesta. De eso está más seguro que de ninguna otra cosa de la que haya estado seguro en su vida.

Al fin y al cabo, el amor no puede morir. Y a lo mejor ha llegado demasiado tarde (o ella llegó demasiado tarde) para poder encontrarse cara a cara, en vida, en el amor. Pero no es demasiado tarde para amarla. Y no es demasiado tarde para salvarla, de alguna manera, o para que ella lo salve.

—¿Se encuentra bien, hijo?

Simon está tirado en el asfalto, mirando al cielo. Dios, qué brillante es. ¿Se ha caído? No recuerda haberlo hecho. ¿Se ha golpeado la cabeza? Sí. Hay una pequeña mancha de sangre en el suelo.

—Se ha desmayado —observa Dervish—. No me ha dado tiempo a cogerlo. Lo siento, hijo. Lo siento mucho.

Él también lo siente de veras. A lo mejor Dervish desea lo mismo, haber sido el padre de Simon, haber triunfado en la vida para que él pudiera irse a una casa que pudiera sentir de verdad como un hogar, en lugar de una mentira piadosa pero con dientes.

—Tengo que ayudarla —se promete Simon, atragantándose con su propio aliento—. Por favor, tiene que ayudarme para que yo pueda ayudarla a ella.

Dervish asiente preocupado, con amor..., una especie de amor paternal que hace que Simon empiece a llorar.

—Está bien, hijo —lo tranquiliza Dervish, que lo abraza y lo mece como si fuera un niño—. Está bien.

Simon está sentado en el despacho de Dervish con una toalla de papel empapada en agua puesta en la nuca. El agua le corre por la espalda y le produce escalofríos, pero no le resulta del todo desagradable. Lo mantiene concentrado.

Dervish escribe en una pizarra blanca con rotuladores de color rojo, lila y azul. El rojo parece indicar la hora aproximada de los acontecimientos. El lila indica los hechos. El azul es para las especulaciones.

- *Rojo*: 18:00 h., 13 de marzo. *Lila*: Sarah sale del edificio de Brighton Research.
- *Rojo*: 18:33 h. *Lila*: Sarah compra unas gafas de sol y un paquete de tabaco en la tienda de la esquina. Corroborado por el empleado, Ahmed Zrikaski. El recibo de la tarjeta de crédito de Sarah, que usó pero que olvidó junto con el monedero, que contenía cuarenta dólares en efectivo. (Dervish subraya esto ofreciendo una mirada intensa a Simon, como si eso probase algo. Se siente como si estuviera fallando algún tipo de examen cognitivo. ¿Qué se supone que quiere decir eso?)
- *Rojo*: 18:45 a 19:15 h. *Azul*: Sarah llega a casa.
- *Rojo*: 21:00 h. *Azul*: Los vecinos del otro lado del rellano oyen a Sarah cantar muy alto.
- *Rojo*: 21:00 h. *Azul*: La vecina de abajo, Ethel (que no la oye cantar) oye el grifo en el apartamento de Sarah.
- *Rojo*: 21:00 h. *Lila*: Se va la luz en el edificio.
- *Rojo*: 21:30 h. *Lila*: El encargado del edificio aparece para arreglar la avería eléctrica. *Azul*: Sarah sigue cantando, según los vecinos del otro lado del rellano. Según Ethel, el grifo sigue abierto.
- *Rojo*: 21:45h. *Lila*: El agua se empieza a filtrar por el techo y las paredes de Ethel.
- *Rojo*: 21:48 h. *Lila*: Ethel llama a la puerta de Sarah. No hay respuesta.
- *Rojo*: 21:55 h. *Lila*: El encargado del edificio abre la puerta de Sarah.
- *Rojo*: 21:56 h. *Lila*: Ethel y el encargado del edificio encuentran el cadáver de

Sarah en la bañera.

- *Rojo*: 02:00 h. *Lila*: Según los vecinos, Sarah deja de cantar.

—Bien —dice Dervish—. ¿Qué sacamos de todo esto?

—Es más o menos lo que dice el informe, excepto por lo de Sarah cantando.

—Exacto —contesta el detective—, porque no tiene sentido.

—A lo mejor era otra persona la que cantaba —sugiere Simon.

—O a lo mejor se equivocan de noche —conviene Dervish.

—De todas maneras, esa historia no tiene nada que ver con nada. Podrían haber estado oyendo una radio.

—Pero esta no podía provenir del edificio de Sarah —le corrige el detective.

—¿Por qué?

—Porque no había electricidad.

—Claro —asiente Simon.

—O a lo mejor es que iba a pilas —añade Dervish guiñándole un ojo.

—¿Y eso por qué no sale en el informe?

El policía le dedica una amplia sonrisa sardónica.

—Si los hechos no concuerdan, lo dejas fuera del informe.

—Eso es un trabajo policial bastante chapucero —contesta Simon.

—Soy un detective bastante chapucero. Si quiere estos hechos, puede usarlos. Digamos que su fantasma se puso a cantar y que no paró hasta después de que cerraran los bares. Además, parece que cantaba y fumaba al mismo tiempo. Un paquete entero. Y eso que no era fumadora.

—Interesante.

—Pues sí. Llevo veinticinco años fumando y no sería capaz de meterme un paquete entero en dos horas a no ser que quisiera morirme justo después.

—A lo mejor alguien la ayudó a fumárselos —sugiere Simon.

—Y es más: no hay indicios de allanamiento, ni de que forzaran la cerradura. No se vio a nadie ni entrando ni saliendo del edificio.

—Pero se había ido la luz.

Dervish hace una pausa dramática y se lleva el dedo a la nariz.

—¿Por qué ha subrayado eso? —pregunta Simon mientras señala la cantidad de dinero en efectivo.

—Bueno, ¿por qué querría una señorita pagar con tarjeta si tiene suelto?

—A lo mejor lo necesitaba para alguna otra cosa.

—¿Y por qué se deja el monedero después de pagar?

—¿Porque se lo olvidó?

—Quizá.

—Bueno, ¿qué sugiere?

Dervish se sienta y se encoge de hombros.

—Yo creo que a lo mejor quería dejar algún tipo de rastro. Pagó con la tarjeta

para probar que había estado allí y dejó el monedero para que se pudiera seguir ese rastro hasta allí.

—¿Sabía que la iban a matar?

—O más bien que se iba a suicidar. Los suicidas suelen reclamar atención. La mayoría no lo mantienen en secreto.

Simon mira hacia el techo. Está hecho un lío.

—Esto es un putito desastre.

—Dígamelo a mí. ¿Seguro que no prefiere darse por vencido? No se lo tendré en cuenta.

Pero Simon está en algún lugar más allá de la conversación y no ha oído lo último que le ha dicho el detective.

—¿Dijeron qué era lo que estaba cantando?

—Perdona, hijo, ¿de qué me hablas?

—Los vecinos del otro lado del vestíbulo. ¿Dijeron si habían oído qué era lo que cantaba?

—Estamos hablando de seis horas de canciones, hijo —ríe Dervish—. Pero creo que nombraron algunas canciones en su declaración. Por ejemplo, dijeron que repitió «Misty» varias veces.

Simon siente un escalofrío. Parece que ya va bien servido con el goteo de la toalla de papel húmeda que tiene en la nuca, así que la tira a la papelera hecha una bola de color marrón rojizo.

—¿Cómo va la cabeza? —le pregunta Dervish—. Quizá debería vérsela un médico.

—No, está bien.

—Aquí tiene el informe policial —Dervish le pasa un sobre grande de color marrón por encima de la mesa—, la foto de la chica muerta y cuatro declaraciones de testigos.

Borra la pizarra y le da la espalda a Simon.

—¿Esto es para mí? —pregunta Simon mientras toca el sobre al tiempo que se levanta.

—Sí —contesta Dervish—, todo suyo.

—¿Tiene más copias?

—Joder —exclama el detective—. Por supuesto. Sabía que vendría, hijo.

—¿Y cómo lo sabía?

Dervish se toca la frente.

—Tengo ese don, ya sabe.

Simon sonrío. No se cree lo del don. Aun así, decide concederle el beneficio de la duda.

—Entonces no debería haber ningún misterio. Dígame cómo murió.

—No, hijo —niega Dervish con la cabeza—. Mi trabajo no consiste en hacer preguntas sobre eso, y mucho menos ofrecer respuestas.

Simon se aprieta el sobre marrón contra el pecho.

—Pensaba que su trabajo consistía precisamente en eso. El policía es usted.

Dervish se inclina hacia él y le hace un gesto con el dedo para que haga lo mismo.

—Le voy a susurrar algo al oído, Simon Would. Acérquese.

Simon se inclina sobre la mesa y ambos se encuentran en el centro, lo suficientemente cerca como para besarse. Dervish gira un poco la cabeza y le susurra al oído:

—Pregúntale a la máquina de escribir.

—¿Perdón? —inquire Simon.

Dervish le da una palmadita en la mejilla y se vuelve a poner derecho.

—Ahora váyase, hijo. Largo.

—No lo entiendo —dice él.

—Ya lo entenderá —replica Dervish con el semblante adusto—. Fuera.

## Mi viejo amigo Adam

«Adam Heath de Hollywood», le dice Simon a la voz grabada de AT&T. De inmediato recibe un número de teléfono, pero espera para hablar con una operadora que le dé la dirección.

Conduce hasta cerca del edificio Gotham de la Cienciología donde Adam Heath vive en un dúplex de adobe hecho polvo. Llama a la puerta a las doce del mediodía y, al no recibir respuesta, decide echar un vistazo. Mira por la ventana sin cortinas y ve una enorme pipa de agua y un montón de botellas de cerveza.

Se dirige a un restaurante Jack In The Box cercano y hace cola para pedir un sándwich de ternera y un Dr. Peper. Lee el horóscopo. ¿Cuándo era el cumpleaños de Sarah? Es de ese tipo de cosas que se suele apuntar en la libreta, pero por alguna razón se la ha dejado en casa haciéndole compañía a la grabadora. Niega con la cabeza al pensar cómo puede ser tan chapucero. Veamos, murió el día de su cumpleaños, que era más o menos cuando los idus de marzo, por lo que era piscis.

El horóscopo de Sarah dice: «Un nuevo amigo se comprometerá a algo importante en los próximos dos días. Sé paciente».

El de Simon, sagitario, dice: «No hagas oídos sordos a los posibles significados de las cosas. En el amor, estate quieto».

Eso sí que es críptico. ¿«Estate quieto»? ¿Quién es el charlatán que escribe estas estupideces? Ah, Edna Hobokoppin. La conoce. Se acuerda de esos ojos enormes, como los de una muñeca, y de cómo los hacía dar vueltas, y de que cuando los cerraba parecían tiburones que se te acercaban para morderte. Se pregunta qué pensaría de su romance sobrenatural.

Al cabo de hora y media, vuelve a la calle de Adam y se da cuenta de que está infestada de gatos y de niños que juegan. Con el traje caro que lleva y sus andares seguros habría llamado la atención de haber habido alguien alerta, pero no es el caso últimamente. Al menos, no en este vecindario.

Ahora hay una bicicleta delante del apartamento, de cuyo interior sale música. Llama y esta vez se abre la puerta. De dentro sale olor a hierba. El que debería ser Adam, un chico con rastas marrones, los ojos azules completamente rojos y una cara bonita, lo saluda con un asentimiento.

—¿Adam Heath?

—¿Qué puedo hacer por ti, colega? —le pregunta con voz profunda y una sonrisa amable.

—Me preguntaba si podría hablar contigo un rato sobre Sarah While.

La boca se le abre de golpe, pero da un paso atrás y le hace gestos a Simon para que entre en su cueva llena de humo.

—Oh, sí. Claro. Quiero decir... ¿Eres de la poli o algo?

—Periodista.

—Ah, vale. Pues sí. —Se pone a examinar a Simon y arruga la cara como si

estuviera haciendo el esfuerzo de pensar, hasta que el gesto se le convierte en una sonrisa que quiere decir: «Mira qué listo soy»—. Espera, espera... Eres... Eres... Ese tío...

—Simon Would.

—¡Simon Would! ¡Joder, colega! ¡Pues claro que puedes pasar! —Le da una palmada en el brazo y lo acompaña al interior mientras sigue moviendo la cabeza y va diciendo—: Uala. Guau. Simon Would.

Simon se sienta en el sofá roto y lleno de manchas. Adam le ofrece la pipa; Simon la rechaza con educación.

—Acabo de salir del curro. No te importa que fume, ¿no? —pregunta Adam al tiempo que la enciende sin esperar respuesta.

—Para nada.

—Guay —dice, e inhala una gran bocanada de humo.

Simon aprovecha para echar un vistazo al apartamento y se vuelve a extrañar de haberse olvidado de llevar algo con lo que tomar notas. ¿Qué decía el horóscopo? ¿«Hacer oídos sordos a los detalles»? Desearía tener memoria fotográfica.

Parece que Adam fuma la marca Blue American Spirits y compra la comida —a juzgar por la gran cantidad de envoltorios de comida rápida— casi siempre en Taco Bell. Cosa rara, ya que hay un Jack In The Box justo en la esquina. Es probable que sea vegetariano.

Tiene unas estanterías baratas de plástico a punto de caerse por el peso de Hunter S. Thomson, Charles Bukowski, Fiódor Dostoyevski y Anne Tyler.

—Simon Would, colega... —vuelve a decir Adam soltando tanto humo que parece un dragón.

—¿Eras amigo de Sarah? —pregunta Simon.

—Claro, colega. —Vuelve a poner cara triste—. ¿Estás escribiendo sobre ella?

—Sí.

—Eso la haría muy, muy feliz, colega. Le molaba mucho lo que escribes. En serio, colega. Tenía todo lo que has escrito. Lo recortaba de los periódicos y nos lo hacía leer a todos. El artículo ese sobre la legalización de las drogas... Con ese sí que flipé.

Eso hace reír a Simon. Adam ríe también, como si hubiera hecho el juego de palabras a propósito. Pero quién sabe, a lo mejor sí que lo ha hecho. Simon ya lo ha clasificado como el típico chico inteligente pero raro que en el instituto elige el camino de los perdedores en lugar del de los pringados.

Simon, consciente de estar siempre sobre la delgada línea que separa al ganador del pringado, siente un profundo respeto por aquellos que pasan de todo y prefieren elegir su propio camino. No es que prefiriera estar todo el día tirado en el sofá dándole a la pipa con el colega, pero a Sarah le gustaba y parece poseer una inteligencia extraña, como si el humo de la hierba no fuese más que una cortina tras la que esconde algún tipo de genialidad de la que no hace ostentación.

—¿Cómo crees que murió Sarah?

A Adam casi se le cae la pipa de las manos y suelta algo que le deja completamente helado:

—La mataron —sentencia.

—¿Quién?

—No me creerías, colega —dice Adam al tiempo que niega con la cabeza.

—Ponme a prueba.

—Los Tipos Trajeados.

—¿Los Tipos Trajeados?

—Sí. Los mendas esos que siempre van de tres en tres. Sarah los llamaba «los Tipos Trajeados». No sé cómo se llaman de verdad.

—¿Quiénes son? ¿Para quién trabajan? Espera un momento... Joder, espera un momento.

De repente, Simon sufre un fuerte dolor de cabeza. No le volvían las migrañas desde que era niño. Se presiona el puente de la nariz e intenta respirar. Siente algo agudo e insoportable, como el rascar de unas uñas sobre una pizarra o como cuando muerdes un trozo de papel de aluminio.

—¿Estás bien, colega? —está diciendo Adam.

—Migraña —escupe Simon, quien trata de coger aire y expulsarlo, cogerlo y expulsarlo.

—Fúmate esto. —Adam pone los dedos de Simon alrededor de la pipa—. En serio, fuma. Te ayudará. Lo recetan para las migrañas. Yo tenía unas muy bestias...

Y al final Simon acaba inhalando y exhalando humo, y el dolor se disipa con la brisa de la Marihuana. Mucho mejor.

Se reclina en el sofá.

—Los... ¡Cof!... Tipos Trajeados —dice Simon, tosiendo. Y de repente siente miedo. Le asustan los Tipos Trajeados.

Siempre les ha tenido miedo. Es como si tuviera una imagen de ellos en la cabeza que no quiere ver, pero están ahí, hombres blancos como el papel, vestidos con trajes negros y siempre con gafas de sol ocultándoles los ojos. ¿Tendrán ojos en realidad? No son hombres de verdad. Son apariciones, demonios, fantasmas, espectros. Atraviesan sus pensamientos con cristales rotos. Están fríos y muertos. No pueden ser reales. Por Dios.

Recuesta la cabeza en el sofá y Adam le toca el brazo.

—¿Quieres beber algo, colega? ¿Agua? ¿Birra? ¿Un trago de *whisky*?

Simon ya no recuerda a qué ha venido. ¿Ha estado siempre aquí? ¿Dónde está? ¿Quién le está tocando el brazo? Piensa: «Oh, es mi viejo amigo Adam. Me encanta Adam». Pero no lo conoce de nada. Se recuerda que ha venido hasta aquí por... Por Sarah.

—He venido aquí por Sarah —dice en voz alta. Abre los ojos y mira a Adam.

—Lo sé, colega. Y sé que está muy contenta de que hayas venido. Te quería de

verdad, colega. Eras su héroe.

—Eso es raro —contesta Simon—. Nunca he hecho nada heroico.

—Eso no es verdad —le responde Adam—. Esto, colega. Lo que estás haciendo ahora mismo.

Simon lo mira a la cara. Es una cara bonita. Le hace sentir bien. Vale. Es bueno. Sí. Simon se siente amado y a salvo. Puede sentir a Sarah.

—Amo a Sarah —afirma Simon.

—Sí —asiente Adam—. Lo sé.

Y le lleva una taza llena de agua con dos cubitos de hielo que se derriten en la superficie. Simon bebe y está a punto de llorar aunque no se siente triste. Es como si algo se estuviese curando en su interior. Está feliz.

—¿A qué te dedicas, Adam?

—Oh, a esto —responde—. También voy en bici. Reparto mensajes en bici. Así hago pasta y me mantengo en forma. ¿Y tú?

—Soy periodista.

—Sí, es verdad. ¿Y cómo te mantienes en forma?

—Oh, hago pesas en el gimnasio y a veces juego al baloncesto.

—¿Se te da bien?

—Oh, sí, muy bien.

—Sí —asiente Adam, como si eso fuera lo que estaba esperando que dijera.

Simon bebe un poco más de agua y vuelve a mirar por el apartamento. Estaba oscuro cuando ha entrado, pero ahora la luz entra por la ventana; puede ver colores y polvo en el humo que hay en el ambiente y que se empieza a disipar. Se siente parte de eso: del humo, de las luces y de las partículas flotantes.

—Los Tipos Trajeados —dice Simon.

—Los Tipos Trajeados, sí —conviene Adam—. Van de tres en tres. Pero en realidad no son hombres, sino fantasmas.

Simon lo sabe.

—Piel blanca, trajes negros.

—Gafas de sol. Quién sabe si de verdad tienen ojos.

—Demonios.

—A lo mejor.

—¿Para quién trabajan?

Adam se encoje de hombros.

—¿Por qué querían a Sarah?

Adam lo mira desconcertado y replica:

—Y a ti, ¿por qué te quieren?

## Simon empieza a perder la cabeza

Lo que érase una vez era el hogar de Simon es una manifestación inmaculada del buen gusto, la gracia y el éxito. Todo ello se lo debe a su preciosa mujer, Lucy. Lucy es medio asiática y medio caucasiana, y tiene los ojos de un perfecto color marrón con vetas de verde. Tiene los huesos finos y delicados y la piel sedosa. Nació y creció en San Diego, fue a la Universidad de Vassar y se sacó un máster en historia del arte en Princeton.

Sabe de arte.

Por eso, su casa, en la agradable zona de Beverlywood, está llena de piezas de arte encontrado de lo más bonitas y originales, además de copias de obras poco conocidas de Picasso, Manet, Van Gogh y Rembrandt. Las visitas no se suelen dar cuenta de que son de Picasso, Manet, Van Gogh o Rembrandt; así que ella se lo puede explicar mientras beben Château Neuf de Pap y comen galletas saladas untadas de queso *brie*. «Oh, sí, poco conocido, pero uno de mis favoritos».

Las paredes son de tonos delicados, los suelos de madera están siempre pulidos y brillantes; las alfombras, opulentas y limpias. Trabaja en una galería de Melrose y puede hablar con Simon de su trabajo de manera informada, instruida y siempre enriquecedora. Es la compañera perfecta para el modo de vida que ha elegido. Es cálida y cariñosa, una pantera en la cama, y tienen una hija que está a punto de empezar el colegio y que es la luz de su vida y probablemente el ser más precioso jamás concebido. O eso se dice a sí mismo.

En algunas ocasiones ha hecho sus pinitos en el arte de la infidelidad: se ha puesto cariñoso con alguna aspirante a actriz, íntimo con alguna modelo o ha tonteado con alguna ingenua que pasaba por allí. Nunca le ha hablado de esos coqueteos a su querida Lucy, pero está seguro de que ella se lo perdonaría; porque lo perdona todo. Pero decírselo sería de mal gusto. Él también ha visto a los suficientes artistas de cuello alto y gafas de pasta ponerle las manos encima en demostraciones públicas y platónicas de agradecimiento como para saber que tal vez no es el único que necesitaría pedir perdón por ser «humano», como dice la canción.

Ambos saben que sus *affaires* no significan nada en un matrimonio como el suyo, basado en el respeto mutuo, la admiración y la idoneidad del uno para el otro. Las vidas de ambos están enfocadas en Ariella y conversan sin fin acerca de qué colegio es el más adecuado para ella, qué actividades son las más beneficiosas o qué amigos los más adorables. La vida de Simon Would es maravillosa, mucho más maravillosa de lo que nunca se habría imaginado, y al fin y al cabo se siente agradecido.

Le da gracias a los cielos (¿por qué no?) cuando entra en casa y se va directamente a la ducha a quitarse la peste a humo y el olor de Sarah. (¿El olor de Sarah? Sí, puede oler su perfume de lilas, tan animal como dulce, y que es como se imagina que el heno debería de oler. Lo nota en las yemas de los dedos, en el pelo. Sí, es raro, muy raro).

Lucy entra cuando empieza a empaparse de agua bajo la ducha, puesta en función de masaje, y le pregunta si le apetece salir a cenar y quiere que llame a Julie para que haga de canguro de Ariella.

—Estupendo —le dice con acento inglés. Lo hace por Lucy: le encantan los ingleses. Será otra velada perfecta para Simon Would.

Más tarde, se encuentra estirado en la cama mientras Lucy lee *The Economist* junto a él. Simon trata de alejar de su mente cualquier cosa que no sean su vida perfecta y las bendiciones que le han sido otorgadas.

Pero empieza a remontarse a su infancia... No es que a aquello se le pudiera llamar infancia, pero ya ha pasado todo. La muerte de su madre... La aparición de su padre en la iglesia como si de un fantasma se tratase...

—Ese es papá —dijo la abuela mientras señalaba al único blanco—. Ahora es él quien va a cuidar de ti.

Sí, la primera vez que vio a su padre fue en el funeral de su madre. Era el Tipo Trajeado... pero no llevaba gafas de sol e iba solo.

—¿En qué estás trabajando ahora? —le pregunta Lucy mientras pasa una página de la revista.

—En un artículo de portada sobre el sistema público de salud —miente, y se da la vuelta en la cama para ponerse de cara a la pared. Beis.

—Bien. No me gusta cuando te encargan artículos de relleno. Has trabajado muy duro.

—¿Humm?

—No quería decir «artículos de relleno». ¿Cuál es la palabra que sueles usar?

—¿Atrapamoscas?

—Esa. Es que no es tu fuerte. Me refiero a las tragedias y a los crímenes. Si quisieras dedicarte a ello, supongo que estaría bien, pero creo que se te dan mejor la política y los asuntos legales, ¿no?

—Sí, exacto. Nadie quiere pasarse toda la vida hablando con policías, criminales y víctimas.

—Eso es. ¿Has terminado ya el artículo?

—¿Cuál?

—Ese de la chica muerta. La de Venice.

—Sarah.

—¿Ahora las llamas por su nombre? —dice Lucy, y le golpea divertida con *The Economist*.

Él no dice nada.

—¿Lo has acabado ya? —le vuelve a preguntar.

—No.

—¿Lo va a acabar algún compañero?

Simon pone cara de «no tengo ni idea».

Lucy se queda callada durante un rato, mirándole la espalda y disfrutando del

silencio.

—¿Y por qué no escribes otro libro? La última vez te gustó.

—Sí.

—Ya va siendo hora, ¿no crees?

—Sí, lo creo.

—A lo mejor sobre la historia esta del sistema público de salud. ¿Saldrá en portada?

—Debería.

—A lo mejor es lo que te acaba de lanzar. Necesitamos un buen libro sobre la atención médica. Podría ser como ese... ¿Cómo se titulaba ese libro sobre los centros psiquiátricos que provocó tantas reformas?

—Voy a echarle un vistazo a Ariella —dice Simon.

Se levanta de la cama, sintiendo el roce de sus calzoncillos de seda entre las piernas. Camina por el pasillo. El suelo de madera pulida brilla y amortigua el ruido de sus pies descalzos. De pronto la letra de «Once in a Lifetime» aparece en su cabeza sin que nadie la haya invitado: «Esta no es mi preciosa vida. Esta no es mi preciosa esposa».

La puerta de la habitación de Ariella está entornada, de la manera que a ella le gusta para quedarse dormida. La abre con el codo. La máquina de ruidos (que también la ayuda a dormir; la niña nunca se ha dormido con facilidad) le da la bienvenida en el modo «Sonidos de la tierra»: los ruidos de agua y pájaros. Ariella duerme en su pequeña cama. El edredón es gordo y está decorado con soles, lunas y estrellas. Una jirafa de cara amistosa, un chimpancé y un flamenco giran despacio en un móvil sobre la cama y proyectan sombras de cuento de hadas sobre la pared.

Simon se maravilla con la habitación. Han creado esto para ella, esta crisálida perfecta para preservar su infancia. Escucha a Ariella respirar con suavidad. Su respiración hace que este lugar sea real. Le toca la cabeza. Tiene tanta suerte que no se lo puede ni creer.

—Gracias, espíritu amable —le dice a la niña sin creerse que esas palabras salgan de su boca en el momento en que las dice. Este no es él.

Llevaba tiempo sin fumar. A lo mejor el colocarse ha producido este brote de palabras de agradecimiento en plan *New Age*.

Hace una semana estaba amargado por no poder haber ido a Europa.

Ariella mueve los labios dormida.

Simon se acerca a ella para prestar atención. ¿Hablará en sueños?

No sabía que lo hiciera, pero en realidad no es que tampoco haya prestado nunca demasiada atención.

Ariella mueve los labios y Simon puede oír que dice claramente: «Sarah».

Espera a que diga algo más, pero no lo hace y sigue respirando en armonía con los «Sonidos de la tierra» que la rodean.

—Sí que has madrugado hoy —le suelta Lucy a Simon. Ariella está desayunando y llora porque su madre no la deja llevarse una muñeca al colegio—. Es una muñeca cara que en realidad no es para jugar —le explica—. Y mucho menos para llevársela al colegio. Además, la señorita Matthieson os tiene dicho que no llevéis juguetes excepto los días en que toca mostrar y compartir.

Simon se apoya en el marco de la puerta, vestido de seda y con cara rara.

—¿Quieres café? —le pregunta Lucy. Juanita, la asistenta y niñera, le pone una taza en la mano antes de que pueda contestar.

—¿Huevos? ¿Tostadas? —pregunta Juanita.

Lucy sale de la cocina. Todavía no se ha «puesto la cara de ir a trabajar». Le toca el brazo al salir:

—¿Tienes un día muy ajetreado? —inquire sin esperar respuesta.

Simon entra, sosteniendo la taza de café con cuidado de no derramarla y con la mirada puesta en su hija. Se sienta a su lado mientras ella hace añicos la tostada.

—Buenos días, papi —dice ella.

—Buenos días, cariño —responde él. ¿Suele llamarla «cariño»? Se le hace raro pronunciar esa palabra.

—¿Puedo llevarme a Susie al cole? —le pregunta Ariella.

—¿Quién es Susie?

—La muñeca esa —contesta Juanita señalando a una muñeca de porcelana muy delicada que está sentada en la silla de enfrente de Ariella.

Una sensación de alivio se apodera de Simon. Debió de decir «Susie» mientras dormía, y no «Sarah». Él oyó «Sarah» porque tenía ese nombre en la cabeza.

—¿Has soñado con Susie esta noche? —pregunta.

Ariella niega con la cabeza y le hace pucheros.

—Me la quiero llevar al cole.

Es una muñeca de quinientos dólares, pero ¿para qué sirven las muñecas si no es para jugar con ellas? Incluso las caras. Además, fue él quien tuvo la maldita idea de comprársela.

—Bueno, no veo por qué debería de haber inconveniente —dice Simon y sorbe su café.

—Uy, uy, uy... —exclama Juanita—. Mejor vuélvase a la cama, señor Would.

A él no le parece una mala idea. Deja la taza encima de la mesa y dice:

—Bueno, pues haz lo que te dice tu madre.

Ariella se pone a gritar.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —dice Simon, poco acostumbrado a que Ariella le grite de esa manera. Por norma general solo trata con su parte más dulce. Él siempre hace de poli bueno.

—¡La necesito! ¡La necesito! —grita.

—¿Por qué? ¡Seguirá en casa cuando vuelvas!

—¡Porque hace que se vayan los Hombres Malos!

—¿Qué hombres malos?

—¡Los Hombres Malos que me persiguen!

—¿Te están siguiendo? ¿Se lo has dicho a tu profesora?

Lucy vuelve a entrar en la cocina mientras se cepilla el pelo y Simon la coge del brazo con brusquedad.

—¡Dice que la persiguen unos hombres! ¡Por Dios! ¿Se lo has dicho a la profesora, o a la policía o...?

Lucy se libera y le pega en la mano con el cepillo.

—Pero ¿qué te pasa? —le susurra—. ¡La estás asustando!

Ariella los contempla con los ojos muy abiertos. Juanita sigue friendo huevos como si no pasara nada.

—Dice que unos «Hombres Malos» la persiguen. ¿No estás alarmada?

—Anoche tuvo una pesadilla. Y no te atrevas a animarla a que se piense que las pesadillas son reales, imbécil.

—¿Dónde has visto a los Hombres Malos? —le pregunta Simon a la niña.

—Cuando dormía —asiente Ariella—. Estaba soñando. No los he visto en la calle. ¡Yo quiero a Susie! —Y vuelve a echarse a llorar.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —dice Lucy corriendo hacia ella.

—¡Que se lleve la puta muñeca al colegio, joder! —exclama Simon golpeando el marco de la puerta con el puño. La cocina se queda en silencio excepto por el sonido de la manteca que chisporrotea en la sartén—. ¿Me entiendes, Lucy? —Se da la vuelta para enfrentarse a ella; le muestra ligeramente los dientes y con todo el cuerpo tenso, de medio lado, como si estuviera a punto de pegarle—. ¡Que se lleve la muñeca al colegio!

—Vale —alcanza a decir Lucy, con el rostro demudado por el *shock*.

Simon vuelve a golpear el marco y sale de la cocina.

Lucy mira a Ariella y espera que rompa a llorar, cosa que ella apenas puede evitar hacer.

Pero la niña se ha puesto a comerse la tostada, como si Simon perdiera los papeles todos los días; como si ya hubiese visto antes a ese hombre que grita y que golpea los marcos de las puertas.

Lucy no lo había visto nunca.

## Un tipo divertido

Simon se la ha llevado consigo. Bien. Vuelve a mirar la carta que le ha dejado «una fan que lo adora». Tiene sus sospechas (o esperanzas) acerca de quién se la dejó. «Pregúntale a la máquina de escribir», le dijo Dervish. Pasa los dedos por las letras escritas a máquina; tienen un ligero relieve. La lee una y otra vez, como si fuera un poema. Ya ha contactado con Dervish y con Adam. Ahora solo le queda un nombre: Frank Tudor.

La dirección de Frank Tudor no existe. O mejor dicho, aparece como «inexistente». No muy seguro de qué hacer ahora, Simon se encuentra en el despacho de su agente literario proponiéndole un libro sobre la muerte de Sarah While. Su agente flipa en colores con el *modus operandi* de Simon, como siempre.

—¡Simon! —dice con su voz de «no me voy hasta que te haya vendido la moto»—. ¡Simon, no sabes lo emocionado y entusiasmado, sí, entusiasmado, que estoy con esta nueva aventura! Quiero decir... ¡Creo que es genial! ¡A la gente le va a encantar! Una chica de aquí y una muerte rara, extraña, como de una secta. ¿Quién sabe? ¡A lo mejor se suicidó de verdad! Drogas, bailes, está buena... Podemos meter fotos en el libro, ¿no? De su casa, del apartamento. ¿Podríamos conseguir alguna foto del cadáver?

Simon asiente. La foto en la que sale flotando cuando no debería flotar, flota en su mente, donde tampoco debería flotar. Piensa que ella es Blancanieves y que, si él hubiera llegado a tiempo y la hubiera besado, se habría despertado. Todo esto está mal. Es asqueroso. Sigue asintiendo cuando suena el teléfono.

—Un segundo, Simon. —Su agente tiene que contestar. Simon coge una bola antiestrés de encima de la mesa y se pone a hojear una pila de papeles que hay en ella.

Un montón de pilotos de *sitcoms*. Y entre ellos, una foto de primer plano del que resulta ser Frank Tudor, ¿quién lo iba a decir? El tío se parece a Fozzie el oso: gafas de idiota, flequillo de idiota y cara de idiota. *Wakka, wakka*<sup>[7]</sup>.

El agente cuelga el teléfono y dice:

—Entonces... ¿En qué fase estás con esta historia?

—¿Quién es este tío? —pregunta Simon agitando el retrato.

—Frank Tudor. Mi socio lo está intentando meter en el mundo literario. Ha escrito un par de pilotos para la televisión. Hace monólogos cómicos y anuncios. Ya sabes: si estás interesado, te puedes poner manos a la obra con él. No es que se ajuste a tu especialidad, pero...

—Me gustaría reunirme con él. Ya.

—Claro, bueno, veré qué puedo hacer.

—Tengo que verlo. Hoy.

Simon se encuentra con Frank en una cafetería pija que está abierta las veinticuatro horas. No se parece en nada a la foto de primer plano, cómo no. Al oso Fozzie lo ha sustituido un personaje hecho polvo y desesperado, con una mirada cínica que solo es divertida cuando está actuando. Pide una botella de agua y se excusa para ir al lavabo. Cuando vuelve, se frota los ojos y se limpia la nariz.

—Perdona —dice—. Es que acabo de perder a mi segunda mujer.

—Lo siento mucho —contesta Simon, pensando que son demasiadas muertes para un solo tipo en un mes.

—Sí, se ha ido con un puto albañil, ¿te lo puedes creer? Un puto héroe de clase trabajadora. Por supuesto, ella va a intentar quedarse con la mitad de mis bienes. Pero no lo va a conseguir. Tengo un pedazo de abogado. Pero bueno. A la tercera va la vencida, ¿no? ¿Conoces alguna chica simpática? Quiero decir... —dibuja con ambas manos un cuerpo lleno de curvas— simpática.

Se ríe de su propio chiste.

Simon mantiene impasible el ademán.

Frank acepta que está ante un público exigente.

—Bueno, vale. Entonces, Larry dice que estás interesado en ayudarme con el piloto. Que eres una especie de escritor. De lo consagrados, de los que hacen pasta. Un escritor de los respetados. ¿Sí?

—Supongo.

Frank cambia de posición en la silla como si estuviera a punto de vender una gran estafa piramidal.

—Ahora mismo, mi nombre suena bastante. Mi cara le suena a la gente. Yo seré el protagonista del piloto, claro.

—En realidad no he venido por lo del piloto. Yo simplemente he pedido reunirme contigo.

Frank pone cara de «ah, claro» y cruza las piernas.

—¿Qué eres, un fan? ¿Te gusta como vendo las hamburguesas en el anuncio de McDonald's? ¿O es que tienes tu propio proyectito y estás deseando que le ponga las manos encima?

Ahora que lo piensa, ahora que lo tiene justo delante, Simon lo reconoce.

—En realidad es sobre Sarah.

A Frank se le descompone la cara de inmediato, pero pregunta:

—¿Sarah? ¿Qué Sarah?

—Sarah While.

Frank asiente. Durante un minuto no dice nada, tan solo se queda mirando la botella de agua. Le tiembla la mano cuando la coge.

—¿La conocías? —le pregunta Simon.

—¿Que si la conocía? ¿En qué sentido? —pregunta Frank, con un deje de amargura—. ¿De manera clínica? ¿De manera casual? ¿De manera bíblica? Sí, de las tres maneras. La conocía. —Sigue mirando la botella. Entonces mira a Simon, con

gesto acusador—. ¿Cómo lo sabías?

—Soy periodista de investigación. No revelo mis fuentes.

—Como un detective privado, ¿no?

—A lo mejor...

—Ya claro, detective privado —dice Frank, casi escupiéndole—. ¿Te la follabas?

—No la conocía —responde Simon sin perder la compostura.

—Peor para ti, colega. —Frank se bebe la botella de agua de un golpe, de manera impactante, como si se tratase de una docena de chupitos de *whisky* y él el alcohólico con más síndrome de abstinencia del mundo. Cuando acaba, señala a Simon con un dedo perfectamente manicurado—: Sarah sabía quién eras —le dice.

—¿A qué te refieres? —pregunta Simon.

—Es algo que iba con ella —responde Frank—. A lo mejor se montó esa escena del crimen en plan Polanski para llegar hasta ti. ¿No habías pensado en ello?

—No se me había ocurrido.

—Pues ahí tienes otra cosa que investigar. —La cara de Frank se contrae como la de una fiera y el tono de su voz se vuelve tan amargo como un café hecho hace tres días—. ¿Has visto su habitación?

¿La ha visto? Tiene la sensación de que sí que lo ha hecho, pero...

—No.

—Seguro que ya la han vaciado. Tenía fotos tuyas enmarcadas. —La voz de Frank adopta un tono conspirativo y sucio—. Les daba besos por la noche —añade, con un brillo en los ojos.

—¿Te importa que grabe nuestra conversación? —Simon palpa la grabadora que lleva en el bolsillo, que todavía no ha desenfundado.

—Me parece que sí que me importa —contesta Frank—. Con el pretexto que te has buscado para tener esta conversación... Ya sabes, no quiero que se asocie mi nombre con... —Hace una extraña serie de gestos: se toca las muñecas, luego la nariz y por último hace como que empuja con las manos.

Simon se queda helado. Ese gesto es...

Trata de descifrarlo mientras Frank llama a la camarera, coquetea con ella y le pide una tortilla de clara de huevo y tostadas sin mantequilla. Muñecas: cortadas. Nariz: ahogada. Empujar con las manos: ¿no, gracias? La camarera se gira hacia él y Simon pide el número nueve. No sabe qué es, pero no le apetece mirar la carta. Y café con crema y sin azúcar.

Cuando la camarera se va, Frank le hace a Simon un aparte:

—Debes de pensar que soy una persona horrible, ¿verdad?

—No juzgo a la gente —dice Simon—. Trato de ser objetivo y desentrañar la historia.

—Bueno, pues creo que eso te servirá, colega. Te irá bastante bien. El hecho es que si necesitas publicar el nombre de alguien, ella tenía miles de amigos raritos que no deben de tener nada mejor que hacer que especular con la naturaleza de la muerte

de Sarah While. ¿Para qué coño me necesitas a mí?

Simon alza las manos.

—¿Vas a pagar la cuenta? —pregunta Frank.

—Por supuesto —responde Simon.

—Vale, pues entonces tengamos un desayuno agradable. Tu decepción por no conseguir información es directamente proporcional a la mía por no conseguir que mi piloto se desencalle. ¿Lo pillas?

—Lo pillo.

Simon lo pilló. Empieza a saber, de esa manera extraña en la que empieza a tener la certeza de algunas cosas, que este pez ya ha mordido el anzuelo y que no va a tardar demasiado en escupir sus propias entrañas.

—Bien. ¿Y a la zorra esta qué le pasa con mi café?

A Simon le da la sensación de que a Frank le faltan las palabras o que no se le ocurren temas de conversación, ya que se mantiene en silencio mientras se come la tortilla. Entonces, después de dos tazas de café, acaba por hablar:

—¿Sabías lo del psiquiatra?

Simon niega con la cabeza.

—Le pasé el contacto de mi psiquiatra, ya sabes. Nos conocimos en una fiesta; ella era muy... extraña. Era una chica rara. Quería ser cantante. Le dije que... Por consideración a la intimidad que compartimos, yo me sentía... Soy un tío responsable, de verdad, señor...

—Would.

—Sí, perdona. Simon Would, lo sé. Es que a veces me quedo en blanco. No te ofendas si yo tampoco te he reconocido de buenas a primeras. Tu nombre me sonaba. Por Sarah, sobre todo. Era muy fan tuya. Es que... tengo que tener demasiados nombres en mente.

—No me ofende.

—Genial. Odio cuando la gente se siente ofendida. Me pone nervioso.

—Eres un tío responsable —dice Simon, intentando hacer que recupere el hilo de la conversación.

—Claro que lo soy. Quiero decir que me he casado con dos chicas... No al mismo tiempo, como supondrás. Con las dos, porque estaban preñadas, y ambas o bien perdieron el bebé o bien me mintieron, no quiero saberlo. Quise proveer. Intento hacer lo correcto, de verdad. Así que intenté ayudar a Sarah. Quería ser cantante, ya sabes.

—Sí.

—Ayudarla fue un infierno. Estaba siempre con el rollo de —y aquí Frank pone una voz de chica gritona que suena un tanto insultante para la persona a quien trata de imitar, que en este caso es Sarah, por lo que Simon se siente ofendido—: «eso no sería correcto» y «no necesito impresionar a nadie». Bueno, era así. Tú sabes cómo son las cosas. El negocio del espectáculo es así. No todos somos iguales, no importa

lo que te enseñaran en las clases de ética en el instituto.

»Bueno, el caso es que consigo que cierto representante importante se pase por una noche de micro abierto y a ella no se le ocurre otra cosa que cantar “Misty”, ¿te lo puedes creer? Como si se supusiera que ese tío va a ser capaz de vender algo así. Y es una chica muy *sexy*, está muy buena, pero ¿qué lleva puesto? Una especie de vestido de campesina y se pone a cantar “Misty” como si estuviera en la iglesia o algo. Dios. Quiero decir que tuve que darle un montón de explicaciones a ese tío para poder mantener mi credibilidad con él.

Frank se concentra en lo que quiera que sea que le queda en el plato como si estuviera tratando de mantener su credibilidad con los restos de comida.

—¿Y qué era eso del psiquiatra? —pregunta Simon.

—Sí, el psiquiatra. Me empezó a contar mierdas sobre su infancia, como si fueran confidencias de pareja (como si fuéramos pareja, joder), que harían que se te pusiera el pelo blanco. Quiero decir... ¡Dios! Todos tenemos historias familiares chungas, pero eso era... Me venía grande. Y yo venga a decirle: «Tienes que ir a un loquero, cariño». Pero no quería ver a un loquero, no se fiaba de ellos. Había tenido malas experiencias y, si lo que contaba era verdad, no la culpo. Y al final la cosa acabó en un: «Este es mi psiquiatra y necesitas ayuda». Si es que hasta le pagué las primeras tres visitas como regalo de cumpleaños. Yo es que soy así, soy responsable, intento cuidar de la gente.

—¿Te podría interesar confiarme esa información sobre su infancia?

Frank se atraganta un poco con la comida, pero se repone.

—Ni hablar, colega. De ninguna manera. A estas alturas ya he conseguido borrar de mi memoria la mayor parte.

—¿Sería posible hablar con el psiquiatra?

La cara de Frank adquiere una expresión de maldad.

—Podría ser. Si no estuviera muerto.

Simon no está muy seguro de qué decir a continuación.

—¿Vas a comer algo o te has pedido los *hash browns* para mirarlos, colega? —pregunta Frank.

—¿Cómo murió el psiquiatra?

—Nada espectacular. Un ataque al corazón. Tenía sesenta años. Era un tío agradable. Ya tenía el pelo blanco, así que no había peligro de que la infancia de Sarah le estropeará el peinado.

—¿Cuándo murió?

—Hace dos meses. Sarah también estaba desolada. Se pasó casi un año yendo a verlo. Supongo que debía de hacerle tarifas especiales porque a ella no creo que le llegase para pagarle. Era el mejor, ¿sabes? Quizá trabajaba en aquella empresa para que le entrara en el seguro médico. Eso sería muy típico de ella. Qué chalada.

Frank se acaba la tortilla en tres grandes bocados. A Simon le recuerda a un perro grande, de los que son amables con los dueños pero que no paran de comer.

—Cariño, ¿más café? —dice alzando la taza.

Cuando la camarera le vuelve a servir, a Simon le da un ataque de pánico repentino. Frank no va a pedir postre. Ya se ha terminado la tortilla y él va a pagar la cuenta. Está a punto de irse y de llevarse consigo montones de información. Simon siente el deseo de partirle la cara y hacerle hablar.

Simon se sienta sobre sus manos, literalmente. Estos días está teniendo unos malos prontos que nunca le habían dado.

—Frank —dice con calma—, se ve que eres un tío responsable. Pero creo que estás eludiendo tu responsabilidad en este asunto. Le ha pasado algo terrible a alguien por quien te preocupabas y yo estoy tratando de ayudarla.

Frank suelta una carcajada.

—Eso es gracioso. Sí que lo es. —Mira a Simon a los ojos con intensidad. Reduce la voz a un susurro—. Está muerta, colega. Ya no la puedes ayudar.

Y se levanta sin terminarse el café.

—¿Por qué no te llevas mi tarjeta, por si cambias de opinión? —le pregunta Simon mientras pone su mejor sonrisa.

—Tu agente conoce al mío. Te podré encontrar de la misma manera en que tú me has encontrado. —Frank deja caer la servilleta y dice—: Que vaya bien la cacería. *Wakka, wakka.*

## La clave que lleva en el bolsillo

Simon está sentado en el coche al lado de su casa, con el motor en marcha. Lo que tiene hasta ahora, sea lo que sea, no es lo típico a lo que le puede dar forma para escribir un artículo. Podría hacer que funcionara si le diera vueltas para encontrarle un sentido. Si Sarah padecía alguna enfermedad mental, entonces los Tipos Trajeados serían parte de su enfermedad (y de la de él).

Piensa en lo que Dervish le susurró al oído, en las canciones, en el flotar y en todas las cosas ajenas al reino de lo natural y que no entraron en el informe. Pero ¿qué es lo realmente importante?

¿Cómo puede ayudarla si ya está muerta?

Apaga el motor y saca las llaves. Se las mete en el bolsillo y roza con los dedos un pequeño rectángulo.

Se saca del bolsillo una etiqueta de esas en las que se suelen escribir los nombres en las fiestas o en las convenciones.

Está usada y doblada.

Es como la carta de amor de un sueño que de alguna manera se las ha apañado para materializarse en la vigilia. ¿De dónde ha salido? ¿Cómo ha llegado hasta allí? ¿Qué significa?

Es una etiqueta con su nombre.

Piensa en que es pan comido, pero no sabe por qué. Un baile de caridad.

¿Cómo es amar a un fantasma?

¿Y qué se siente al ser correspondido?

Mientras sigue sentado en el coche, descendiendo en picado por el pozo sin fin de sus pensamientos, Lucy aparca detrás de él. Pero este hecho tan familiar (el coche de su mujer, él en casa, ella en casa, todo el mundo en casa, por Dios) no consigue frenar esa caída. Lucy no parece haberlo visto ahí sentado. Pero él la observa por el rabillo del ojo ir hasta la parte de atrás y quitarle el cinturón de seguridad a Ariella, que está abrazada a la muñeca por la que habían discutido, Susie. Van dentro.

Debería seguir las; debería salir del coche e ir tras ellas. Venga, vamos, esta es su vida.

¿Qué se siente al ser correspondido?

Simon, sal a respirar a la superficie o ahógate en ese pensamiento. Es una locura.

Se obliga, se fuerza, a abrir la puerta del coche y seguir las dentro.

Lucy grita.

Él corre hacia la casa para ver qué pasa.

La ventana que da a la parte de atrás ha sido completamente destrozada... por una máquina de escribir. Sí, parece que la culpable ha sido una máquina de escribir.

—Pero ¿qué coño? —grita Lucy abrazando a Ariella, a la vez que ella abraza a Susie—. Simon, ¿qué coño...? ¡Llama a la policía!

Pero Simon solo tiene ganas de reír. Aunque no lo hace. Va hacia la máquina de

escribir, que está en el centro de la habitación, como esperando a que le empiece a hacer preguntas.

—¡No la toques! —le grita Lucy, pero él no puede evitar hacerlo. Acaricia el cuerpo de metal hasta llegar a la cinta, que ha sido arrancada del carrete y está desenrollada sobre las teclas como un globo deshinchado. No puede evitar cogerla y mirarla al trasluz.

Las letras, al revés, se muestran claras contra el polvo negro.

Está todo ahí, intacto. De hecho, se ve muy claro al trasluz:

.zev atse setam

## **TERCERA PARTE**

### **TE LO QUEDAS**

*En la que...*

Te quedas el sofá.

Sarah entra en escena.

Sarah va a la deriva.

Y se rompen muchas cosas.

## Cosas que se rompen

Lo que viene ahora sucede después del desastre que está a punto de producirse. Sucede después de que Simon decida poner orden tanto en su propio desastre personal como en los de los demás.

Según sus cálculos más conservadores, hace un año que empezó a cargarse todo lo que tocaba. Según sus cálculos más liberales, hace tres.

Se siente mal. Ha hecho daño tanto a las personas a quienes ama como a los desconocidos. Ha sentido cierto placer al hacerlo, porque le daba la sensación de que de esa manera los hacía tener algo en común, ya que él solo era capaz de experimentar un dolor terrible. ¿Qué se siente al buscar respuestas con desesperación y no encontrar ninguna? (¿Qué se siente cuando te ama un fantasma?).

Así que toma una decisión. Como no ha encontrado ninguna respuesta, se las va a inventar. Y eso es lo que hace: inventárselas.

Y entonces empieza a poner orden. Se da un buen baño, se afeita por primera vez en una semana y camina por su casa en el barrio de Los Feliz con un quimono de seda que le regaló su exmujer, a la que no recuerda lo suficiente como para echarla de menos. Ha dejado de beber. Es como un F. Scott Fitzgerald sobrio que solo bebe Coca-Cola, pero en grandes cantidades.

Ahora está hablando por teléfono con su agente acerca del manuscrito que tiene en el maletero del coche. El agente le dice que enviará a un mensajero a recogerlo por la mañana, pero Simon le dice que no, que se lo entregará él en persona ahora mismo, a la una de la madrugada. Necesita una razón para salir de casa, para vestirse, para hacer ver que todavía es un ser humano.

La una de la madrugada es mejor que nunca.

Lleva en la mano un pequeño vaso azul lleno de hielo y de lo que queda de la tercera lata de Coca-Cola que se ha bebido en los treinta minutos que lleva de conversación con su agente. Le insiste en que «sí, tiene que ser ahora» cuando, de repente, se le cae todo lo que tiene en las manos.

El teléfono móvil se desliza por el suelo, y el vaso, lleno de Coca-Cola y hielo, se hace añicos contra la encimera y se desparrama en todas direcciones.

—¡Mierda! —grita, y va a por el teléfono mientras se ríe de sí mismo.

Le dice al agente que tiene colgar para recoger el estropicio y que no tardará en llegar.

—Lo siento mucho —dice el agente. Después de casi una década con Simon, ha aprendido a relacionar a Simon con la pena—. Sé cuánto te apetecía beberte esa Coca-Cola.

Un rato antes le había estado pegando la paliza sobre sus efectos saludables.

—No, no pasa nada —responde Simon—. Las cosas se rompen.

Para él es importante decir eso, es un síntoma de que está avanzando en su proceso de sanación.

«Las cosas se rompen» ha sido una especie de mantra que a Simon le ha servido para entender el sentido literal por un lado, de cómo los objetos se convierten en pedazos de sí mismos cuando ya no tienen ninguna utilidad, y el figurado por otro, de cómo las relaciones con los demás o con uno mismo dejan de funcionar o de existir.

Decir: «¡Mierda!», limpiar el estropicio y seguir adelante, porque en este mundo las cosas se rompen.

Deja el teléfono e intenta no pisar descalzo sobre los cristales, lo que le resulta imposible porque hay una cantidad infinita de esquirlas de color azul en el suelo. La Coca-Cola es como una especie de pegamento de color marrón. La única manera que tiene de distinguir el hielo de los cristales es por la forma y porque los trozos se van deslizando lentamente por el suelo.

Se pincha en el centro de la planta del pie izquierdo con el que, unas veces sí y otras veces no, suele cojear. Y al arrodillarse para coger el pedazo de cristal más grande, se corta en la palma de la mano derecha.

«¿Qué quiere decir esto? ¿Qué significado tiene? ¿Por qué ahora? ¿Qué es lo que se me intenta decir?».

Esos pensamientos absorben todos los demás, como si se tratasen de una migraña que ruega por tener un propósito para existir.

Intenta responderse con el mantra, pero decir «las cosas se rompen» no le sirve de mucho con las violentas hemorragias que de repente tiene en la mano y en el pie.

Se queda mirando su propia sangre, el cristal azul roto, el líquido marrón que se mezcla con el rojo...

«¿Qué quiere decir? ¿Qué quiere decir? ¿Qué quiere decir?».

No lo sabe. Tiene que preguntar.

—Sarah —dice en voz alta—. Sarah, por favor.

Las luces se apagan.

Se queda estupefacto tanto por la repentina oscuridad, tan negra como cuando cierra los ojos por la noche, como por la respuesta de Sarah.

Durante todo este tiempo, nunca les ha tenido miedo ni a ella, ni a su muerte, ni a su fantasma ni a cómo lo ha arrastrado hasta la locura.

Pero ahora sí lo tiene. Es la personificación del miedo, se siente como un árbol al que estuvieran serrando en dos. Tiene miedo, porque no está solo en casa. Tiene miedo, porque sabe que Sarah quiere verlo destrozado.

Es consciente de que lo que queda de ella, sea lo que sea, quiere verlo sangrar en la oscuridad hasta morir.

## Quédatelo

Las cosas pequeñas lo cambian todo... y no cambian nada a la vez.

En alguna parte te encuentras en una playa. En alguna parte estás enamorado. En alguna parte un tipo pálido te está estrangulando hasta la muerte. ¿Acaso hay alguna diferencia?

Para ti, ahora mismo todo se reduce a tomar la decisión de si quieres un sofá gratis que te has encontrado en la calle. ¿Recuerdas?

«Quédatelo».

Tienes la sensación de que algo hace tictac en tu cabeza y sientes la libertad incómoda de ser dueño de tu propio destino. ¿Te arriesgarás a llegar tarde al trabajo por culpa de un sofá gratis?

Decides que por qué no. ¡Quédatelo! ¡Es gratis!

Dejas las llaves y el maletín sobre el sofá y tiras de él por el extremo más cercano a tu edificio. Es extraordinariamente pesado y apenas puedes moverlo, y mucho menos subirlo por las escaleras. Estás a punto de darte por vencido cuando aparece un tipo con rastas montado en bicicleta.

—¿Necesitas ayuda? —te pregunta al tiempo que frena y pone un pie en el suelo.

Te encoges de hombros.

Te ofrece la mano.

—Soy Adam.

—Richard —dices. (¿Lo ves? ¡Ya has hecho un amigo!).

Entre los dos conseguís arrastrarlo y empujarlo escaleras arriba a pesar de su peso mientras sudáis y gruñís. Podéis meterlo por la puerta gracias a que lo movéis con inteligencia en varios ángulos, pero rasca la pintura del marco al empujarlo.

—¿Dónde lo quieres? —pregunta Adam.

—Hum...

¿Dónde lo quieres?

—¿Qué tal contra esa ventana? —aventura—. Te dará buen *feng shui*.

—Claro —respondes, sin estar muy seguro de qué es eso del *feng shui*, pero pensando en que desde ahí verás bien la televisión.

Felicidades: el sofá casi hace que parezca que en tu apartamento vive alguien que mola. Casi.

—Bueno, me tengo que ir al trabajo —dices, ya que Adam no tiene pinta de darse mucha prisa por irse.

—Claro —responde—. No te preocupes mucho por ella.

Vas hacia tu jeep. ¡Qué pedazo de ruedas! ¡Sí, ahora vives en la puta California, tío!

Tampoco vas a llegar tan tarde. Gira esa llave y escuchemos unas cuantas canciones.

Tu coche no arranca. No sabes una mierda de coches, pero te parece que si el

motor no se pone en marcha, puede ser que la batería esté muerta. ¿Te dejaste las luces encendidas? No. ¿La radio? Tampoco. Está muerta, sin más.

Buscas al tipo de la bici con la esperanza vana de que quizá lleve los cables que te ayuden a recargarla (¿en una bici?), pero ya hace rato que se ha ido.

El vecino del primer apartamento de tu edificio, un obrero negro de mediana edad, sale de casa en el momento justo.

—¿Se te ha muerto? —pregunta.

—Sí —respondes.

—Tengo cables —dice.

No paras de hacer amigos. ¿Ves cómo funciona? Consigues un sofá y acto seguido encuentras amigos para que se sienten en él. Te lo dije.

Entre los dos conseguís arrancar el coche bastante rápido y os dais la mano para celebrarlo. Tan pronto como tu jeep vuelve a la vida (todavía llevas la matrícula de Misuri; deberías ocuparte de eso), tu vecino (se ha presentado como «Bill» mientras ponías las pinzas en el lugar correcto) te mira y te da una palmada en el hombro.

—¿Muy duros los primeros meses?

—Echo de menos a mis padres, supongo —respondes—. Y todos mis amigos también están en Misuri; pero bueno, me voy adaptando.

—¿Te ha pasado alguna cosa rara?

—Hum... —No estás muy seguro de a qué se refiere.

—Bueno —repone, como si no te acabara de hacer esa pregunta—, tengo que ir a echar hormigón. —Hace ver que se toca un sombrero invisible. Te quitas la capucha, te subes al coche y conduces a lo largo de una manzana.

Eddie Vedder, el de Pearl Jam, está cantando «*Son, she said. Have I got a little story for you*» y subes el volumen. Te paras en un *stop* y el jeep se vuelve a quedar muerto.

No eres de los que recurren a las palabrotas, pero sueltas unas cuantas perlas. Eres del Club del Automóvil, pero como hay un taller al otro lado de la calle optas por empujarlo hasta allí mientras controlas el volante a través de la ventanilla.

—Es el alternador —dice el mecánico.

Podrías coger un autobús o un taxi para ir al trabajo. Se supone que esos autobuses azules son agradables y están limpios, pero de repente te sientes tan exhausto que estás a punto de caerte al suelo.

Dejas allí el coche, vuelves a casa y llamas para decir que estás enfermo. ¿Estás mintiendo?

¿Te acabas de levantar y ya estás cansado otra vez?

¿Qué has pillado, Rich? ¿Tienes la gripe?

Bueno, hayas mentido o no, ahora mismo estás tirado en el sofá, pensando en que deberías haberlo lavado o aspirado, al menos. ¿Quién sabe cuánto tiempo lleva ahí fuera o si algún yonqui ha estado durmiendo en él? Pero huele bien, como a lilas, y te recuerda a cuando eras pequeño y jugabas al escondite y te escondías detrás de las

flores y reías... y veías los zapatos de tu madre que se acercaba y preguntaba: «¿Dónde está Richie? ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido?».

Te duermes con las manos apretadas contra el pecho y sueñas. Vaya que si sueñas.

## El sofá

Lo cierto es que las cosas que los humanos suelen calificar de inertes absorben y emiten una gran cantidad de energía. No es necesario que me creas y, si lo haces, no te recomiendo que te obsesiones demasiado con el asunto (te podrías emparanoiar bastante rápido), pero me gustaría contar un par de cosas sobre el sofá.

Ese sofá era mi favorito. Era increíblemente pesado y muy incómodo tanto para sentarse como para tumbarse en él. Aunque hubo un tiempo en que era precioso, se acabó deteriorando porque dos gatos lo usaban para afilarse las uñas. Pero en esencia siguió siendo precioso. Cuando me dormía allí, parecía que los sueños emanaran de él... como si se tratase de un sofá viajero del subconsciente, como yo, que también era una viajera del subconsciente, y ambos viajábamos, como Aladino sobre su alfombra, por otros mundos.

Así que, gracias a los recuerdos de este sofá tan pesado y voluminoso, te llevo entre líneas temporales en un viaje divertido y extraño a través de los sueños. Cuando me tumbaba en él o cuando me dormía en el asiento trasero del coche, o en una cama normal y corriente, sentía cómo me embargaba esa paz extraña. Entonces podía recordar vidas pasadas y sentimientos futuros, y codearme con miembros de la élite cósmica, tanto vivos como muertos.

En ese sofá, con el viento removiendo las cortinas, el sol bañando la alfombra y un humo azulado de cigarrillo moviéndose cual espíritu, me rodeaba una alegría que era como una luz. Y aquí estoy. Siempre estaré aquí. Este momento es eterno.

Tú también estás aquí. Nos combinamos, de la manera en la que lo hacemos en sueños, los pronombres se confunden y tú eres tú pero no eres tú; yo soy yo pero no soy yo; eres otra persona pero sigues siendo el mismo. En los sueños es así. Pero eso ya lo sabes, ¿no? ¿Cómo puedes ser otra persona y seguir siendo tú al mismo tiempo?

Así son las cosas ahora. Somos uno.

## Nuestros sueños

Sueños en los que salimos los dos, tú y yo. Más tarde los recordarás. Quizás a tiempo de salvarte.

Tu sueño:

Tú eres yo y llevas mi abrigo largo y negro. El día es gris pero llevas las gafas de sol puestas. Caminas hacia la parte de atrás de mi apartamento y el vigilante del aparcamiento te mira boquiabierto.

Pronuncia mi nombre y te pregunta:

—¿Está tu alma en paz?

—Sí —respondes con mi voz—. Solo estoy de visita.

Te das cuenta de que te estás haciendo pasar por un fantasma.

—¡Vuelve! —dice, y repite mi nombre—. ¡Vuelve cuando quieras!

A los dos nos parece bastante romántico el que, incluso después de muerta, siga siendo bienvenida.

Subes por las escaleras traseras. A la puerta del apartamento le faltan las partes esenciales de lo que la convierten en una puerta (las bisagras y el pomo) y está apoyada, rota, contra el marco. Faltan la mayoría de los paneles excepto uno, que cuelga solitario y ridículo, como un único diente en una boca desdentada.

Hay basura, ropa, zapatos, dos peceras gigantes, y ceniceros llenos hasta los topes. Una jaula enorme contiene un loro verde que sigue dentro, aunque la puerta, al igual que la del apartamento, está rota y abierta.

Las ventanas están destrozadas.

Un puñado de pájaros pequeños (pinzones, te parece) se apiñan en la mesa junto a los ceniceros y las sábanas que han sido tiradas encima.

Alguien entró a la fuerza para alimentar a mis gatos y dejar libres a los pájaros, pero estos han vuelto.

Tienes que ocuparte de los animales. Coges con mi mano un pájaro rojo diminuto y sientes cómo se agita en la palma de mi mano. Te quedas sin aliento (mi aliento) y abres los ojos.

Te preguntas qué ha pasado con los animales.

—¿Quién se está ocupando de mis pájaros? —preguntas.

Es una pregunta que haría el fantasma, pero realmente sientes esa curiosidad.

¡Despierta!

Mi sueño:

Sueño con un barco pequeño, a la deriva en medio del océano, dando vueltas de un lado para otro y arriba y abajo en medio de una tormenta. Sueño con fiestas en el instituto, en la universidad, en mi casa de la infancia... Son todas la misma fiesta. Entonces me encuentro en Nueva York con gente que va vestida de forma rara.

Ha desaparecido un niño pequeño. Nadie quiere mirar en el sótano porque da

miedo. Mis gatos se han aventurado allá abajo, y yo le aseguro a todo el mundo que es ahí donde está el niño, todavía con vida.

Sueño con que mi mejor amiga se muda a un apartamento en lo más profundo de este edificio (pero no en el sótano, gracias a Dios). No tiene ventanas, y antes de que entre a vivir tenemos que llenar las paredes y el techo de alfombras para esconder las tuberías y que le sirvan de aislante.

Simon está presente y me ve. No dejo de intentar hablar a solas con Simon. Tengo que decirle que se encuentra en peligro, pero no puedo.

Y Sarah (que no soy yo, aunque sigo siendo ella) es una causa perdida, ya lo sé. Aun así, se niega a morir.

Simon quiere morir. Son dos gemelos, cada uno de los cuales mama de una teta aunque ninguno de ellos existe. Casualidades. Sueños. Procesamiento de datos. Procesamiento de números. Diferencias aparentemente inapreciables pueden florecer y convertirse en imágenes turbulentas e impredecibles.

Sueño que estoy dentro del vídeo musical de esa canción de Portishead cuyo estribillo dice: «¿Cómo puede ser que nos sintamos tan mal, en este instante?». Estoy tumbada en una especie de camilla. Se supone que soy un cadáver.

Una modelo, que también sale en el vídeo, empuja la camilla mientras mueve los labios, siguiendo la letra de la canción. Cuando intento levantarme, sujeta las grandes correas de cuero que me aprietan, como si mi resistencia formase parte del vídeo y de la canción, como para mostrarle mi rechazo a la muerte. Aunque ya estoy muerta.

Al sacudirme consigo alejarme rodando de ella, y de repente estoy en el pasillo de la planta baja de la casa donde pasé la infancia, moviendo los brazos como si estuviese en el agua, nadando al estilo mariposa, y la camilla cada vez se aleja más rápido de la modelo. El pasillo está oscuro y el espectro (confundo espectro con esqueleto, porque «esqueleto» se suele utilizar para describir a las modelos) me persigue, y grita de frustración.

Sé que al final del pasillo hay una puerta que da a la calle.

Mi habitación, cuya puerta tiene cerradura, es la última del fondo en la pared de la derecha. Salto de la camilla en el momento en que esta golpea la puerta de la calle. Me meto en mi habitación, cierro la puerta y giro el pomo para echar el pestillo en el justo cuando el espectro lo agarra desde el otro lado.

La música cambia de inmediato a Ella Fitzgerald, que canta: «Prefiero estar sola antes que feliz junto a otra persona».

Me despierto, paralizada por el terror y con la imagen persistente de volar hacia atrás mientras el espectro gritaba y me perseguía.

He roto un contrato. Se supone que debía estar muerta, o al menos hacerlo ver.

## Un bocadillo barato

Te despiertas en el sofá con la mano dormida. Sientes un cosquilleo en la palma. Recuerdas que, después de todo, sigues siendo tú mismo y eso te enfurece de alguna manera. Te sientes engañado por el sueño, por el jeep, por el tipo de las rastas y por tu vecino, Bill, porque es como si entre todos hubieran conspirado para confundirte de una manera que no alcanzas a comprender. Te pones en pie de un salto, arrepintiéndote de la decisión de haber llamado al trabajo para decir que estabas enfermo y por haberte quedado con este estúpido sofá, al que le pegas una patada, enfadado.

Te golpeas el dedo gordo tan fuerte que crees que te lo has torcido y das saltos por el salón cantando «¡ay, ay, ay!».

—Nooo —canta una voz de soprano— dejes que eso... —Es preciosa, pero suena distante. ¿Llega desde el otro lado del pasillo? Debe de ser uno de tus vecinos que también está haciendo novillos del trabajo—... te ponga triste, cariño.

Sacas la guitarra de su funda y la rasgas en la misma nota que canta la voz, que ya se ha callado.

—No dejes que eso te ponga triste, nena —cantas con tu voz grave y lujuriosa—. No dejes que te deprima.

Pasas dos horas tocando la guitarra, hasta que te duelen los dedos, y ya tienes una nueva canción para tu repertorio. Piensas que es bastante buena, pero necesitas que alguien más la escuche.

Tu estómago habla; te pide algo de comer. Así que sales del apartamento para comprarte un bocadillo y ver qué tal va el jeep.

Esta mañana el cielo estaba gris, pero ahora ha salido el sol.

El jeep ya está listo. Le han puesto un alternador y una batería nuevos. Todo por una cuantiosa factura de seiscientos dólares. La pagas con la tarjeta de crédito (tienes un límite excelente) y te vas en tu jeep, zumbando de felicidad, a por el bocadillo.

Un bocadillo de albóndigas de treinta centímetros para llevar te recuerda que sigues siendo un macho, todo un tío a quien le gusta la carne y que, además, compone canciones. Coqueteas con la chica que te hace el bocadillo. Aparenta unos dieciocho años, lleva sombra de ojos de color azul y luce una sonrisa adorable.

—¿Cómo estás, Tricia? —le preguntas a la chica, Tricia, según consta en la placa que lleva en la solapa.

—Bien —responde.

—Me llamo Rich.

—Hola, Rich —dice, sin gracia ninguna.

—Soy músico —sueltas—. Acabo de escribir una canción nueva.

—Mola.

—¿Quieres oírla? —preguntas.

No responde.

—¿A qué hora sales?

—Cuando pueda, cariño —te responde y se pasa la lengua por los labios al tiempo que te guiña un ojo. Entonces se ríe y te das cuenta de que te está tomando el pelo—. Es broma —dice mirando hacia atrás por si aparece su encargado—. Mira, tengo novio. ¿Quieres que te ponga el menú extra grande?

No quieres el menú extra grande. Te sientes muy avergonzado delante de... bueno, un tipo que hay ahí y que va a lo suyo.

Le pagas el bocadillo sin mirarla a los ojos. Ahora Tricia se siente mal. Lo sabes porque te susurra:

—Oye, lo siento, de verdad. No quería ser borde. Eres mono, pero es que tengo novio.

—Sí, no pasa nada —dices, jugándotelo todo a la carta del dolido—. Es que he escrito una canción nueva y quería que alguien la escuchara. Acabo de llegar a la ciudad.

Bueno, tampoco es tan guapa.

—Eso parece —te sonrío, todavía bromeando pero ya sin malicia. Te devuelve el cambio—. Salgo a las seis. Mi novio trabaja esta noche, así que... no me importaría escuchar esa canción, si quieres volver luego.

—Vale —le dices, mientras te planteas la idea de dejarla plantada ahora que sí que quiere quedar contigo—. Estaré aquí a las seis.

Bueno. ¿Qué haces?

*¿Vuelves a casa, te comes tu bocadillo de albóndigas y te aseguras de que entre las cinco y media y las seis y media estarás viendo alguna mierda en la tele?*

—O bien—

*¿Te esfuerzas en ofrecerle un poco de respeto a Tricia, a la que le has dado un poco de lástima, y vas a buscarla tal y como has dicho que harías?*

¿Qué tipo de hombre eres?

De este tipo, espero:

A las seis menos cinco estás en el aparcamiento del restaurante sentado en el jeep, observando a Tricia a través de la ventana mientras limpia el mostrador de cristal con un trapo. No quieres entrar hasta que no sean exactamente las seis en punto. No quieres que piense que estás desesperado. Además, sientes cierta ternura al verla así, desde fuera.

Te sientes extrañamente orgulloso de ella, por la manera en la que le habla a ese

chico de la cara llena de granos. Sientes algo parecido al amor al ver cómo se pone la mano en la cadera y echa la cabeza hacia atrás para reírse. Mientras la miras, cantas para ti mismo la canción que has escrito esta mañana. ¿Cómo era la letra?

«No te pongas triste, nena. El amor no olvida, nena. Y puedes apostar a que cantamos un extraño dueto...».

¿De dónde han salido esos versos?, te preguntas. ¿En qué rincón de tu mente estaba esa canción? ¿Ha salido de un sueño? No, estabas ahí, en el sofá, tocando... música.

Sales del coche y estiras las piernas. Has estado ahí sentado unos buenos veinte minutos. Miras el reloj: las seis y tres minutos. Bien, vamos allá. El chico de los granos te mira mal cuando entras, pero la sonrisa cálida de Tricia espanta tus males y te dispara el deseo de ponerte a cantar ahí mismo, en este preciso instante.

Pero no lo haces.

Te coge del brazo mientras camináis por el aparcamiento.

—Eres más mono de lo que recordaba —te dice.

—¿De verdad? —preguntas, y frunces los labios hacia dentro. ¿Es eso un tic inconsciente? Nunca antes habías hecho ese gesto, pero por suerte a Tricia le parece encantador.

De camino a casa compras un paquete de seis cervezas.

Cuando llegáis a tu apartamento, Tricia se pasa diez minutos diciendo lo mucho que le gusta tu sofá y entonces te sorprende abalanzándose sobre ti.

Cuando acabáis de hacerlo, le dices:

—Pensaba que tenías novio.

—Bueno, tampoco es que estemos casados ni nada de eso.

—A lo mejor podría con él —sueñas.

—A lo mejor —responde—. Es bajito. Y pacífico.

Coges la guitarra y le tocas la canción. Tu voz expresa algo profundo y apremiante. La guitarra consigue ir al unísono con ese sentimiento y lo mantiene hasta que dejas de tocar porque ya has dicho todo lo que tenías que decir. Ha sido tu mejor actuación, amigo. Lo notas. Sí. Ha valido la pena venir a Los Ángeles. Ha valido la pena seguir tu sueño. Es una buena canción y mola. Es *rock and roll*.

Tricia aplaude con frenesí y exclama:

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Ha sido genial!

En ese preciso momento, las luces de tu apartamento se apagan por unos segundos y se vuelven a encender de inmediato, como si se tratase de un aplauso eléctrico.

Pasas el resto de la noche con Tricia, la del restaurante. Bebes cerveza y le hablas de tu hogar en Misuri.

Con los ojos anegados de lágrimas, le cuentas cómo murió tu perro cuando eras pequeño. Os tumbáis en el sofá y te hace una mamada de la hostia. Vuelves a tocar la guitarra para ella una y otra vez, cualquier canción que se le ocurra y todas las que te

sabes.

## Te quedas en el sofá

Era broma. No molas *tanto*. Eres demasiado gilipollas como para agradecer ese tipo de amabilidad en un restaurante. En lugar de quedar con ella, aprovechas la oportunidad para vengarte de manera ruin de la chica y dejarla plantada mientras te quedas viendo series mierdosas. Solo para probar que tú también puedes ser cruel, socialmente hablando.

A eso de las seis te comes la mitad que te quedaba del bocadillo de albóndigas mientras ves una reposición de *Padres forzosos*. Te sobresaltas al oír cómo alguien llama a la puerta. Piensas que debe de ser la vecina de abajo, que sube una vez por semana para quejarse de que tienes el grifo abierto y de que le gotea el agua (cosa que es absurda), así que abres sin preguntar quién es.

Un hombre alto, guapo y de color te mira desde el otro lado del marco. Debe de medir un metro noventa. Tiene los ojos marrones, unos labios rosa con una forma perfecta, barba de un par de días a la moda, y lleva un traje gris sofisticado. Tiene pinta de modelo. O de actor de cine. Te sientes como un idiota con tu polo raído y una albóndiga en la boca. Pero es él quien ha llamado a la puerta. Que le den.

—¿Sí? —dices, intentando tragar.

En una mano lleva una libreta y una grabadora. Te extiende la otra y se la das con tu mano izquierda, la que no sostiene un trozo de bocadillo.

El apretón que te da es firme. Tiene la piel seca y suave; su tacto es electrizante. De hecho, te da un pequeño calambrazo, como si hubiese estado arrastrando los pies descalzos por una alfombra.

—¿El señor Jamison?

—¿Sí? —Acabas de tragar—. ¿Cómo ha entrado por la puerta principal?

—Oh, disculpe. Esa señora tan agradable..., Ethel, me ha dejado pasar. Me llamo Simon Would y me preguntaba si podría dedicarme unos minutos.

No lo invitas a entrar. Tiene pinta de ser alguien que busca adeptos para su causa y que te quiere soltar el rollo sobre el más allá (ambas cosas son irónicamente falsas y ciertas al mismo tiempo).

—Soy periodista y estoy escribiendo un reportaje sobre la persona que ocupaba este apartamento antes que usted. ¿Ha oído hablar de esa persona?

—No —respondes—. ¿Qué clase de periodista es usted? ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Simon Would.

—He oído hablar de usted.

—Sí, escribo para periódicos importantes. También publiqué un libro sobre los escándalos sexuales de un senador hace unos años.

—Oh. Así que está trabajando en un reportaje importante.

Te sonrío. Es tremendamente guapo. No es que te gusten los tíos, pero cuando hay que reconocer algo, se reconoce. Debería ser actor.

—Me gusta pensar que se trata de un reportaje de interés humano. De hecho, lo estoy convirtiendo en un libro.

—Bueno, y... —Tratas de decir algo que deje claro que eres inteligente—. ¿Qué tenía ese tipo que lo hiciera tan interesante? Ya sabe, para escribir un libro sobre él, y eso.

—Era una mujer. Se supone que se suicidó en este mismo apartamento, hará cosa de un año.

—Ajá. —No tenías ni idea de que nadie se hubiera suicidado en tu casa. Qué grima.

—Era una chica agradable, guapa. Le gustaba salir de fiesta. Trabajaba como secretaria de vez en cuando y quería ser cantante.

Te aclaras la garganta y le dices en plan colega:

—¿Y cuál es el enfoque? Quiero decir, que sé un par de cosas sobre escritura, y perdona mi... no me sale la palabra..., pero hay mucha gente que se suicida y no suele ir un periodista famoso a informar del asunto.

—Sí. Digamos que tengo un interés personal.

Asientes, como si supieras de lo que te está hablando.

—¿Puedo pasar?

Supones que sí. No parece que te vaya a hacer nada. Lleva un traje muy elegante y es extremadamente guapo. Incluso te sientes un poco intimidado por su presencia masculina.

Entra en tu apartamento, observando las paredes, la alfombra, el sofá. Garabatea algo en el bloc de notas.

—¿Qué ha escrito? —preguntas.

Vuelve a mirar al libreta, como si se hubiese olvidado de que ha escrito algo.

—«Beis» —lee.

Mira: eso es bastante raro porque la alfombra es de color azul claro, las paredes blancas y el sofá azul oscuro. No hay nada de color beis. Quizá sea daltónico.

Se queda mirando el sofá, va hacia él y lo toca, acariciando el brazo con los dedos.

—¿Le apetece sentarse? —preguntas.

—¿Puedo quedarme de pie? —replica, como molesto por tu ofrecimiento.

Estás a punto de protestar y decirle que le has ofrecido que se sentara porque prácticamente le estaba metiendo mano a tu sofá, pero bueno. En lugar de eso, dices:

—Claro. —Ha conseguido que te entren ganas de hacerlo—. ¿Le importa que me sienta yo?

—Para nada —responde.

Apagas la televisión.

—Estaba viendo *Padres forzosos*.

—Siento haberlo interrumpido —se disculpa. Es inescrutable.

—¿Quiere algo de beber? Tengo agua y cerveza.

—Muy amable por su parte, señor Jamison, pero no, gracias. Me preguntaba si no le importaría que grabase nuestra conversación.

—¿Qué clase de conversación vamos a tener?

—Voy a hacerle algunas preguntas sobre su apartamento. —Y así empieza su interrogatorio.

Vas cambiando de postura en el sofá mientras le das unas respuestas que vuelan de tu boca antes incluso de que tengas tiempo de pararte a pensarlas. Es como si te hubiera hechizado, o hipnotizado, y dices cosas que no querías decir, respondiendo a preguntas cuyas respuestas no sabías que conocieras. En su boca, las palabras son pequeñas invitaciones que deseas aceptar y a las que quieres ofrecer respuestas largas.

—¿Algún problema con la electricidad? —pregunta.

—Esto... ¿quiere decir, como...? —No quieres decepcionarlo.

—¿Las luces se encienden y se apagan? —especifica.

—Oh, sí. Por supuesto.

—¿Sin que usted toque el interruptor?

—Esto... No creo. No, que yo me haya dado cuenta.

—¿Goteras?

—Yo no he tenido ninguna, pero la señora de abajo...

—¿Ethel?

—Sí, Ethel. Siempre se queja de que le gotea agua de mi apartamento al suyo, pero es una locura porque aquí no tengo ningún escape.

—¿Gente que canta?

Esta pregunta te inquieta, por alguna razón que desconoces.

—Oiga, ¿esto va de las condiciones en las que está el apartamento o sobre la chica que se murió? Quiero decir que ¿por qué no me pregunta si recibo sus cartas?

—¿Recibe usted sus cartas?

—A veces.

—¿Y van dirigidas a...?

—Una mujer. Sarah.

—Antes usted se ha referido al interior inquilino como «él».

—¿Qué?

—Que antes usted ha dicho «él» cuando yo he dicho «persona».

—No creo haber dicho eso. No sé.

—De acuerdo, todavía no estaba grabando, así que no importa. Entonces, ¿sabía que la persona que vivía aquí antes era una mujer y que se llamaba Sarah?

—Bueno, sé que me llega el correo de alguien que se llamaba Sarah, así que sí.

—¿Qué tipo de correo?

—Propaganda, supongo. Circulares raras de la iglesia... Los típicos sorteos...

—¿Qué hace usted con ese correo?

—Escribo: «Devolver al remitente» o lo tiro, supongo.

—¿Sabe que estropear el correo de otras personas es un delito federal?

De pronto tienes la sensación de que has dejado que se te enrollara una serpiente y de que esta está a punto de estrangularte.

—Era propaganda. Basura. Yo no he hecho nada con ese correo, se lo juro.

—Estaba bromeando. —Y te sonríe como una serpiente.

—Pues no parecía que estuviera de broma —respondes, un poco asustado.

—Es uno de mis problemas, señor Jamison. El sarcasmo puede confundir, a veces. Los franceses, por ejemplo, no son capaces de entenderlo.

—¿Los franceses?

—¿Ha estado en Francia?

Estás en peligro. Ahora ya lo sabes. Este tal Simon no es de fiar. Tienes que hacer que se marche, pero debes ser precavido.

—Mire..., esto... ¿Puedo volver a ver la televisión y acabarme el bocadillo, por favor?

—Claro, por supuesto.

Simon se dirige a la grabadora y la recoge de encima del sofá. Pero te das cuenta de que no la apaga. Sigue grabando. ¿Para qué le has dado permiso? ¿Qué le has dicho?

—¿Me va a decir de qué va todo esto? —le preguntas, y te sientes un poco invadido en tu intimidad y no muy seguro de qué es lo que te acaba de pasar.

—¿Hum? —pregunta Simon mientras mira la lucecita roja del aparato.

—La chica. ¿Por qué tanta historia? ¿A qué vienen esas preguntas?

—Oh, querría dejar que volviera a su bocadillo y a su agradable programa de televisión —responde, sin un ápice de otra cosa que no sea sinceridad.

—No, dígame —insistes—. Quiero saberlo. ¿A qué tanta historia?

Simon te mira a los ojos y eso hace que te cueste tragar saliva. Sientes el peso de su mirada. Estás confundido de diecisiete maneras diferentes, y la mayoría de ellas no las sabrías ni describir.

—Estoy investigando la posibilidad de que su apartamento esté encantado, señor Jamison.

Sueltas una carcajada. Ahora está de broma. Pero no, no sonríe.

—Está de broma —replicas. Te devuelve la mirada, pero no se digna a contestar. Está claro que no bromea—. Pensaba que era usted un periodista serio.

—Bueno, no soy responsable de lo que usted espere o no, señor Jamison. Buenas tardes.

Simon camina hacia la puerta y te sientes como si unas vacaciones divertidas estuviesen a punto de acabar. No se puede ir sin más. ¡Tienes que detenerlo!

—Oiga, ¿cómo se suicidó? —le preguntas a sus espaldas.

Simon se da la vuelta, con la mirada y la cara completamente inexpresivas. Como si te estuviera dando el parte meteorológico o el del tráfico en la autopista 405, te dice:

—Se cortó las venas, se asfixió, se ahogó en la bañera.

Te está tomando el pelo.

—¿Cuál de las tres? —preguntas.

—Se cortó las venas en forma de cruz... aquí y aquí —te indica moviendo la grabadora a lo largo de las muñecas—. Al parecer, lo hizo en la cama y después se fue a la bañera, donde de alguna manera se asfixió antes de ahogarse o de desangrarse.

No se te ocurre nada que decir.

—Dios... ¡Vaya!

—Sí. El rastro de sangre que había en la alfombra y que iba de la cama al cuarto de baño parece indicar que alguien la trasladó.

Hay algo en su mirada que te da miedo y algo extraño en su voz y en la manera en que pronuncia esas palabras. ¿Miente? ¿Sospecha de ti? ¿Quién es este tipo y por qué de repente te produce escalofríos, no por lo que te cuenta sino por su voz, su actitud y esos ojos negros?

—Vaya. —Intentas tragar saliva y no eres capaz de apartar la mirada.

—Pero no había signos de que hubieran forzado ni la entrada ni la salida. Ningún signo de que se hubiera producido la menor discusión. Todo el mundo la quería, no parecía que estuviera deprimida, no tenía enemigos y no era una persona religiosa.

Es como un hipnotizador, una especie de serpiente, y se te va a tragar entero de un bocado. Pero antes va a golpearte... No lo sobresaltes, no le dejes saber lo que sabes.

—Hum —dices.

—Hum —conviene él.

—Pues tiene gracia —comentas, aunque no se la encuentras—. Por las cartas de la iglesia, quiero decir.

—Sí —responde y te recompensa con una ligera sonrisa. Aparta un momento la mirada y luego te la devuelve. Sus ojos son como tazas de chocolate caliente, oscuro y dulce—. Supongo que no habrás guardado ninguna.

—No, lo siento. —Te arrepientes de no haberlas guardado. Te encantaría dárselas.

—Bueno, gracias una vez más por su tiempo, señor Jamison. Por favor, permítame que le dé mi tarjeta por si llegasen más cartas o por si apareciese algo de repente.

—¿Quiere decir como si oyera que alguien arrastra unas cadenas alrededor de la cama? —preguntas.

¿En qué estabas pensando antes? Este tipo es genial. Es alguien a quien puedes admirar de verdad; mola en todos los sentidos.

—Algo así.

—Ahora no se irá a subir al tejado a poner música de miedo para conseguir algo para su reportaje, ¿no? —le preguntas, y te sientes como un gilipollas en el mismo momento en el que pronuncias esas palabras. Tan solo intentabas bromear con él, hacerle saber que eres colega, alguien con quien tomarse una copa, alguien con quien

chocar los cinco de vez en cuando.

Simon sigue sonriendo, pero es el tipo de sonrisa que le dirigiría a un niño pequeño. Te ofrece su tarjeta. No responde a tu pregunta, se limita a apagar la grabadora y metérsela en el bolsillo. Se dirige hacia la puerta.

—Sabré encontrar la salida.

De repente sientes que no puedes dejar que se vaya. Tiene tal magnetismo y tal carisma que te mortificas por haber sido tan idiota. Le podrías haber dado respuestas más detalladas. Corres a abrirle la puerta, tratando de ser educado.

—Siento no haber sido de más ayuda, señor Would. Buena suerte con el reportaje. Lo llamaré si surge alguna cosa.

—Perfecto.

—Usted parece un periodista muy serio —dices, tratando de utilizar el halago menos transparente que se te ocurre. No crees que alabar su aspecto te vaya a dar muchos puntos.

—Gracias. —Apenas te está escuchando.

—Y seguro que le preocupa mucho escribir una buena historia.

—La chica —dice. Y vuelve a posar la mirada sobre ti.

—¿Qué?

—Quien me preocupa es la chica.

—Pero... —Vuelves a estar del todo confundido—. Está muerta, ¿no?

Sonríe.

—¿Y qué es la muerte, en realidad?

## Cartas muertas

Al tumbarte en el sofá, la cabeza se te queda en un ángulo extraño y miras la tarjeta de visita de color gris con letras negras en relieve. «Simon Would», pone, y debajo hay un número de teléfono con el prefijo «310». Tu mismo prefijo. A lo mejor vive cerca de aquí.

No pone ningún título ni profesión. Supones que se debe a que la gente ya sabe quién es. No como tú, que ni si quiera tienes todavía las tarjetas de Brighton Research. Deberías echarle la bronca a... alguien... para que te las consiga.

¿Y si Simon necesitara contactar contigo? Podría encontrarte aquí, como ya ha hecho. Pero ¿y si hubieras salido esta tarde? ¿Y si hubieras ido al restaurante y él hubiese venido y no te hubiese encontrado? No te habría contado los horrores que sucedieron en tu apartamento y no habría tocado el sofá justo donde ahora tienes la cabeza.

Pero tampoco habrías querido darle una tarjeta de la empresa porque eres músico, no un pringado. ¿Por qué no le has enseñado tu canción nueva? ¿Por qué no te ha preguntado por la guitarra? Quiero decir... Mírala, ahí como si estuviese lista para salir. ¿Por qué no has sacado el tema? ¿Qué te pasa?

Se te cae la tarjeta y va a parar al oscuro valle que hay entre el brazo del sofá y el cojín. Maldiciendo, metes la mano para sacarla, pero parece que se haya metido en una madriguera, por así decirlo, y tienes que sacar los cojines para recuperarla.

La tarjeta ha ido a parar entre tres sobres que están metidos entre la cama plegable (por eso pesaba tanto) y el brazo, enganchados entre unos muelles.

Tienes que sacar los sobres para poder sacar también la tarjeta, pero se sueltan con facilidad cuando pegas un pequeño tirón. En los sobres solo hay un nombre, ni dirección ni remitente. Y están cerrados.

Rebuscas por si encuentras algo más en el sofá aparte de polvo, pero no hay suerte. Vuelves a poner los cojines en su sitio y te sientas en el sofá, con los sobres en la mano como si fueran tus cartas en una partida de póquer. Y en los tres pone lo mismo: «Simon Would».

Solo en uno de ellos, el más pequeño y oscuro, hay más información de contacto. Ahora parece que tienes que decidir cómo jugar tu mano. Porque aunque no sabes a qué estás jugando, sabes que tienes unas cartas de la hostia. Sin saber muy bien qué hacer, decides aguantarlas.

## Aguantando tu mano

Hoy, en el trabajo, no te pasa nada digno de mención. Todo lo bueno ocurre cuando llegas a casa. Lo primero, tu apartamento está increíblemente cálido y se oye un zumbido. Todas las luces están encendidas, pero te las dejaste apagadas. Hueles a humo de cigarrillos, pero no puedes encontrar la fuente.

Las cartas, que habías dejado en un cajón de tu habitación, están dispuestas en el suelo del salón formando una cruz, con la tarjeta de visita (que te habías metido en la cartera) en el centro. Los nombres están todos boca arriba.

Todo lo demás está intacto.

Esto te acojona tanto que casi llamas a la poli para denunciar que alguien se ha colado en tu casa, pero no lo haces por miedo a que te tomen por idiota. Al fin y al cabo, las cartas no van dirigidas a ti. ¿Qué les dirías? «¡Alguien se ha colado en mi casa y ha encendido las luces y ha estado fumando! ¡De verdad!». Es una locura.

Tiene su gracia. Tú eres quien aporta las malas vibraciones que hacen que este sitio parezca un mausoleo. Soy yo quien le insufla vida a este lugar, incluso desde el más allá. De hecho, esta es mi casa. Yo estaba aquí en primer lugar, y en segundo y siempre. Nunca te has dignado a prestarme atención ni a mostrarte amistoso. No tienes ni idea de quién soy, ni de quién he sido. Tu mente es una habitación claustrofóbica y atestada que necesita expandirse un poco, pero te niegas a abrirte si no es a hostias. Sigues pensando que somos diferentes el uno del otro porque yo estoy muerta y tú estás vivo. Pero falta muy poco para que te des cuenta.

Tú eres triste. Triste. Y yo estoy feliz. Bueno, no feliz de verdad, pero estoy más o menos bien, a pesar del hecho de que soy un puto espíritu cabreado porque mi pobre y bonito cuerpo tuvo un mal final. A pesar de eso, bueno... sigo aprendiendo y creciendo, en este lugar, y eso que no tengo ningún mecanismo que me permita aprender o crecer. Por ejemplo, he aprendido a fumar desde el más allá. Tengo que mantenerlo en secreto, eso sí, porque de lo contrario todos los espíritus de los que estaban enganchados en vida vendrían a pedirme que les enseñara a hacerlo. Muchos espíritus tienen que pasar por el tránsito de nacer y tener unos nuevos pulmones antes de poder volver a fumar. Yo tengo una habilidad especial. Estoy intentando mejorarla para poder hacerlo en tu presencia.

Recoges las cartas con manos temblorosas. Todavía están cerradas. Tu mente no para de dar vueltas entre sus cuatro paredes mientras trata de encontrar una explicación lógica.

Se te ocurre que:

1. Te estás haciendo viejo y parece que te has olvidado de que pusiste las cartas formando una cruz como aquella en la que Nuestro Señor murió por nuestros pecados. El olor a tabaco te lo has imaginado.
2. Alguien te está observando y quiere darte por saco.

3. Ese alguien es un fantasma (bueno, ¿hola?). Creas o no en fantasmas, te dan miedo igualmente, así que te vas directo a la fuente de información más rápida y anónima que existe, la que ofrece toda la verdad: internet.

Encuentras muchos grupos de ayuda para quienes han recibido las visitas de fantasmas, aunque todavía no estás del todo preparado para admitirlo. (Por Dios, pero si no dejas de mirar hacia atrás por si me ves. Estoy aquí, leyendo lo que lees, no necesito inclinarme sobre tu hombro).

Madame Azura, la psíquica y sanadora telequinética, ofrece los siguientes consejos:

### Consejos importantes para los que han sido testigos de una aparición fantasmal

Los fantasmas no pueden adoptar una presencia física. Por lo tanto, cualquier cosa que veas o sientas al encontrártelos no será más que una creación interactiva entre tu estado físico y la huella que han dejado. En realidad no están aquí, sino que se trata de la repetición de algo que hacían en vida y que no tiene nada que ver contigo.

Puedes vivir con un fantasma si estás preparado para ser creativo. Por lo general, tienen unos objetivos muy simples y deben llevar a cabo unas tareas concretas, pero como ya «no están entre nosotros», no las pueden realizar. A ellos les supone un terrible problema, y por eso se suelen expresar mediante los característicos aullidos, golpes y sustos.

La mayoría de las veces, lo único que hace falta para acabar con su aflicción o hacer que se vayan de un lugar es poner flores en su tumba, mover un mueble o bendecir la casa. A menudo, los espíritus se sentirán tan agradecidos que recompensarán a los vivos con una devoción similar a la de un perro.

Algunas veces no será tan fácil de cumplir ese objetivo o será la persona viva quien no está dispuesta a cumplirlo. Gritar cosas como «¡Fuera de aquí!» solo hará que los fantasmas se hagan más protectores con su espacio ya que no les gusta que los vivos los molesten. En estos casos, lo mejor será recordar lo siguiente antes de tomar una determinación:

Los fantasmas no te pueden hacer daño. Pueden asustarte, pueden hacerte sentir escalofríos, pueden hacer que se te acelere el corazón o pueden paralizarte por unos momentos al entrar en una habitación. Pero todas esas sensaciones físicas se deben a la incapacidad de la persona viva de aceptar una presencia incorpórea y al miedo instintivo que tenemos a la muerte. Una vez consigues superar ese miedo, el fantasma pierde su poder.

Un fantasma no puede hacerte daño, pero cuidado: sí puede alimentarse de la energía de los vivos y hacerse más fuerte gracias a su miedo y a su dolor. Otras clases de fantasmas pueden alimentarse del amor o de la ambición de los vivos. En ciertas ocasiones puede llegar a generarse una relación entre el vivo y el muerto en la que el segundo se alimenta del primero y viceversa.

Esas son las situaciones más peligrosas, ya que la persona viva parece un fantasma y el fantasma parece estar vivo. Las diferencias entre uno y otro se diluyen. Ese tipo de retroalimentación solo puede generar desgracias y malignidad. El fantasma no puede seguir su camino espiritual hacia un nuevo cuerpo o hacia un nuevo comienzo, y el vivo pasa los días en un estado parecido a la muerte. La mayoría de los fantasmas y de los vivos comprenden esta situación y respetan mutuamente el espacio y el viaje del otro.

En algunos casos extremadamente raros, la pérdida es tan grande o la fascinación tan enfermiza que una persona viva decide entrar en el reino de los muertos. Los fantasmas no te pueden hacer daño, pero tú sí te lo puedes hacer a ti mismo. Cuidado con tus propios demonios cuando trates con espíritus.



## Sigues aguantando tu mano

Las alarmas que están sonando ahora mismo dentro de tu cabeza suenan tan alto que hasta yo puedo oír las. Piensas en ese tipo guapo, Simon Would, y la manera en la que dijo: «Quien me preocupa es la chica». ¿Y la frase con la que se despidió?: «¿Y qué es la muerte, en realidad?».

Claro que sabes qué es la muerte en realidad, no me jodas.

No quieres ni tocar los sobres, pero de una cosa estás seguro: quieres que salgan de casa ya mismo. Dios, ¡mírate ahí, retorciéndote las manos y dando vueltas alrededor de la cruz de papel!

De haber sabido antes que esto iba a ser tan efectivo...

¡Cálmate! Escucha. Todo esto es algo muy inocente, en realidad. Estás descolocado por culpa de toda esa desinformación que acabas de sacar de internet. Soy una experta en trucos psíquicos de primer nivel y, créeme, ninguno de ellos se parece en nada a lo que dice *madame* Azura. O Edna Hobokoppin, que es como se llama en realidad. No te miento.

Es bajita y achaparrada, y tiene una cara pálida de pudín con los ojos saltones. Se gana la vida dando consejos sobre salud, dinero y amor que no valen más de dos centavos por dos dólares el minuto. Su vida laboral ha consistido en trabajos como tarotista telefónica y, cuando un mes iba mal, completaba el sueldo en las líneas eróticas. O cuando alguna de las otras chicas no iba a trabajar. Se ha hecho un nombre porque también le ha vendido a la gente que puede contactar con los muertos, pero hace más dinero con los exorcismos y las canalizaciones que leyéndoles el futuro a los desesperados.

No es que *madame* Azura sea una bruja buena o mala: en realidad, no es ninguna bruja. Tan solo es fea y está vieja. Sus poderes son tan impresionantes como los de una rebanada de pan. Aunque a los hambrientos de espiritualidad les fascine. Te cuento todo esto sobre Edna porque te has creído al pie de la letra sus consejos, que no son más que pura mierda.

No tiene ni idea de conectar con espíritus. La razón por la que en algunas ocasiones puede oír una voz del otro lado es porque se comporta como una operadora de *telemarketing* pesada con un sexto sentido para saber cuándo hay alguien al otro lado de la línea que está dispuesto a comprar lo que sea. Una vez ha conseguido hacer que te pongas al teléfono, te dice unas cosas tan raras que hace que flipes. No tiene ni idea de posesiones, pero su energía resulta tan repelente para los espíritus, que normalmente prefieren mantenerse alejados de ella.

Es una tía muy aburrída. No ha ido a una fiesta en toda su vida y tampoco lo hará después de muerta. También es terriblemente pesada. Cuando le pone las manos encima a un espíritu, le da la paliza como si fuera una profesora estúpida y miserable.

No es que sea mala persona ni nada de eso, pero es que su alma es muy nueva. Y es idiota. Es que la conozco de hace mucho tiempo. Durante un mes trabajé en una

línea erótica por nueve dólares la hora (¡aaaayyy!) y hacía horas extras en el tarot. Edna era la peor de todas, que ya es decir porque todas dábamos bastante asco (incluida yo, ¿eh?; pero luego te cuento), porque era propensa a dar unas lecciones de moral por el teléfono que dejaban a todo el mundo hecho polvo.

Le gustaba hacer llorar a los clientes. En ese sentido era buena en su trabajo porque, una vez que los dejaba hechos una mierda, necesitaban que les dijera qué tenían que hacer, a dos dólares el minuto de los que se llevaba una comisión, para sumar a los nueve dólares la hora, porque era de las veteranas.

Yo dejé el trabajo después de recibir la primera paga y me di cuenta de que sería mucho más feliz interaccionando directamente con la gente en vez de aguantarles las mierdas. Dos años más tarde, cuando trabajaba en una oficina, una compañera de trabajo me hizo un regalo de cumpleaños: una tarjeta regalo para una tirada de cartas telefónica (va en serio) con su psíquica favorita: *madame* Azura. Pero como yo tenía amigas que eran psíquicas y nunca está de más tener otra más y nunca rechazo nada que sea gratis...

También está el hecho de que no utilizaba ese nombre cuando yo trabajaba con ella. Por aquel entonces, se hacía llamar Madame Kystal y yo la conocía como Edna, así que tampoco me sorprendí demasiado cuando marqué el número y me di cuenta de que mi compañera de trabajo era gilipollas y que a Edna la habían ascendido. Si hubiese sido psíquica de verdad debería de haber reconocido mi voz (lo que es empíricamente demostrable porque hasta tú reconoces mi voz y solo me has conocido muerta). Al menos habría podido recordar que mi nombre era el de una antigua compañera, pero o era demasiado olvidadiza o demasiado «profesional» como para admitir que había reconocido mi voz.

Lo primero que me dijo fue: «¡Estás evitando enfrentarte a la verdad!».

¿Qué te parece como pronóstico? ¿Me estás escuchando? ¿A quién llamas? ¿De verdad vas a llamar a esa mierda de tarotista telefónica para cabrearme? Vale. No me importa.

¿Pero qué crees que me va a hacer? ¿Aburrirme hasta la muerte? ¡Que ya estoy muerta! (Mira, por ejemplo: una de las cosas que te dirá una psíquica de verdad es que hay una gran diferencia entre fantasmas y espíritus. Los fantasmas ¡No saben que están muertos! Joder. Yo soy un maldito espíritu).

Te mantienen a la espera. Por cierto, son tres con treinta y cinco dólares por minuto (dos era cuando trabajaba en aquella empresa, pero esta es su propia línea). Esa música de espera es divertida, ¿no? Ahora ya sabes por qué se llaman a sí mismas «Madames», porque regentan una especie de burdel. Putas espirituales de alto nivel. Bueno, yo tampoco soy quién para hablar. Quiero decir que nunca he sido puta, pero sí un poco zorrón. Y supongo que si trabajé en la línea erótica durante una semana eso me convertía en una puta... Pero ahora estoy muerta, así que ¿a quién le importa?

Por Dios, Dick. Te va a violar. Escúchame porque voy a decir tu nombre:

—Dick.

Eso es, mira a tu alrededor. Ya sé que odias que te llamen «Dick». Pues yo odio que me ignoren.

Tu radio se enciende y Kurt Cobain canta «Viólame, viólame, amigo».

No lo puedes soportar. Se te cae el teléfono y vas a apagar la radio.

Yo tampoco lo soporto más. Ya has tirado nueve dólares y todavía no has conseguido hablar con nadie, por eso cuelgo por ti. Sí, lo siento, eso que oyes es el tono de llamada.

Oh, mierda. No llores. Vamos.

No me gusta hacer llorar a la gente, especialmente a los chicos como tú que se sienten incómodos con la demostración de sus sentimientos. Vamos, va. Yo solo...

Lo siento, Dick. Richard. Perdóname, es que me he dejado llevar, supongo...

¿Buh?

## Miras tus cartas

Pero mírate: llorando por culpa de un fantasma. Debería darte vergüenza. Compórtate como el hombre que sabes que eres y mira tu mano. Mira las cartas, por Dios.

Ponlas sobre la mesa.

La tetera empieza a silbar y sostienes las cartas sobre el chorro de vapor. No es que hayas abierto antes ninguna carta con vapor, pero no puede ser tan difícil.

Tu objetivo es evitar tener cualquier tipo de problema, pero tienes que saber qué es lo que tienes en la mano antes de jugar tus cartas. Consigues despegar el pegamento medianamente bien. El papel se arruga pero será fácil de arreglar. Quién sabe cuánto tiempo habrán estado los sobres escondidos dentro del sofá. Lo que no parece que tenga sentido es... Bueno, léelas y a ver qué piensas. Están escritas a máquina y las lees sin ningún orden en particular:

Querido Simon:

Sé que esto no nos va a hacer bien a ninguno de los dos, pero como no consigo encontrarte, te mando una carta muerta.

Ja, ja.

Con amor,

Sarah

La siguiente carta está abombada en una de las esquinas, en la que hay un bulto duro. (Si todavía vas al colegio, puedes añadir «parece que se alegra de verte» al final de la frase, ya que tampoco es que sea mentira).

Querido Simon:

No me mates esta vez. Perder el trabajo, a tu mujer y el contacto con la realidad no es la recompensa que estás buscando. Aquí no hay más misterio que el que tú estás creando. Estamos obsesionados el uno con el otro. ¿Y qué? Yo llevo bastante bien esa obsesión. Tú también puedes sobreponerte a la tuya. Al fin y al cabo, sigues aquí.

Te adjunto un regalo. ¡Tiene mucho significado para mí!

Con amor,

Sarah

El bulto resulta ser una cuenta azul de madera. ¡Un regalo!

Querido Simon:

Por qué estás haciendo esto?

Me buscas a mí, a ella, una respuesta o te estás buscando a ti mismo?

Cómo harás para ponerte a ti mismo ante la justicia?

No sabes ya que nunca llegarás al fondo de este asunto?

De verdad.

Sarah

Ahora tienes algo muy extraño en tus manos, húmedo de vapor y que no tiene

ningún sentido. No tienes ni la más remota idea de en qué te has metido. De pronto te pones a pensar en Ethel, la del piso de abajo, y en sus paredes que «lloran».

También piensas en cómo las luces se encienden y se apagan solas y en esa voz extraña de mujer que parece que esté cantando en tu misma casa.

Sabes que la cama se ha movido sola alguna vez y recuerdas aquella ocasión en la que tuviste un sueño que hizo que te despertaras de golpe, paralizado, y tenías la certeza de que había algo en tu habitación.

No puedes seguir negando la evidencia. Ahora ya sabes que tu apartamento está encantado.

Buscas en el aire a tu alrededor, no muy seguro de donde puedo estar, pero decides probar suerte:

—Hola, Sarah —susurras.

Hay un breve silencio y de repente se enciende la radio.

¿Lo ves? Sé que te gusta Neil Diamond.

«Hola, amigo mío, hola», dice Neil.

## Juegas tus cartas

Y ahora caes en la cuenta de que ese sofá me perteneció y que, de alguna manera, ha conseguido encontrar el camino de vuelta.

Vuelves a cerrar los sobres lo mejor que puedes, lamiendo el pegamento en los mismos lugares por los que Sarah (o Simon) pasó la lengua.

No se pega tan fácilmente, así que pones una gota de pegamento en la uve de la solapa y los pones debajo de unos libros para que recuperen su forma original.

Sea lo que sea que quieren decir las cartas, está claro que son algo... algo para la policía, o para Simon, o algo que podrías usar contra Simon.

Llamas al número que aparece en su tarjeta de visita.

«Has llamado al buzón de voz de Simon Would. Por favor, deja tu mensaje y te devolveré la llamada cuanto antes. Si se trata de una emergencia, por favor llámame al...».

¿Que se supone que es una emergencia? ¿Un incendio, una amenaza de bomba, Jesucristo bajando del cielo? ¿La aparición del espíritu de la víctima de un sangriento asesinato?

¡Sí! ¡Es una puta emergencia! ¡Llámalo de una puta vez para que podamos acabar con esto! ¡Gracias!

Cuelgas el teléfono, a punto de ponerte a llorar de nuevo porque me acaba de dar un pronto y, aunque te sigues resistiendo a creer en mí, te doy miedo igualmente.

Apagas la radio (a la que acababa de subírsele el volumen hace un instante). Vale. Siento haberte disgustado, pero es que necesito que me entiendas.

Escucha (sé que no lo vas a hacer, pero no puedes culpar a un fantasma por intentarlo): te necesito. Sé que la vas a cagar de mala manera, pero ahora mismo eres mi única esperanza. No tengo la menor intención de asustarte, pero es que tienes menos intuición psíquica que una pastilla de jabón.

Te cantaré una nana mientras esperamos a que Simon devuelva la llamada. ¿Quieres? No, por supuesto que no.

¡Suena el teléfono!

Oh, mi querido Simon, con esa voz tan dulce... Me tengo que meter en el teléfono, disculpa por el ruido de estática.

—¿Señor Would?

—¿Quién es? —te contesta con un gruñido.

—Soy Richard Jamison. Vino usted a mi apartamento.

—¿Ajá?

—No sé si esto se podría calificar como emergencia o no.

—Está bien, Dick.

—Por favor, es Richard. O Rich.

—Vale...

—Es que... Verá, me encontré un sofá en la calle que tenía pinta de estar bien, y

como yo no tenía...

—Lo vi. Era un sofá bonito, sí.

—Bueno, pues un tipo me ayudó a subirlo a casa y, después de que usted viniera, su tarjeta de visita se me cayó entre los cojines, y cuando fui a recuperarla me encontré con tres cartas.

—Vale...

—Y pone su nombre en los sobres.

Silencio.

Parece que el teléfono se entrecorta un poco. Oyes la conversación de otra persona, una mujer que está diciendo: «... Está casado, ya sabes...».

Entonces tú preguntas:

—¿Sigue ahí, señor Would?

—Le hablo desde un móvil, perdone si se corta. ¿Quiere que vaya para allá?

Claro que quieres. ¡Sí! ¡Di que sí!

—¿Se las puedo llevar yo?

No me puedo creer que acabes de decir eso.

El teléfono ha muerto. Muerto, Dick. Está más muerto que la anterior inquilina de tu apartamento. ¿Ahora qué quieres hacer?

Viene para acá. Deseas tener algo más fuerte que esa cerveza floja que sueles beber. Pero bueno, os tendréis que tomar lo que tienes.

¿Y yo qué quiero hacer? Esa es la pregunta que importa. Creo que me quiero dar un baño. En el piso de abajo, las paredes empiezan a llorar. Tú también empiezas a llorar. ¿Qué ha pasado? ¿Qué he hecho bien? ¿Qué he hecho mal? ¿En qué plan va a venir Simon? Ahora que está oscuro. Ahora que va a ver las cartas. Ahora que sabe que nosotros... (Quiero decir él y yo, no tú).

Estoy paralizada.

Y tú estás aquí.

Pero yo, ¿dónde estoy? ¿Dónde están las señales que me indiquen el camino? No tengo un plan. Simon está viniendo, pero no es el Simon al que yo conocía, no el que existió de verdad, sino este otro Simon al que le importa una chica. No está enfermo, ni borracho, ni le persigue un fantasma; está bien. Y tú y yo estamos aquí solos, esperando. Lloras. Las paredes también lloran y yo, que soy un fantasma, también estoy llorando porque no sé por qué estoy muerta, pero lo sabré tan pronto como entre por esa puerta, tan pronto como vea las cartas, tan pronto como...

Dios mío. ¿Qué me ha pasado?

## Leyendas urbanas

Simon va en coche al apartamento de Sarah.

Por supuesto que debería saber que ya no es el apartamento de Sarah. Uno debería mostrar más respeto por los vivos que por los muertos, al menos en lo que respecta a la vivienda.

Simon va pensando en leyendas urbanas mientras conduce.

Es incapaz de recordar cómo empieza la primera, pero es así: un chaval de instituto (a quien vamos a llamar Billy) es el causante de la muerte de su amigo (a quien llamaremos Eric), y nadie lo sabe. Billy tiene miedo de que lo persiga el fantasma de Eric, pero ha oído que si vas a la tumba de alguien que te podría perseguir después de muerto y le clavas un cuchillo exactamente a medianoche, el fantasma se lo clavará al salir de la tumba y lo dejará sin fuerzas para ir a por ti.

Así que Billy, temblando como un flan, va al cementerio con un cuchillo, un rato antes de la medianoche (también se supone que tiene que decir algo, unas palabras mágicas) y se acerca a la tumba de Eric. Recuerda lo que ha hecho (al igual que las palabras mágicas, esto es un McGuffin, un recurso) y, justo cuando dan las doce, clava el cuchillo en la tumba de su amigo (y dice «¡Abacadabra!»).

De pronto, algo agarra a Billy desde abajo y una mano se le clava en el pecho.

Por mucho que lo intente, no puede liberarse y le estrujan el corazón hasta que muere.

A la mañana siguiente, la policía encuentra el cuerpo de Billy sobre la tumba de Eric. Se había enganchado la camiseta con el cuchillo y se había muerto del susto.

(¿Lo pillas? Vale, ¿y por qué no se rompió la camiseta? Porque Billy no tiró tan fuerte como para romperla: estaba demasiado acojonado. Esta historia es relevante para ti porque estás pensando en quemar las cartas, en quemar el apartamento entero para librarte de mí. Pero acabarás por incinerarte a ti mismo en el proceso, Dick. Créeme, si le echas huevos todo irá bien. Tómate otra cerveza).

Simon se detiene a recoger a una Sarah autoestopista y llevarla a su destino. (A veces, Sarah está llorando, otras veces no dice nada, y otras sonrío con tristeza).

Simon no tarda en descubrir que lleva muerta entre uno y cien años, y que ha estado llevando en el coche a su fantasma, que aparece (en el aniversario de su muerte o en una noche de niebla) porque murió en esta misma carretera (en una tragedia horrible). Esta leyenda urbana le añade una revelación sobrenatural a lo ordinario. La chica de la curva es relevante para Simon, porque cree que de vez en cuando la ve reflejada en el espejo de su casa (y al girarse no hay nadie, por supuesto), o en el retrovisor del coche (lo mismo) o dando vueltas alrededor del apartamento. (Deberías saber que a menudo acostumbra a merodear por los alrededores de tu casa. Te ha estado espiando desde que llegaste, pero le aburre hacer de mirón).

Además de pensar en leyendas urbanas, Simon también piensa en las quinientas o

seiscientas páginas que ha escrito sobre el asunto Sarah While y que lleva en el maletero.

Se plantea muy en serio cogeros a ti, al libro y a las cartas y llevaros a un lugar remoto para que los dos podáis llevar a cabo un pequeño ritual de quema del manuscrito. Entonces, cuando le pregunten (sus antiguos amigos, su exmujer, la hija a la que no ve, y su agente) qué tal va el libro, podrá responder con indiferencia: «Ah, pues lo quemé».

En ese momento, se les desencajará la mandíbula y los ojos se les saldrán de las órbitas, ya que lleva años poniendo excusas para no hacer esto, aquello o lo de más allá porque tenía que escribir el libro.

Entonces harán la misma pregunta inevitable y de dos palabras que Job le hizo a Dios: «¿Por qué?».

A lo que Simon responderá con su característica sonrisa de «se derrite en tu boca, en tus manos y en la tundra ártica»:

—Lo quemé porque estaba muerto.

No.

No va a llegar a ese punto.

En lugar de ello, se detiene en una licorería.

Entonces da la vuelta y regresa a casa.

## Sexista y discriminatorio

La vida no es del todo justa con Sarah, ya que solo puede elegir entre morir, estar muerta o encantar algún lugar. Aunque supongo que, visto así, a todos nos pasa lo mismo. Que le den por culo.

El que Sarah no haya tenido más opciones que la muerte violenta y la descomposición es sexista. Esto también se le puede aplicar a la pobre máquina de escribir. Ha acabado con el cabezal abierto y la cinta arrancada. Además, el aparato ni siquiera tiene la oportunidad de decir nada acerca de su propio destino.

La máquina de escribir también ha recibido un trato discriminatorio por la manera en que la han sacrificado sin haberle dado la oportunidad de decidir por sí misma. (Imagina que eres una HP eléctrica. Nunca has tenido mucho en lo que pensar porque vives en una caja, pero un buen día te quedas obsoleta. ¿Y si encima se te enganchan las teclas? Te dejan de lado).

Y ese objeto que era Sarah, ¿qué es? ¿Qué es esa máquina de carne, huesos y sentimientos que tenía vida propia y que no se daba cuenta de que había alguien que la creaba, que jugaba con ella y que la destruía?

¿Puedes entender que han jugado conmigo? ¿Que me han utilizado? No es una cuestión de justicia, sino de expresión. ¿Qué me han dejado decir? Nada. ¿Quién ha escuchado mi voz? Nadie a quien le importase.

No conseguí cantar lo que necesitaba cantar. No tuve la oportunidad de hacer lo que más quería en el mundo. Y por ese motivo estoy aquí atrapada, intentando hacer que me escuches.

Siempre igual. Estoy aquí, pero no. Soy un fantasma, una no-persona de lo que tiempo atrás fue esta persona.

No quiero resucitar, solo quiero mi propia voz.

Y Simon y tú sois mis únicas esperanzas.

Y os odio a los dos por eso.

## Cita nocturna

¿Dónde estás en este preciso instante?

Pienso que a lo mejor todavía estás en el trabajo, mirando la pantalla del ordenador. Desearía que sonase tu teléfono, y contestaras «hola» con esa voz tuya. Esa voz. No obtendrías una respuesta porque no me habrías conocido nunca. Aun así, sabrías quién soy.

Pensaría en decirte algo, pero cambiaría de opinión. Te diría que es él quien está haciendo mi trabajo sucio. Y vaya que si es un trabajo sucio. ¿Sabes por qué decidiría no decírtelo? ¿Sabes por qué prefiero que lo averigües tú solito? Porque quiero ver qué cara pondrás cuando lo hagas.

No tendría precio. Es por eso.

¿No va siendo hora de que vuelvas a casa? ¿No tienes una cita esta noche? Te ha prometido enseñarte una prueba física, dimensional y reproducible de que no se ha pasado todo ese tiempo en casa limitándose a volverse loco poco a poco. (Bueno, eso ha sido algo más rápido).

Te va a mostrar las páginas, la prueba. Créeme: no quieres quedarte hasta tarde y hacer que te tenga que esperar en la puerta de tu casa. Porque forzará la cerradura y te esperará dentro, a oscuras. Conozco a Simon.

Quiero llamarte.

Pero no lo haré. Vete a casa, Dick. Tú solo vete a casa.

La puerta de tu apartamento está abierta, tan solo una rendija. Dentro está a oscuras. Tenías un plan, ¿recuerdas? ¿Tienes la botella? ¿Estás armado?

—¿Simon? —llamas—. ¿Simon, estás ahí?

Yo estoy aquí sentada, en la oscuridad. En mi casa. Tu casa. Su casa. Puedo saborear tu miedo y eso me hace reír como la niña pequeña que fui. Es una risa de placer absoluto. «No me tires flores... No te rías demasiado de mis chistes o la gente dirá que...». ¿Te acuerdas de cuando viste el musical *Oklahoma!*? La cancioncilla es pegadiza, pero he cambiado un poco la letra: «La chica muerta y el chico vivo deberían hacerse amigos...». Es pegadiza. Entra, por favor.

Ya te lo he dicho antes y te lo voy a repetir una vez más, como una especie de «te lo dije» tan evidente como tu nariz: nunca, nunca has estado solo. Tienes un fantasma en casa.

Oyes el clic, clic, clic. Hay alguien en la bañera.

¿Adivinas quién?

¡Venga, prueba! ¿Soy yo? ¿Es Simon? ¿Nuestro Señor Jesucristo? No te lo puedo decir: ¡es una sorpresa! Si te lo digo, la estropearé... Oh, Dios mío, ¡no lo aguanto más! Qué ganas tengo de verte la cara cuando veas...

## La verdadera Sarah While firma sus cartas así

La verdadera Sarah While se siente como una mierda.

Le ha bajado la regla de repente y la sangre le empapa los muslos.

Tiene un bajón de ácido, y resaca, y está durmiendo en el suelo de alguien. Se tambalea hasta el lavabo. En el espejo frente al cual la noche anterior estuvo mirándose durante lo que parecieron ser horas, siente que está contemplando una aparición.

Anoche parecía un ángel, una santa, una visión benevolente. Ahora puede verse todos los poros y la cara, en diferentes tipos de rojo, enojada y ardiente. Tiene los ojos inyectados en sangre, y las pupilas son agujeros sin fondo. Parece que tenga la misma edad que su alma, y esta es muy antigua.

Podría sentirse aterrorizada, pero en lugar de eso se dice que espabile, que tampoco está tan mal. Es humana, al fin y al cabo, y todo lo que nace muere, y lo que muere se descompone. Se quita la ropa sucia y se sienta en la bañera, que tampoco está muy limpia, para que el chorro de la ducha le dé en el cuerpo. Usa el champú, el jabón con pelos pegados y la esponja.

¿De quién es esta casa? ¿De quién es esta bañera? ¿De quién es este jabón? Tiene imágenes de gente, pero no sabe quiénes son.

Pero ella es una vagabunda, y toda esa gente es amable con los viajeros. Sabe que es bienvenida sin que le haga falta preguntar.

Ahora lo importante es volver a casa. Se escabulle a primera hora de la mañana, dejando la fiesta de pijamas para los que siguen durmiendo y una nota llena de flores y corazones y un sol en espiral. «¡Paz! ¡Amor! ¡Gracias!».

Firmado: «La Verdadera Sarah While».

## Entregando las cartas

Ahora mismo voy a tener que joderte la concepción que tienes del universo. Si hubieras tomado otras decisiones, todo esto se habría acabado ya. Pero como te he dado por culo, eres libre de volver atrás y buscarte una carretera bonita que te lleve a un final feliz.

Todos los finales son felices en comparación con lo que está a punto de ocurrirte.

Pero te pondré delante un último final feliz cuando vayas por la parte más sofocante, sucia y desagradable. No será más que un sueño, pero ¿qué es la vida, si no? Por ahora, todo está a punto de explotar y la desagradable verdad sobre el verdadero Simon Would no puede seguir escondiéndose detrás de la armadura de tipo alto y guapo que creé para que hiciera aparición en tu apartamento. (Lo siento, yo también le voy a echar de menos).

Suena el teléfono. Pegas tal salto que derramas la cerveza (cosa que, como siempre, me parece de lo más hilarante).

Corres a cogerlo.

Es Simon Would, aunque suena como si estuviera bastante borracho.

—Escucha... ¿cómo te llamabas? —le grita al teléfono.

—Richard. Jamison —respondes.

—Te voy a dar mi dirección, Dick. Coge esas cartas y conduce hasta aquí. ¿Comprendes? *Capiche?* ¿Lo pillas?

Apuntas con mano temblorosa la dirección que te da. Aunque no te he molestado desde lo de la bañera vacía pero goteante (¡Sorpresa! ¡Ja, ja! ¡No hay nada! O, al menos, no lo hay ahora. Deberías haber visto el estropicio de hace un año. ¡Yujuuu!), estás más que deseoso de salir de tu apartamento.

Simon vive en lo que hace tres años era el barrio más de moda de Los Feliz. Esa moda ha dado paso a una rápida decadencia, pero todavía es un sitio de la hostia. (Si crees que este sitio es agradable, deberías haber visto su hogar dulce hogar cuando vivía en Beverlywood y aún tenía mujer, hija y trabajo). Se puede permitir el lujo gracias a su herencia y al crédito de la tarjeta. Está de excedencia para escribir un libro, pero no dejará que nadie en absoluto lea una sola línea hasta que lo haya acabado.

Ya hace un año que su agente dejó de llamar, gracias a Dios. Cuando sus editores lo enganchen, le van a dar por culo. Pero él piensa en volarse la tapa de los sesos antes de que eso pase.

Le falta muy poco para tener las suficientes palabras como para enterrar a Sarah y a sí mismo. De hecho, ya tiene el agujero y le falta muy poco para tener la tierra suficiente. ¿Pero tú qué sabes de todo esto? Nada.

Te sientes impresionado al ver la casa de Simon por fuera. Impresionado, envidioso y codicioso. Pero eso va a cambiar en el mismo momento en que pongas un pie dentro. Llamas al interfono, pero no responde. Vuelves a llamar. No hay

respuesta. Estás a punto de irte a esperar al coche cuando su voz cruje a través del aparato.

—¿Qué coño quieres?

—Simon... Soy Richard Jamison.

—¿Y?

—Me has dicho que viniera.

*Crec, crec.* Y la puerta se abre con un zumbido.

La entrada brilla con una iluminación intensa y hay espejos por todas partes. Te quedas embelesado.

Número nueve.

La puerta está entornada. Llamas y entras. Ahogas un grito.

Los lugares encantados raras veces resultan saludables o felices; están jodidamente fríos y dan miedo. Quieres salir de allí corriendo y gritando. No importa que creas o no en los fantasmas, pero si resulta que te encuentras con uno, te vas a cagar encima. (Yo no soy un fantasma, por cierto: soy un espíritu; la diferencia es enorme).

El miedo y el dolor son dos putas amargadas que te violan en la oscuridad antes de que tengas tiempo de decir: «¡Jack el Destripador!». Son las bases de la condición humana.

Él me mantiene en este mundo, así que yo lo mantengo aquí, lamentándose, lisiado, borracho, con coágulos en el cerebro y enfermo de tuberculosis y de muchas otras cosas que estoy deseando probar con él. No tiene ni idea de lo que estoy tramando. Nadie conoce mi plan. Está guardado en una caja bien cerrada dentro de un agujero oscuro, en un rincón lejano donde no lo encontrará hasta que sea demasiado tarde. Yo lo convertí en un gilipollas pirado, obsesionado, perseguido por un fantasma y a quien le falta un hervor y con el que alguien, en algún lugar, se supone que tiene que sentirse identificado. Pero Dios sabe que conmigo no se identifica. Me tiene miedo. Y por eso me mantiene de esta manera: sin voz. No es capaz de oírme.

Es terrible. Tú, que eres un imbécil que no se entera de nada, puedes oírme y este payaso me tiene aquí atada y amordazada en su intento de analizar... ¿el qué? Pues lo que ya sabe y a lo que le tiene miedo.

Le aterroriza el que pueda escaparme y contar lo que me pasó de verdad.

En cierto modo, ya lo he hecho. Simon vino a casa pero ese no era el verdadero Simon Would. Ese era el personaje que creé para que otra Sarah tuviera un final feliz.

¿A que estaba guapo? Dios. Desearía que fuera el de verdad.

Tú, pobrecito, todavía crees que lo es y te cuesta reconocer a esa sombra de lo que Simon fue y que ahora mismo tienes delante.

Y sí, su casa está encantada de una manera más bestia que la tuya. Si la tuvieras que describir con una canción infantil, «noventa y nueve botellas verdes en la pared» sería la más acertada, y si fueran de Jack Daniel's y estuvieran vacías, daría en el clavo. Tiene otra en la mano y te la tiende.

—¿Bebes?

—No, gracias —respondes.

—Pues me bebo tu parte. —Y hace lo que dice.

—Estás... diferente —dices con toda la educación que te es posible.

Está hecho una mierda. No reconoces al dios de bronce que vino a tu casa.

—Ahórrame las comparaciones conmigo mismo. ¿Es verdad que tienes algo para mí o has venido a chuparme la polla?

Abres el maletín con cuidado y le das los tres sobres cerrados. Simon los examina.

—Vale. ¿Cómo coño has conseguido esto?

—Bueno, tiene gracia —respondes, y piensas en que de verdad la tiene (pero una gracia en plan raro) porque ya se lo has contado—. Estaba mirando tu tarjeta de visita, se me cayó entre los cojines del sofá y estas cartas estaban ahí. ¿No te lo había dicho por teléfono?

—Para serte sincero, Dick, no me acuerdo de una mierda.

—Richard, por favor. O Rich.

—¿Las has escrito tú, Dick?

—Ya te he dicho que me las he encontrado. Y por favor...

—¿Ahí, en tu sofá?

—Sí, la verdad es que es una casualidad y...

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, no te estoy tomando el pelo.

—Dices «pelo» como si fueras una nenaza. ¿Eres una nenaza?

—Eh... No.

(¡Mentira! Bebes cerveza de la floja).

—¿Eres marica?

Esto sí que te deja hecho polvo. Casi nunca te acusan de nada, y menos de ser marica.

—No —respondes con cara de ofendido.

(Pero para saber si algo te gusta, hay que probarlo).

Simon da otro trago a la botella y cojea hacia la encimera de la cocina, donde encuentra un cigarrillo.

—¿Te has caído, o algo? —inquieres.

—*Quoi?* —pregunta Simon, y se enciende el cigarrillo.

Cierras la puerta detrás de ti y te aclaras la garganta.

—Antes no tenías esa cojera.

—¿Vas a quedarte mucho rato?

—Bueno, yo... —Te sientes insatisfecho y requieres una satisfacción—. Dices que no conocías a Sarah, pero creo que a lo mejor era tu novia.

—¿Has dicho que eras gay? —salta.

—He dicho que no lo era —respondes.

—Yo sí —suelta Simon, y exhala un precioso anillo de humo—. Soy maricón, ya ves. Así que no tengo «novias». Claro que conozco chicas, que son amigas mías y que me dejan ponerme emotivo cuando lo necesito y me sacan a pasear con sus otros amigos maricas. Ese no es el tipo de amigas a los que uno llama «novias». ¿Verdad, Dick?

—Cierto. —Lo miras mientras habla, y observas la manera en la que se le mueven los labios al pronunciar las palabras y el humo se le escapa, retorciéndose, de la boca. Antes querías ser él; parecía intocable. Ahora sientes una extraña compasión por él. Parece infinitamente tocable.

—¿Te vas o no? —pregunta.

—No.

No te vas a ir. Ves a Simon como lo viste por primera vez y como es ahora, a la vez, y las dos imágenes juntas forman tres dimensiones que carecen de sentido pero al mismo tiempo sí que lo tienen. En tu cabeza hay una máquina de discos que pone una canción que te pone tan nostálgico, tan triste y tan tierno que no sabes qué hacer, pero sí sabes que necesitas recomponerte.

—Háblame de Sarah —le ruegas.

Simon suelta un suspiro profundo y triste, y camina hacia ti. El humo se te mete en los ojos y te nubla la vista.

Tiene los labios ligeramente curvados hacia arriba y un destello maligno en los ojos, pero su cara está tan cerca de la tuya que te dan ganas de besarlo o de pegarlo.

—Te propongo un trato, Dick. Por los viejos tiempos. Te diré todo lo que quieres saber sobre Sarah si te arrodillas ahora mismo y me la chupas.

Por alguna extraña razón que se te escapará durante el resto de tu vida, aceptas el trato.

Mientras le chupas la polla a Simon, no dejas de darle vueltas a la frase «por los viejos tiempos». Te das cuenta de que lo conoces del colegio, de cuando los dos erais unos críos, allá en Misuri.

Sí, lo conoces de aquella época. Te acuerdas del día en que os encerrasteis en una sala de la biblioteca y Simon buscaba en el techo de amianto un lugar en el que hacer un túnel. Tu objetivo consistía en buscar las probabilidades de que una persona sobreviviera a un choque frontal, porque, según él, así era como había muerto su madre. Simon pensaba que la estaban escondiendo de él porque estaba tan mal por el accidente que ya no podía seguir siendo una buena madre. Pensaba que la tenían escondida en algún lugar del colegio. Quizás en el despacho del director.

Estabas mirando el libro de anatomía, fascinado al observar el cuerpo humano sin piel, cuando de repente Simon se sintió consternado.

—¿Por qué la esconden en el despacho del director? —gritó de repente—. ¿Qué tiene él que ver con todo esto?

Entonces llegó, se sentó en tu regazo y tuviste una erección. Le cogiste la mano y se la pusiste encima del bulto de tus pantalones. Pero con un «vuelve al trabajo» se

fue a seguir inspeccionando el techo.

Ya por entonces debías de quererlo.

Y aquí estás ahora, tragándote su semen, que sabe a *whisky*.

Deberías estar orgulloso: lo haces realmente bien.

¿No tiene gracia esto del amor?

A Simon le han hecho miles de mamadas a lo largo de su vida, pero tú le has hecho la mejor de todas. Tiene que sentarse a coger aire. La emoción le transforma la cara y está a punto de llorar. Se deja caer en el sofá, apartando los papeles que hay encima. Todavía tiene en la mano las cartas que le has llevado, las sostenía mientras cumplías tu parte del trato. Ahora están húmedas y arrugadas por el sudor. Las sostiene contra su pecho como si fueran los pañuelos de un tuberculoso y respira como el tuberculoso que necesita esos pañuelos.

Tienes miedo de moverte, aunque se te han dormido las piernas.

—Vale —dice por fin—. ¿Qué quieres saber de Sarah?

Intentas levantarte, pero te resulta difícil debido a los pinchazos que sientes en las rodillas después de haberte pasado tanto tiempo en la misma posición. En lugar de eso, te arrastras hasta el sofá y te sientas junto a sus pies. Necesita un cigarrillo. Y tú también. Fumando con poca pericia y tratando de no toser, le preguntas:

—¿Por qué viniste a mi casa?

—No me acuerdo. No recuerdo haber ido a tu casa. ¿Y qué tiene todo esto que ver con Sarah?

—Dijiste que estabas investigando..., tenías una grabadora... y te comportabas como si pensaras que mi apartamento estaba encantado. Me dio miedo. Yo también llegué a pensar que lo estaba.

—Pero ya no lo crees.

—No. Ni siquiera estoy seguro de que nadie muriera allí. Creo... —No quieres decirle lo que crees, pero lo haces de todos modos—. Creo que viniste por mí.

Simon sigue abrazando las cartas, lo que prueba que tu teoría es muy bonita, pero está equivocada.

—¿Y por qué haría yo eso? Ni siquiera te conozco.

—Sí que me conoces. ¿No te acuerdas de cuando íbamos a tercero? ¡Intentaste hacer un túnel en el techo de la biblioteca!

—Oh, Dios mío, no me digas —suelta Simon, como si le hubieras recordado que mañana va a llover.

—Yo tampoco me acordaba. Pero como has dicho «por los viejos tiempos» y sabía que me sonabas de algo... y no solo porque salías por la tele.

—Vives en el apartamento de Sarah.

—No sé si creo en Sarah.

—Dijiste que recibes su correo.

—Has dicho que no te acordabas de haber venido.

—¿Qué coño tengo en las manos? —pregunta Simon y se incorpora de repente,

con las manos delante de la cara.

—Las escribiste tú. Ya sabes —dices, con demasiada confianza.

—¿Las has leído?

Haces caso omiso de su pregunta.

—O fue ella, o... Yo solo lo digo. ¿Por qué viniste a mi casa si ni siquiera te acuerdas de mí?

—No me acuerdo de haber ido, pero ahora sí que me acuerdo de ti. Sí. El mundo es un pañuelo. Muchas gracias por las cartas y por los recuerdos que me llevaré conmigo cuando me acueste. Ahora, por favor, vete a la mierda.

—Me has dicho que me ibas a hablar de Sarah.

—Y ahora te estoy diciendo que te largues.

No quieres irte.

—Cuéntamelo todo —insistes.

—Léete el libro —responde.

—Habíamos hecho un trato.

—Sí, y mi agente literario también.

Simon cojea hasta el lavabo. Lo oyes vomitar.

—¿Estás bien? —preguntas llamando a la puerta.

—¡Que te pires!

Ves las cartas en el sofá, tan apetitosas como un puñado de caramelos gratis.

*¿Recuperas las cartas antes de irte?*

—O bien—

*¿Te conformas con la peor parte de ese trato injusto y te vas a la mierda para siempre?*

## Un mal trato y una nueva habilidad

Conduces de vuelta a casa. Cuando entras por la puerta, tú, Rich, te sientes abrumado por el calor que desprende tu morada. Comparado con el apartamento encantado de Simon, el tuyo parece encantado por un fantasma de Disney, lo que lo convierte en el lugar más feliz de la Tierra. Coges la guitarra. Tocas primero rápido, después despacio y triste... como haciendo el amor y sin importar nada más.

Has amado, pero has perdido; has dado, pero te han arrebatado. El amor es una mierda, el amor muerde, el amor sangra. Cantas, para ti mismo, canciones que sanan tu nostalgia por el amor perdido. Tu voz suena grave y sucia, rasgada y sexy y has encontrado al fin lo único que te faltaba: un corazón roto.

Mañana por la mañana ya se habrá curado. También has descubierto que tienes una nueva habilidad: ¡chupar pollas! Dentro de diez años recogerás a un universitario que hace autoestop y lo llevarás durante sesenta y nueve millas hasta la casa de su amada, a la que va a pasar el día de Acción de Gracias. Por el camino le preguntarás si quiere que le chupes la polla.

—Esto... No, gracias —te responderá él—. Estoy bien.

—No soy gay —le asegurarás—. Es solo que la chupo muy bien.

¡Felicidades! Eres un regalo para el mundo: una persona dispuesta a dar. Fin.

## Helados y sueños desagradables

Has vuelto a tener ese sueño. Pero ahora mismo estás aquí, despierto, a salvo, y eres real. Estás tumbado en tu cama, una de matrimonio de mil quinientos dólares, un armatoste enorme con sábanas suaves y blancas, un edredón blanco y suave y almohadas de plumas igualmente blancas y suaves.

Te giras para ponerte bocabajo. Alguien te dijo una vez que la mayoría de los sueños están causados por la digestión. Solo por el hecho de cambiar de posición, puedes cambiar el sueño. Pero ahora no puedes recordar lo que has soñado y te duele el estómago.

¿Qué cenaste anoche? Por lo que parece, la pizza hace que tengas sueños raros. Y el helado también. ¿Dónde has oído eso? No suena demasiado serio. Te comiste una pequeña ración de helado anoche en la cocina. Vainilla. Ni todos los sabores imaginables de frutas, cereales o chocolate se pueden comparar con la vainilla, no hay nada igual.

Te sonríes, apreciando el hecho de que eres un gran fan de la vainilla y, por supuesto, apreciando tu erección matutina. Sí, buenos días. ¡Hola, Sol! ¡Hola, árbol que ves por la ventana! Es un gran día para estar vivo porque eres un chico blanco con pasta y no hay nada en el mundo que te dé problemas.

¡Buenos días, Kansas City! ¡Buenos días, mundo! Vuelves a tener dieciséis años y practicas deporte. Tienes una novia rubia y popular que lleva bragas rosas y sujetadores de copa C.

Sacas buenas notas en mates y en ciencias, sin copiar. Tienes unos modales afables que te convierten en un buen chico y estás acostumbrado a oír: «¡Qué chico más majo!», «¡Se está convirtiendo en un hombre encantador!» o «Seguro que estás muy orgullosa de él, Shirl».

Sí, Shirley está muy orgullosa de su hijo. Tienes dieciséis años... Mira por la ventana, al árbol. Ese árbol de Kansas City, en Misuri, es tu primer recuerdo. Tiene unas hojas verdes que parecen cubiertas de vello. Ramas y más ramas que salen en todas direcciones, algunas que parecen caerse y llorar, y otras que se alzan hacia el cielo.

No es un árbol por el que escalar, sino un árbol al que mirar. Te pierdes entre sus ramas, sus líneas se entremezclan como las de un laberinto hasta que vuelves a sentirte muy cansado y te vuelves a dormir.

¿Qué clase de árbol es? ¿Por qué te olvidas siempre de preguntarlo? Seguro que Shirley sabe la respuesta. Tu mamá lo sabe todo de los árboles y de las flores y de las rosas. Y te vuelves a dormir, con la polla en la mano, siendo un chico de dieciséis años sin nada que temer. Porque es sábado, no tienes que ir a entrenar hasta la tarde y mamá vendrá a despertarte. ¿Y qué hay más perfecto que tú tal y como estás ahora? Mirando el árbol, volviéndote a dormir, a tus dieciséis años, robusto y de clase alta. El mundo te pertenece y, además de todo eso, es sábado.

Volverás a tener un sueño; pero, como el final de este, más tarde no serás capaz de recordarlo. Dulces sueños.

## Sabes cuándo largarte y cuándo tienes que correr

Conduces de vuelta a casa cantando trozos de canciones de musicales que nunca has visto. Las cartas parecen brillar dentro de tu maletín como si fueran de oro radioactivo o de kriptonita.

Para bien o para mal, ahora son una mercancía muy preciada.

Entras en casa, negando con la cabeza y riendo para ti mismo. ¿Por qué has obrado como lo has hecho? En realidad no sabes el porqué.

Comparado con el de Simon, tu apartamento parece la tierra de los pastelitos y de los corazones. Parece un lugar cálido, confortable y limpio. (Pero no gracias a ti, colega. Tengo que encender incienso espiritual, echar agua bendita del otro lado y hacer una limpieza con mirra del más allá para quitar tu olor a persona viva con alma muerta. Genial).

Te sientas a tocar un poco la guitarra, pero no puedes hacerlo sin cuerdas.

Lo siento. Las he roto. Tiendo a romper las cosas. Para que veas: mientras estabas fuera he intentado tocar un poco de Nirvana, y ya sabes: una cosa lleva a la otra y... Pero bueno, la guitarra y yo hemos hecho una música maravillosa. Creo que lo que ha habido entre ella y yo podría haber sido amor, pero ya se ha acabado.

Miras por toda la habitación como si esperaras ver a alguien (tratas de comprender, a tu manera simple) y, al no ver nada, decides que es hora de acostarte. Yo tampoco he pasado muy buena tarde, así que estoy un poco cabreada.

Como no soy un espíritu muy amistoso, me aparezco en tus sueños a lo grande. Como eres un poco cortito y no puedes diferenciar a Bo Didley de Boo Radley y, si hago un juego de palabras demasiado complicado, no te vas a enterar de lo que digo. Pero bueno.

Creo que nos empezamos a entender. Como en todas las relaciones, necesitamos confianza y trabajar en ella. Yo confío en que no tardes en dormirte para poder trabajar en ti. Ya lo entenderás al final, ya verás que sí. Abre los ojos.

Y los abres.

Te duele el estómago y estás pegajoso del sudor. Tratas de sacarte de la cabeza el sueño que acabas de tener y te mueres por un cigarrillo a pesar de que no fumas. Entonces se enciende la luz. Sueltas un grito un tanto afeminado que me produce satisfacción.

No ves a nadie más en la habitación. Hace frío y tienes fiebre. Te pones unos pantalones y una camiseta lo más rápido que puedes, coges los zapatos y la cartera y sales de casa cerrando la puerta con llave. Te calzas mientras bajas las escaleras, y por eso te caes. Pero te recuperas rápido. Sales al aire cálido de la noche y te diriges a la tienda de la esquina.

El dependiente está en la puerta, fumando. La puerta está cerrada, pero te abre para que puedas coger un *pack* de cervezas, una lata de Pringles y un paquete de Marlboro Ultra Lights. Simon fuma de los rojos.

—¿Una mala noche? —te pregunta el hombre que hay tras el mostrador. Le pides que te lo repita, porque tienes problemas para entender todo lo que no te digan con acentos británico o sureño. Luego le respondes:

—Yo..., eh..., me cuesta dormir.

El hombre te mira con unos ojos que parecen conocer tu aflicción y te pregunta intentando mejorar su acento:

—¿Problemas con una chica?

—Oh, no. —Fuerzas una sonrisa—. Es que estoy muy ocupado. El trabajo, ya sabes.

Asiente y tú sales pitando.

En la calle, las sombras parecen esconder algo tras las esquinas. Cucarachas del tamaño de galletas se niegan a dejarte paso, así que tienes que jugar a la rayuela. El exterior de tu edificio brilla con las luces de seguridad y, junto con los árboles del patio, crean figuras que se mueven sobre las paredes blancas. Marcas tu código de seguridad en la puerta de entrada y vas comiendo Pringles mientras subes las escaleras. El *crunch crunch* que haces al masticar te mantiene concentrado y estable. Buscas las llaves en los bolsillos. Pero no están.

Sueltas una maldición en voz baja, para no molestar a los vecinos. Te tocará volver hasta la tienda y llamar a un cerrajero, mantener una charla banal con el dependiente y volver a evitar las sombras y las cucarachas una vez más.

Se te ocurre que quizá puedas colarte. Se te ocurre que las ventanas están hechas de tiras de cristal horizontales.

En este punto podría ofrecerte una disyuntiva: o bien llamas al cerrajero o bien intentas colarte. Pero no: primero te voy a convencer para que intentes colarte porque es importante.

Tengo algo que enseñarte, Dick.

Quitás la mosquitera de manera tan torpe que te cortas la mano con el marco de metal. Quitar los cristales es fácil, hasta un niño de cuatro años podría hacerlo. Quitás cinco de ellos y trepas cómodamente hasta el sofá de tu salón. Abres la puerta del apartamento, vuelves a la parte trasera y lo dejas todo como estaba. Hasta un borracho cojo podría hacerlo.

¿Lo pillas?

## ¿Y ahora? ¿Me quedo o me voy?

La luz del buzón de voz del teléfono de tu cubículo en Brighton Research parpadea tres veces. Habías salido un momento para comprarte una ensalada china de pollo porque aún te dolía un poco el estómago debido a todo lo que te tragaste anoche. Tres llamadas. Guau. Marcas tu código y una voz asesina te dice:

—Escúchame, chupapollas. Escúchame bien, pedazo de mierda. ¿Qué quieres? ¿Que te dé por el culo o algo así?

«Marque uno para guardar el mensaje. Marque dos para pasar al siguiente. Marque tres para borrar este mensaje».

Marcas el tres. Mensaje borrado. ¿Cómo ha conseguido este número?

Segundo mensaje:

—No estoy de broma, Dick... Dick, no sé dónde estás ahora mismo, pero será mejor que vengas de camino para acá con esas cartas, Dick... o no sé, Dick, no sé lo que te voy a hacer, Dick...

Marcas el uno. Te gusta cómo suena su voz en ese. Suave, desesperada, derrotada. Cómete la ensalada. Aprietas el botón de «no molestar». Que venga a buscarte al trabajo si tantas ganas tiene de verte. Que venga. El resto del día es tranquilo. No hay más llamadas ni más mensajes. Conduciendo de vuelta a casa te pones «Bad Moon Rising». Sabe dónde vives.

¿Quién debería ir a buscar a quién?

A lo mejor te está esperando cuando llegues.

No hay suerte. Dentro, el ambiente es cálido, hay luz, y también estoy cantando una de la Creedence para darte la bienvenida. Las cartas siguen en tu maletín. Estás seguro de ello porque lo debes de haber mirado unas setenta y tres veces.

No las voy a tocar. Lo estás haciendo bien, Dick. Muy bien. ¿Por qué no llamas a Simon? Siéntate. ¿A que se está bien? He intentado con todas mis fuerzas hacer que la casa te parezca agradable hoy. ¿Lo ves?

Mira, tío, me tienes que ayudar. Estoy haciendo esfuerzos por entender. Vivo en un estado de negación en el que creo que todavía puedo consumir el amor aunque no esté físicamente presente. Voy de aquí para allá entre los tormentos de la carne y el mismísimo cielo.

Es muy confuso. Cuando estoy allí no puedo recordar por qué, y a veces simplemente desaparezco sin previo aviso y me pierdo en la sopa del universo porque no tengo nada a lo que agarrarme.

Lo único que sé con seguridad: Todo esto tiene que ver con la manera en que dejé de respirar y con una minucia llamada amor. Cuando estoy así, enamorada, es como si viviera en un estado de adolescencia perpetua, aunque sepa cómo va a ser el final de la historia.

Necesito tu ayuda de verdad, tío. Te la pido a ti porque eres el que está sentado en mi sofá, el que vive en mi casa y el que coquetea con mi novio. Te la pido a ti porque

no tienes ni idea de cómo existo y eres tan cuadriculado que pensarás que ha sido idea tuya.

Empiezas a entenderlo como si sus reglas fueran las de un juego de niños. Simon te mintió la primera vez que vino a verte. Las cartas se las escribió Simon a Sarah, y son lo que venía buscando. La conocía, es cierto. E ignoras las razones por las que te ocultó ese hecho. A lo mejor es que eso lo convertiría en sospechoso.

Ya has visto lo fácil que es colarse en tu casa.

Recuerdas a Simon en este mismo apartamento, con su traje gris y diciendo «... el rastro de sangre que había en la alfombra y que iba de la cama al cuarto de baño parece indicar que alguien la trasladó». Y, como decíais en el patio del colegio, ha sido quien tenga las manos rojas.

Un delicioso escalofrío te sacude todo el cuerpo.

¡Simon Would es el asesino! Pero ¿por qué? ¿Qué motivos tendría? Necesitas ver el libro que ha estado escribiendo.

Seguramente ahí los explique con claridad. Tendrás que robárselo, llegado el caso (¿Robarle el libro? ¡Me gusta cómo estás empezando a pensar! ¡Bien por ti!). No es el típico plan que urdiría Dick Jamison, pero a veces nos pasan cosas como esta cuando tenemos veinte años.

¿Cuestionas tú tus propias motivaciones? No creo que lo hagas, ya que estás silbando y poniéndote colonia. Espera... Has cogido las llaves. ¿Es que vas a algún sitio?

Pongo tu emisora de radio favorita. Te das la vuelta, pero sin alarmarte. Deberías quedarte.

*¿Te quedas?*

—O bien—

*¿Te vas ahora mismo?*

## Si me quedo, será peor

Llamas al buzón de voz de Simon.

—Simon. Soy Richard Jamison. He recibido tus... esto... mensajes que me has dejado hoy. Pensé que te había dejado allí las cartas, pero yo... esto... debí de llevármelas junto con el resto de mis cosas cuando me fui. Ya has estado aquí antes, así que... bueno, acabo de llegar a casa, así que si quieres venir a cogerlas, por mí bien. También me gustaría poder leer lo que tengas... eh... de tu libro. Entonces, ya sabes, podrías traerlo. Molaría. Bueno, voy a estar aquí, así que me puedes llamar al...

Lo siento por tu guitarra, Rich. No quería romperle las cuerdas, de verdad.

Enciendes la tele y coges una cerveza. Después de ver dos capítulos de *sitcoms*, suena el teléfono.

—Hola, Dick.

—Es Rich, por favor. Y hola, Simon.

—En el colegio te llamaba Dick —te recuerda.

—No, siempre ha sido Rich, Simon.

—Ajá —dice—. ¿Así que te llevaste las cartas por accidente o decidiste que formaba parte del trato?

—Ni idea. Solo sé que tengo las cartas, Simon. Y si quieres traer lo que has escrito, entonces me parece que eso estaría bien.

—¿Bien?

—Podría formar parte del trato.

—Eso es. Vela por tus intereses, Dick.

—Richard, por favor.

—Eso es. En cuanto se me pase un poco la borrachera y pueda conducir, voy para allá.

¡Ambos estamos muy nerviosos! No pases la aspiradora. ¿Y si llama mientras estás aspirando y no oyes el teléfono? Venga, saca el polvo y usa limpiacristales y ambientador. Y lávate los dientes y péinate.

Yo, por mi parte, no sé muy bien qué hacer. ¿Te acuerdas de la primera vez que vino? ¿Dónde estaba yo? Me quedé en el dormitorio con la puerta cerrada y cantando para mí hasta que se fue. Aún no estaba preparada para verlo. Quizás ahora sí lo esté. Ya ves, estaba coladita por él, pero acabé muerta, y eso me echó para atrás. Por favor, ayúdame a ponerme algo más cómodo. Como una sábana, por ejemplo. No, es broma.

¡Ya está aquí! Es muy guapo, ¿verdad? Cuando entra empiezo a jugar con la electricidad. Para saludarle, enciendo la radio.

«Wild is the Wind». Nina Simone. Ni siquiera tienes el CD. También me pongo con lo de las paredes lloronas. Voy a darlo todo en esta visita.

Si te das cuenta de que hago todo esto, no lo dejas ver.

—¿Es eso lo que me decías de las luces? —pregunta Simon a la vez que entra.

—Oh, supongo —respondes.

—¿Te gusta Nina Simone?

—¿Quién?

Simon esboza una sonrisa, y supongo que ese es todo el aplauso que voy a conseguir por mis esfuerzos. Tendrá que ir al lavabo para ver cómo lloran las paredes.

—¿Y las cartas? —inquire Simon.

—Ah, sí.

Las sacas de tu maletín y se las das a Simon, quien las dobla y se las mete en el bolsillo.

—¿Puedo fumar? —pregunta.

Asientes. Puede hacer lo que quiera. Tiene carta blanca para lo que le apetezca, ahora y para siempre.

—¿Y el libro?

—No te creas siempre lo que digo, Dick. Se me da muy bien mentir.

No sabes ni qué decir ni hacer, pero Simon no tiene pinta de irse a ninguna parte.

Te quedas ahí de pie, observándolo. Te sientes raro e inseguro, y te da miedo. Todo parecía más fácil cuando pensabas sobre ello pero ahora...

—¿De dónde sale esa música? —inquire. La radio se ha apagado, pero el concierto no ha hecho más que empezar.

—¿Qué música? —preguntas, aunque ya lo sabes.

—¿No la oyes?

—¿A qué suena?

—Ya sabes —dice Simon. Y sí, lo sabes—: a Sarah.

## Si voy para allá, vamos a tener problemas

Dejas la radio encendida y cierras con llave al salir. De camino a Los Feliz, te planteas dos opciones.

Hay un tipo en tu familia que tiene contactos en el mundillo literario. Si le das cierta combinación de palabras en un montón de papeles que pueda vender, podrías subir un escalón en tu carrera artística.

No es música, ya lo sé, pero ya se sabe que todos los caminos pueden seguir diferentes indicaciones. El problema es que escribes como el culo. Tú lo sabes, yo lo sé y, si tuvieras un perro, él también lo sabría. Por otro lado, Simon Would escribe una prosa solvente. Si tú tuvieras su mierda y dijeras que es tuya, podría ser una mierda que oliese a dinero.

Una manzana más allá, un coche gira a la izquierda en el momento en que otro que viene de frente acelera al ponerse el semáforo en rojo. El que parece tener prisa frena un poco, pero luego vuelve a acelerar y desaparece. Has podido ver claramente la marca y el modelo del coche, incluso un par de números de la matrícula. Nirvana están tocando «Rape Me» en la radio. Sigues conduciendo.

Sacudes las llaves como si fueran castañuelas y llamas al timbre de Simon. «Número nueve» no solo es la canción más confusa de los Beatles, sino que también es el apartamento más confuso de este edificio.

La ventana de Simon muestra que las luces están apagadas. No hay respuesta para tu primera llamada, así que decides llamar ocho veces más. Responde a la sexta.

—Hola, Dick —responde.

—Qué mensajes más majos me has dejado.

El zumbido de la puerta al abrirse es la única respuesta que te ofrece.

Te recibe con la misma ropa que llevaba la noche anterior, con pinta de no haber dormido y apestando como un pepinillo.

—Dámelas —urge. Es electrizante. Dios, lo sientes en las rodillas.

—Espera un momento —le dices con sonrisa de vendedor—. Pensaba que habíamos hecho un trato. Así que, si no quieres hablar del asunto, yo te doy las llaves y tú me dejas leer el libro.

—¿Por qué te importa tanto el libro?

—Bueno, ella vivía en mi apartamento. Creo que tengo derecho a saber qué pasó. Además, me preocupo por ti. —Le enseñas dos filas de dientes blancos—. Venga, por los viejos tiempos.

A Simon parece que lo hayan desangrado unas sanguijuelas.

—Devuélvemelas.

Es lo último que quieres hacer, pero acabas por dar tu brazo a torcer.

Sacas las cartas y las sostienes contra el pecho. El labio inferior te tiembla, pidiendo clemencia.

—Solo quería saber qué...

Simon solo tiene ojos para las cartas.

—Entra —ordena, y abre la puerta del todo.

Dentro está todo demasiado oscuro. Demasiado frío. Pero está más limpio que ayer. Entrás con paso vacilante y con las neuronas ardiendo al ritmo de una cadencia de *be-bop*.

—¡La factura del aire acondicionado debe de ser enorme!

No te responde, pero no deja de mirarte la mano con la que sostienes las cartas.

—Supongo que lo debes de compensar al no encender las luces —continúas, y te ríes de tu ocurrencia.

Simon no lo hace.

—¿Me las puedes dar, por favor?

—Oh, claro —dices, como si te hubieras olvidado—. No me las quería llevar. Es que se mezclaron con mis cosas cuando me fui. Lo siento.

Todavía las tienes en la mano.

La extiendes y él hace lo propio con la suya. Se tocan. Cuando él agarra las cartas, le coges de la mano. ¿Es que no fue tu mejor amigo en tiempos? ¿Es que no os amasteis con un amor tan puro que solo pueden sentir los niños? ¿Es que no se acuerda? Tiene que acordarse.

Rasga las cartas y tú lo contemplas mientras las rompe, una a una, en pedazos, y las tira al fregadero, donde les prende fuego. Cuando no son más que cenizas, abre el grifo y enciende el triturador de comida. Al terminar de hacer todo eso, que le ha llevado unos cuantos minutos, se gira y te dedica una sonrisa brillante.

—¡Ya está! —exclama.

Le devuelves la sonrisa.

—¿Qué tal una copa? —te ofrece.

—¡Claro!

—Hasta he lavado un vaso para ti. —Y te lo da. Ha lavado un vaso ¡solo para ti! Es un regalo y lo sabes. Sigue con los regalos—: También he comprado cerveza. ¿Te gusta la cerveza?

—Por supuesto —contestas—. Oh, pero me gustaría usar el vaso.

—Puedes echar la cerveza en el vaso.

—¡Genial!

Saca una botella de la nevera (¡Es cerveza de la floja! ¿Lo ves? ¡Cómo te conoce!), la abre, la sirve y te ofrece el vaso lleno y el resto de la botella.

—¡Gracias! —le dices.

Él coge su botella de *whisky* y la hace chocar con tu vaso.

—Por Sarah —brinda.

—Por Sarah —convienes. Bebes de tu vaso y te diriges en dirección a la mesilla de café, que está bastante ordenada.

Sobre esta hay una máquina de escribir, al lado de la cual hay un montón de papeles perfectamente ordenado. Vas a coger la primera hoja y, de inmediato, Simon

te da una palmada en la mano y sacude el dedo delante de tu cara.

—No, no —se niega.

—¿Lo has acabado? —preguntas.

Levanta las manos en un gesto mesiánico.

—Está acabado.

—¿Y por qué no puedo leerlo?

—Porque entonces tendría que matarte. Ya ves, voy a leerlo y luego me suicidaré.

O, al menos, lo haría si no se me hubiera roto la pistola.

—¿Tienes una pistola?

Se pone a cantar (una de Nirvana, así que entiendes el chiste):

—*And I swear that I don't have a gun. No, I don't have a gun*<sup>[8]</sup>. —Y te guiña un ojo.

¿Qué significa ese guiño? No lo sabes. Pero te das cuenta de que te sientes un poco triste por el hecho de que no tenga una pistola, aunque a lo mejor te está mintiendo y sí que la tiene, o a lo mejor... todo es demasiado confuso.

Hace que te duela el corazón. ¿Cómo vas a robar este libro? ¿No era eso lo que habías venido a hacer?

Simon dice:

—Sigue bebiendo.

Y le haces caso.

Simon dice:

—Siéntate.

Y te sientas.

Simon dice:

—Ahora vamos a dejar de hablar.

Cierras la boca igual que hace él. Abres la boca cuando él lo hace. Te da un beso tan duro que parece una llamada a las armas. Él es el líder. Te empuja la cabeza hacia su entrepierna, cierra los ojos y espera. Es un truco. Te aparta con toda la fuerza de su repulsión y va a por su botella. No ha dicho que pudiera hacerlo, así que él es el que pierde. Estáis jugando al mismo juego que cuando erais pequeños, «Simon dice».

Simon dice:

—Vamos a seguir bebiendo.

Y lo haces.

Cuando vuelves a casa alrededor de la media noche, conduciendo borracho, oyes música atronando en la calle. La policía está llegando a la puerta de tu edificio. Por lo que parece, Ethel los ha llamado. La música sale de tu apartamento y está extremadamente alta. Tienes que gritar para que los policías te oigan.

Insistes en que no te has dejado la radio encendida. No te creen. Estás mintiendo: sí que te la dejaste encendida.

Claro que he sido yo la que ha subido el volumen, pero que te den por culo, Dick. Que te jodan.

Te haces el buen chaval delante de los polis, pero de todas maneras les importa una mierda. Como si no tuvieran asesinatos suficientes de los que ocuparse como para aguantar los problemas de una vieja y tu música. Te dan una citación. Te jodes.

Esta noche no duermes. Estás demasiado ocupado trazando un plan. Vaya, ¿quién iba a pensar que realmente tenías agallas? Yo no, dijo la chica muerta.

Piensas en que lo primero que harás será emborracharlo. Por Dios, pero si es un alcohólico, no debe de ser difícil. Harás que beba y beba hasta que se desmaje. Después lo desnudarás y lo llevarás a una bañera de agua caliente. Si se despierta, cosa que no hará, te dará las gracias por haber cuidado de él.

Quizá tengas que aguantarle un poco la cabeza debajo del agua. Te lo imaginas abriendo y cerrando los ojos, moviendo los labios o tan solo abriéndoselos un poco... y pequeñas perlas de oxígeno formándosele entre las pestañas. A lo mejor no llega ni a despertarse. Entonces cogerás una de sus cuchillas y le harás, con mano firme, unos cortes limpios y profundos en las muñecas.

Será una muerte preciosa, como la de aquel revolucionario francés (de cuyo nombre no te acuerdas, pero seguro que él sí) y, por supuesto, como la de Sarah. Y entonces no harás otra cosa que esperar, después de separar a Simon de sus ropas, su carne de su sangre y su aliento de su cuerpo.

Esperarás hasta que lo que hace que se mueva y que hable y que folle esté desparramado por el suelo.

Buscarás con cuidado a tu alrededor por si queda algún rastro que tengas que limpiar. Tus zapatos, por ejemplo. De hecho, será mejor que te deshagas de toda tu ropa por si te quedasen restos de sangre. Te imaginas a ti mismo, desnudo, con Simon, también desnudo, tomando todo lo que él tiene que dar, y eso te hace sentir una gran paz. Crees que es el final más adecuado para Simon.

No es por ella (yo), ni porque él la ame (a mí), sino porque probablemente sea él quien la mató (a mí. ¿Eso crees?). Pero no te importa que él sea (según crees) un asesino, ya que ahora eres tú quien planea un asesinato. Porque la posible motivación que él tuviera parece ser la misma que la tuya: el libro.

Ese libro es su corazón. Si se lo robas, le habrás robado el corazón. ¿Y no es eso lo que de verdad quieres?

*Si no lo es, esta es tu última oportunidad.*

*Acabas con el capítulo «Un mal trato y una nueva habilidad».*

—O bien—

*¿No es esta música el sonido de tu corazón? Tanto si late como si se rompe, tu corazón tiene que seguir latiendo.*

## Criminal

Mientras estás en la ducha, recuerdas parte de lo que acabas de soñar: Simon y tú estabais haciendo el amor en la postura del misionero sobre la mesa de la cocina en tu casa de Kansas City. Tus padres podrían haber entrado en cualquier momento. Pero te daba igual. Querías que entraran. Pero en el sueño, y creo que tengo que decírtelo, no eras tú. Eras una mujer.

Te pasas el día en el trabajo sentado y mirando el ojo rojo de tu buzón de voz, que no parpadea. Vas suspirando de vez en cuando.

Decides ir a dar un paseo a la hora de comer. Cuando has andado unas manzanas adiertes, al otro lado de la calle, un cartel de neón en el que se puede leer: «Madame Azura: lectura de manos, 10 dólares».

Vaya, mira por dónde... ¡Podría ser la misma Madame Azura (Edna Hobokoppin) que encontraste por internet!

Nunca te han leído la mano. No sabes qué es lo que indica cada línea. ¿Quién sabe? Quizás esas pinzas de carne te revelen algo.

Quizá te digan algo sobre eso de estar enamorado del hombre a quien vas a matar.

O a lo mejor te revelan que la chica a quien llevaste al baile en el instituto sigue enamorada de ti. Solo la recuerdas de ese día: paseándose por los salones con un vestido de seda rosa con una sonrisa cristalina pero forzada. Evocas el placer que sentiste al tocarla, al correrte, y te hace pensar que esa es la prueba de que no eres gay, sino un hombre heterosexual que ha caído en las redes de un criminal llamado Would.

*¿Pides consejo a Madame Azura?*

—O bien—

*¿Eres demasiado cobarde, escéptico, asesino y tacaño?*

## Consejos

Sosteniéndote una mano entre los dedos de la otra, atraviesas una puerta que tintinea con el sonido de una campanilla y entras en una habitación de techo bajo que huele a incienso y a meados. El corazón te late acelerado y te sudan las palmas de las manos mientras contemplas una serie de figurillas cutres compuestas de ángeles, dragones y minerales.

Madame Azura es una mujer blanca gorda con el pelo teñido de naranja. Lleva puesto un enorme *sari* rosa y te mira, apartando la vista del ordenador con el que llevaba dos horas navegando por internet.

Quiere el dinero por adelantado, así que le das los diez dólares. Ella le dedica una mueca al billete, pero lo coge.

—Necesitas consulta completa: lectura de manos, tirada de cartas y asesoramiento intuitivo.

—Solo tengo esos diez dólares —dices. Y no sé si es cierto o no, pero es lo que le dices. Te coge la mano con la palma para arriba.

—Cosas no bien a ti.

—Espera, ¿ya hemos empezado?

—¿Cuándo quieres empiece? —Habla con un acento que debió de inventarse en la escuela de adivinación. Por teléfono, ese acento suele pasar por jamaicano, si los jamaicanos destrozasen su propio acento y lo usaran a veces sí y a veces no, claro. Pero tú no serías capaz de darte cuenta.

*¿Sabes lo suficiente de Jamaica como para reconocer un acento falso cuando lo oyes?*

—O bien—

*¿Pero qué coño me estás contando de Jamaica?  
Tú no fumas maría y además odias el reggae, colega.*

## No sabes nada de Jamaica

—Bueno, sí que me gustaría sentarme y contarle un asunto —respondes.

—Sentarse en trastienda. Diez dólares más.

—Solo tengo cinco. ¿Lo haría por cinco dólares?

Le has mentido cuando has dicho que solo tenías diez. Es posible que Madame Azura no lo sepa todo, pero sí que sabe cuando alguien lleva más dinero encima del que admite.

Le das un billete de cinco. Ella le dedica una mueca, pero te guía a través de una cortina hacia una habitación oscura con una mesa camilla y dos sillas que parecen sacadas de una sala de espera. Te coge de la mano a través de la mesa y te toca ligeramente las líneas de la palma mientras chista y niega con la cabeza.

—¿Qué? —preguntas—. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

—Necesitas consulta completa de verdad.

—A ver, ¿es que me quieres desplumar o algo?

Madame Azura te suelta la mano, y la golpea contra la mesa.

—Tampoco es que necesitarás más el dinero. Intento ayudar a alguien quien ya no se puede ayudar. ¡Morirás pronto!

Te fías de ella. Sesenta y cinco dólares después te está contando que tu línea de la vida termina en tu línea del corazón, y te sale otra línea de la base de la palma que significa muerte próxima y repentina.

—¿Hay alguna manera de evitarlo? —gimes.

—Hay pequeña posibilidad... Mira. —Te enseña un punto en el que la línea que anuncia tu muerte tiene una hendidura del tamaño de un pelo que se aleja de la colisión frontal.

—¿Qué puedo hacer? —imploras.

—Te han echado una maldición —te explica Madame Azura.

—¿Quién?

—Un espíritu ofendido.

De inmediato piensas en mí, en quien no crees.

—Una chica se suicidó en mi casa hace un año —le dices.

—¡Ajá! —exclama. (Oh, Dios. Ahora es cuando Edna entra a matar). Te da instrucciones muy específicas sobre cómo liberar tu apartamento de la «maldición». Ella misma irá a hacer un exorcismo. (¡Oh, Dios! ¡Cielo Santo! ¡A lo mejor me reconoce! Eso sí que la acojonaría. Pero no creo que me reconozca). No mencionas a Simon Would. Madame Azura no ve nada al respecto.

Si lo hubieras nombrado, la lectura de manos habría sido muy diferente. Entre unas cosas y otras, al final todo esto te va a costar tres mil dólares. Exorcizar un apartamento no sale barato. («¿Cuánto pagas por librarte ratas y cucarachas? —te ha preguntado—. Fantasma ofendido mucho peor»). El exorcismo dura horas y su *performance* te hace temblar hasta los huesos de lo inquietante que es. Nunca

conseguirás quitar el olor a mirra de las paredes ni alejar de tu mente la imagen de ella en cuclillas y poniendo los ojos en blanco mientras canta cosas horribles. El fantasma desaparece, pero Madame Azura permanece.

Pero en realidad, nunca has tenido miedo de que ese «fantasma» pudiera hacerte daño, ni tampoco de esa gorda que te ha sacado el dinero.

En lo más profundo de tu corazón y de tus piernas temblorosas, sabías que si había alguien a quien debieses temer, ese alguien sería Simon. Los planes, conspiraciones, sueños y esquemas siempre son más fáciles de imaginar que de llevar a cabo. Así como no crees que seas capaz de cometer un asesinato, tampoco crees que Simon sea capaz de amar. Y aunque no lo mencionaras en la consulta de Madame Azura, piensas que esos tres mil dólares te han servido para romper definitivamente con él.

Durante las semanas que siguen al exorcismo, ya sea caminando por la calle, sentado en tu mesa o comiendo, te sorprendes a menudo mirándote las líneas de la palma de la mano. De vez en cuando, en mitad de un bocadillo de atún, de una ensalada Cobb o de una frase que estás escribiendo en el ordenador, tienes una visión de cómo va a ser el futuro. El corazón se te parará, el cerebro se te llenará de coágulos, alguien te apretará la garganta, una secretaria te apuñalará por la espalda, quedarás atrapado en medio de un tiroteo o un día volverás a casa y Simon te estará esperando entre las sombras.

¿Y entonces?

Entonces, nada.

Suspiras con tus pulmones limpios y rosados, estiras las piernas, te desperezas y te aseguras de que Número Uno sigue en su sitio.

Al fin y al cabo, sigues siendo Richard Jamison, de los Jamison de Kansas City, y no hay tarotista, ni fantasma ni Simon Would que pueda cambiar eso. Felicidades.

Al final, Dick, todo gira en torno al viejo Número Uno.

## Sabes que esta zorra no es jamaicana

—Creo empezaremos cuando siente —dices, imitando su acento. Te mira mal.

—Bien —responde—. Siéntate.

Te sientas en el sofá y ella se sienta a tu lado. Te coge una mano y toca las líneas de la palma mientras cloquea y arrulla meneando la cabeza.

—¿Qué? —preguntas—. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

—Necesitas consulta completa de verdad.

—¡Mira! ¡No tengo más dinero! ¿Qué clase de timo es este?

—¡Muy bien! —exclama, y te suelta la mano con tanta fuerza que te golpea en el muslo y te deja un morado de recuerdo—. ¡Nadie te puede ayudar! ¡Tendrías que coger todo tu dinero y dárselo a alguien que lo necesite, porque vas a morir pronto!

—Oh, por favor —respondes.

—¡Busca a ti mismo! —aúlla—. ¡Mira línea de la vida!

Giras la mano hacia arriba con parsimonia.

—¿Cuál es la línea de la vida?

—Esa —dice, señalándola.

—Vale. ¿Qué le pasa?

—¿Ves que se para en línea del corazón?

—¿Y esa cuál es?

—¡Aquí! —exclama, señalando la línea que cae como una onda sinusoidal.

—¿Y esta? —le señalas la que te empieza en la base del dedo gordo y que hace intersección con la otra.

—¡Mueres pronto! —Grita—. ¡No bonito! ¡Empieza a rezar, también! Llevas vida egoísta y estúpida.

Te ríes. No es típico de ti reírte con los presagios funestos, pero con ese acento es todo demasiado obvio.

—Entonces —le dices—, si te hubiera dado cincuenta dólares tendría una vida larga llena de dinero y amor, ¿no?

—¡Mal! —te escupe—. Insultas a Madame Azura.

—Escucha, Madame Azura, si es que te llamas así —respondes (ya te he dicho yo que no se llama así)—. Tu tienda es el insulto. Tu acento es el insulto.

—¡Fuera! —grita—. ¡Fuera de mi tienda, muerto!

Te levantas con tranquilidad y le dedicas una reverencia con el sombrero invisible de tu aura.

## Las cosas se rompen

No necesitas los consejos de una supuesta psíquica. No crees en esas mierdas. No crees en fantasmas. No crees en nada más que en ti mismo, y tienes un plan. Vas a hacer que Simon se emborrache hasta perder el conocimiento, y luego lo matarás. Entonces le robarás el libro. Sí, sientes que es lo correcto, que es la única manera de... amarlo.

Estás lavando los platos; el agua sale tan caliente que casi te escalda las manos. Estás frotando un plato y ves, encima del fregadero, en un punto en el que la pintura se ha desconchado, que hay unas palabras escritas.

Se ha pintado encima una o dos veces, pero las puedes leer: «Sarah While estuvo aquí».

Y entonces hay un *crac* y un *crash* y te sangran los dedos.

Las cosas se rompen.

Compras una botella de *whisky* y te caes subiendo las escaleras de casa de Simon. Él te espera en lo alto de los escalones y se ríe al ver cómo el líquido marrón rompe la bolsa de papel y va dejando un rastro de cristal y alcohol hasta su puerta.

El apartamento de Simon está limpio, ordenado y huele al incienso que arde en un incensario de barro. Las cortinas están abiertas y entra luz.

Ni rastro de las botellas. En el cenicero hay menos colillas que dedos en tu mano.

—¿Es que has contratado a una asistenta? —preguntas.

Simon ríe con aire despreocupado, como si fuerais un par de amigos del colegio, que de hecho es lo que sois.

—Puede ser. Ya sabes: como he acabado el libro, ya tengo tiempo para ocuparme de mis asuntos.

—Felicidades —dices, aunque estás no muy seguro de a qué te refieres.

—Gracias.

—Siento haber roto la botella. No creo que podamos salvar...

—Oh, no te preocupes.

—Voy a por otra.

—Oh, no hace falta. Estoy en dique seco. Se dice así, ¿no? Cuando paras de beber.

—Sí, creo que sí. —Despídete de tus planes de emborracharlo hasta que se quede inconsciente—. ¿Puedo leer el libro?

Como si te hubiese leído la mente, responde:

—Por supuesto. Está en el coche. ¿Qué te parece si te lo llevo mañana? Beberé un poco contigo, no mucho, para celebrarlo. Por los viejos tiempos. Por Sarah.

Más tarde estás tumbado junto a Simon en la cama. Los dos estáis despiertos y respiráis hondo. Su mano yace sobre la tuya, olvidada. Te mira como si realmente te pudiera ver, como si estuvieras aquí realmente.

Es el sentimiento más exquisito del mundo. No puedes evitar decirle:

—Te quiero, Simon.

Sonríe. No es la sonrisa sarcástica y cruel de siempre, sino la de un niño.

—Por qué.

No es una pregunta. Pero respondes:

—Por la manera en que me haces sentir. Y porque te han pasado tantas cosas...

—¿Como qué?

—Bueno, tu madre murió. Y Sarah. Sé que conociste a Sarah.

—¿Lo sabes? —Se sienta en la cama, enciende un cigarrillo y pone un cenicero entre los dos—. ¿También sabes que yo la maté?

—No lo creo —respondes—. Te conozco, Simon.

De repente estrella el cenicero contra la pared. Pone la cara tan cerca de la tuya que inhalas su aliento.

—No me conoces —dice Simon.

—Sí que te conozco —protestas.

Te pone una mano en la garganta, y con la otra sostiene el cigarrillo.

Te asombra la naturalidad con que te agarra, y el que además te esté asfixiando. Te está matando con una sola mano. Intentas apartársela. Dios, qué fuerte es. Te está matando y lo hace con una sola mano, te aprieta con tanta fuerza y seguridad que solo puedes ver el infinito negro que te espera, estás indefenso. Se te ponen los ojos en blanco.

Te suelta y le da una calada al cigarrillo. No esperas a recuperarte.

Sales de su casa. Suerte que estás vivo.

Conduces hacia tu apartamento, boqueando para respirar y llorando a moco tendido. No sabes qué va a pasar ahora. No puedes ni tocar la guitarra porque no tienes cuerdas. Te sientas en el sofá, mi sofá, y te abrazas a ti mismo, temblando y llorando.

Sé cómo te sientes, Richard. Voy hacia la parte de atrás del apartamento, caminando de espaldas. No te puedo servir de mucho consuelo, pero te cantaré una canción. Se llama «Goodbye» y es de Night Ranger.

Ha dicho que iba a venir mañana y que se traería su corazón. Está en el maletero de su coche. Pero lo dejará ahí. Aunque no lo quieras dejar entrar, se colará. Y le puedas robar o no su corazón, el tuyo ya está roto.

Le puedes echar la culpa, pero, en esta vida, las cosas se rompen.

Tienes suerte de que no sea tu cuello el que está roto. Vigila las sombras. No lo conoces.

## La cuenta azul de madera

En la segunda *rave* a la que fue Sarah, se tomó una pastilla de éxtasis en la cola antes de entrar. Era la segunda vez que se ponía de éxtasis y pensó que sabía qué podía esperar, pero obviamente es muy difícil saber con qué lo cortan.

Al pasar por la puerta se encontró con que aquel almacén del centro se había convertido en el País de las Maravillas. Entonces, justo cuando se metía entre la gente, la droga le subió tan rápido que se cayó al suelo. Perdió a sus amigos en la ola de gente e intentó llegar a una de las paredes como si nadara desesperadamente por alcanzar la orilla.

La sensación que tenía por todo el cuerpo era como la de un orgasmo, pero no era tan placentero como intenso y no paraba de tener espasmos porque lo notaba todo al mismo tiempo. Todo. Demasiado.

Podía sentir cómo su mente se iba lejos de allí, como si estuviera en medio del Atlántico por la noche. Estaba muy lejos. Solo su cuerpo seguía allí, en la orilla, sobre el duro suelo de cemento, entre extraños.

Sus dedos se encontraron con una cuenta azul de madera que debía de haberse caído de la pulsera o del collar de alguien. Era del tamaño de una aceituna grande. Era un barco. Hizo que su cuerpo se volviera a reunir con su mente, que ya se estaba perdiendo, contemplando las estrellas... Pero no, no había estrellas. Ella estaba dentro.

—Siente esta cuenta azul entre tus dedos —le dijo su cuerpo a su mente—. Esto es real. Estás aquí.

Estás viva.

## El sombrero blanco

Lo que viene ahora ocurre después del estropicio en que se rompen los cristales y Simon se corta, y este se da cuenta de que va a desangrarse hasta morir en la oscuridad, como una especie de resarcimiento que exige Sarah.

Ahora, la consciencia de Simon aparece como si fuera el séptimo de caballería.

—Mira, Simon —dice el Simon-consciencia, que lleva un sombrero blanco—. No vas a morir desangrado. Te has hecho un corte en la mano y otro en el pie, de acuerdo, pero no es como si te hubieras cortado las venas o algo así.

—Sarah —llora Simon, cubierto de sangre—. Quieres decir igual que Sarah.

—Venga, venga —dice el Simon del sombrero blanco—. No quería reabrir viejas heridas ni nada de eso. Tan solo digo que intentes pensar con tranquilidad sobre esto. La situación es difícil, sin duda, pero saldrás con vida. Sin ninguna duda. Tienes a tu favor el que no te has cortado ninguna arteria importante. ¡También tienes a tu favor el que estás sobrio, amigo mío! Ah, felicidades por eso. De haber estado borracho, entonces sí que tendríamos un problema muy serio y no podría venir a ayudarte. Pero siendo así, vas (vamos) a estar bien. No hay nada sobrenatural. No te creas tus propias historias, Simon. Puedes hacerlo mejor que eso.

—¿Ni siquiera esta historia?

—Para. Voy a hacer ver que no he oído eso. Tenemos trabajo que hacer. Necesitamos recomponernos y cortar las hemorragias. Sí, ya sé que está oscuro y que el suelo está lleno de cristales. Eso es para que recuerdes pagar la factura de la luz. Pero no me voy a poner ahora a decirte que ya te lo dije. Ahora mismo, así como estás, sobrio y sin estar herido de gravedad, vamos a detener las hemorragias. Tienes que presionar las heridas, a ver si encontramos una toalla o algo. No nos costará mucho. ¿Lo ves? Ya se te están acostumbrando los ojos a la oscuridad.

Se le siguen clavando cristales mientras intenta salir de ahí, pero apenas los siente. Ahora tiene una misión. Tiene que parar las hemorragias. Su mente racional está aquí, y eso significa que es quien controla ahora.

Sarah y Sombrero Blanco no pueden estar en la misma habitación.

—Aquí no hay nada que ver —dice Sombrero Blanco—. Nada que temer. Sarah no ha estado nunca aquí, Simon, y lo sabes. Sarah está muerta y lleva años muerta.

Sombrero Blanco ayuda a Simon a caminar por la casa, a vendarse las heridas. Sombrero Blanco es un héroe. Sombrero Blanco le hace saber a Simon que aquello a lo que más teme, no existe; que no está siendo castigado; que simplemente se ha encerrado en sí mismo y que es alcohólico.

Sombrero Blanco siempre viene en ayuda de Simon, sin importar lo que pase, sin importar el que Simon tenga un revólver en el armario con el único propósito de arrancarse para siempre a Sombrero Blanco de la cabeza.

Toma una decisión.

Es una decisión relativa a ti.

## **La reaparición de los Tipos Trajeados**

Ahora mismo están ahí fuera.

## Un fajo de problemas

Simon está en la puerta de tu apartamento. Lleva un fajo de papeles en las manos.

—Aquí tienes —dice—. Cógelos. —Y te los tiende.

Es demasiado tarde para elegir. Los coges. ¿Desde cuándo puedes rechazarlo? Sostienes las hojas entre tus manos: una pila de unos quince centímetros de papeles blancos, amontonados con desorden, como si los hubiera recogido con prisa. Y no están puestos en ningún orden en particular.

Inmediatamente, Simon se sienta en tu sofá (que ahora ya es tuyo), se arrebujaba en él y cierra los ojos. Como si fuera suyo. Como si fuera el lugar donde le resulta más sencillo conciliar el sueño.

—¿Qué quieres que haga con esto? —preguntas, mientras sostienes el fajo, no muy seguro de querer tenerlo muy cerca.

Parece que Simon ya se ha dormido, pero te contesta:

—Léelo, por favor, y me dices lo que piensas.

Lo cierto es que ya estás empezando a pensar en todo tipo de cosas. Piensas que te maravilla el que Simon haya dicho «por favor». Piensas que deberías sentirte insultado porque ha entrado sin que lo invitaras a hacerlo y sin ninguna referencia al hecho de que estuvo a punto de estrangularte, haciendo como si no hubiera pasado nada.

Piensas que leer los desvaríos de un loco puede suponer darle un mal uso a tus energías. Aun así, está tan satisfecho y tan tranquilo que una cierta felicidad (que no es que haya habido mucha por aquí últimamente) te embarga.

Te sientas con el libro. Si lo lees y es bueno, ¿quién sabe?, podrías matarlo con facilidad y quedártelo (al fin y al cabo es tu apartamento... y tu fantasma). Si es malo, cosa que no te haría sentir muy cómodo admitir, actuarás como en *El traje nuevo del emperador* porque tú no has escrito nunca para el *Times* y ni siquiera has acabado de leer el *Ulises*.

O también puede publicarse y que tú seas su fan número uno. Con independencia de que te guste o no. A lo mejor Simon apreciará tu apoyo. A lo mejor te escuchará tocar la guitarra... A lo mejor puedes cantarle una canción...

«*Walk my way... and a thousand violins begin to play*».

(No has oído eso. Ni si quiera lo has llegado a pensar, tampoco).

A lo mejor, el hecho de que te lo enseñe a ti (¡el primero!) es un acto de fe. A lo mejor es su forma de decir que te quiere, después de todo. ¿Quién sabe qué depara el futuro? Tienes preguntas. A lo mejor en este libro, al final, están las respuestas.

Pero no, no están.

## Fin

Si yo no fuera un fantasma, escribiría mi historia como si se tratara de una casa. Sería capaz de decirte qué fue lo que me ocurrió, escalón a escalón, del piso de arriba al piso de abajo, pasando por el desván que da miedo y por el sótano, pero centrándome en el salón, donde habría luz y donde sabríamos en qué lugar estamos y cómo hemos llegado hasta allí.

Pasaría esto, y luego lo otro, y nos traería hasta aquí.

Si no hubiera muerto demasiado joven, demasiado pronto, y mi muerte no se hubiera parecido tanto a un suicidio y no hubiese nadie a quien le importara en realidad, tendría más poder que el de susurrar o hacer que sople el viento o lloren las paredes. Ser un fantasma tiene sus limitaciones.

La no existencia es una de ellas.

Por eso eres tan importante para mí, ¿o es que no lo ves? Eres vital, necesario. Tengo mucho que contarte, pero tú eres la única voz de que dispongo ahora.

¿Qué otro poder tienen los muertos aparte de usar a los vivos?

¿Qué somos los muertos, sino vuestro futuro?

¿Qué sois vosotros, sino nuestro pasado?

¿Y qué es el tiempo (o todo esto) sino una tormenta eléctrica dentro de tu mente, el latido de un órgano que bombea sangre, un baile que se detiene de repente, sin ritmo? ¿Qué es sino lo que nosotros mismos imaginamos y creamos?

El amor también es un fantasma, creado a base de ritual, creencia y devoción. De compromiso.

Obsesión.

Es llamarse a uno mismo y recrear lo que a lo mejor no existió nunca, que solo tuvo lugar en la mente de un hombre... que está perdiendo la cabeza.

## La llama del cigarrillo

Simon se ciernen sobre la máquina de escribir, desnudo. La vela con forma de Santa Claus de Sarah se está convirtiendo en una figura de cera espantosa mientras se derrite.

*(Las velas son para los velatorios y para los amantes).*

Sarah da un paso para salir de la oscuridad y entra en el pequeño círculo de luz. El *clic-clic* de las teclas la ha despertado.

—¿Qué estás escribiendo? —le pregunta.

Él levanta la mirada hacia ella, con un cigarrillo entre los labios, como sorprendido de estar allí, en casa de Sarah. Sorprendido de que ella sea una persona real y no una aparición.

Está a punto de reírse de él. Los hombres suelen tener una pinta graciosa cuando están desnudos, sobre todo si además están encorvados sobre un teclado y fumando. Sarah se imagina que él debe de pensar que tiene pinta de interesante. Así que consigue no reírse, pero no puede evitar que se le escape una sonrisa.

—¿Qué estás escribiendo? —le pregunta otra vez. Cree que lo quiere. No, está segura de ello. Ahora ya todo ha terminado, excepto los llantos. Lo quiere, sin lugar a dudas.

—Va sobre ti —contesta él.

—¿Una historia de amor? —inquire.

—Una historia de fantasmas —responde él.

Sarah se lo queda mirando, sin saber muy bien qué le ha querido decir. ¿Es una indirecta? ¿Es una broma? Es... es algo en lo que no puede pensar ahora mismo. No ahora. Porque lo ama.

—¿¡Oh!?! —exclama, pues se lo ha tomado al pie de la letra—. Pero yo no soy un fantasma.

Simon le chista para que se calle y vuelve a teclear con ambas manos, como si hubiera interrumpido algo importante. «No soy un fantasma», murmura para sí, como si ella le hubiera dicho algo grosero que debería haberse pensado antes.

El humo del cigarrillo hace que a Simon le lloren los ojos, y ella desea que lo apague. Parece que la llama esté a punto de caérsele en el regazo. Eso sería doloroso. Y divertido.

Es el momento en el que las cosas se convierten en tragedia o en comedia, dependiendo de si eres quien padece la acción o si eres el testigo.

¿Ella la está padeciendo o es la testigo? No es capaz de decidir.

Así que no hace nada.

—¿Pero yo no soy un fantasma? —Él levanta la voz. Su indignación va creciendo a causa de la osadía de Sarah—. ¿Quién te crees que eres?

Ha dado en el clavo.

Ella no es nadie.

Pero esa no deja de ser su máquina de escribir, al fin y al cabo.  
La llama cae.

## Agradecimientos

A Skipp, por todo.

A Rose O'Keefe, jefa del bizarro, por decir que sí.

A mamá, por dejarme volver a casa. A Shannon, por el heliotropo.

A los Nappies, porque saben hacer que una señorita se lo pase bien.

A los queridos amigos que leyeron esto (o lo intentaron) en su pasada encarnación. A Ezra, por enseñarme el camino cuando estaba perdida. A Carolynne, por la transparencia.

A Natasha, por gustarle tanto. A Zoe, por los consejos. A Paula Rozelle Hanback por ponerle orden. A Maria Fulmer, por cubrirme con tu sombra perfecta.

Y, de nuevo, a Skipp..., por todo.

Y a Simon, quien me encontró en la oscuridad y me susurró al oído cómo salir de ella. Es una locura que saliera bien.

## **¡Apoya a una pequeña editorial independiente!**

Orciny Press es una *small press*, es decir, una pequeña editorial independiente que además autodistribuye sus libros. Queremos hacerte llegar grandes historias fuera de lo común y nos gustaría poder hacerlo durante un tiempo siendo fieles a nuestra filosofía. Por eso, si te gustan nuestros libros, pedimos tu apoyo para que nos ayudes a difundirlos. Además de comprarlos hay muchas cosas que puedes hacer y por las que te estaremos eternamente agradecidos. Estas son algunas:

Dile a tus amigos que te han gustado nuestros libros. El bocaoreja es la mejor arma.

Tuitea o comparte en Facebook que estás leyendo alguno de nuestros libros.

Escribe una reseña en tu blog, en Goodreads, en Lektu o en la plataforma donde los hayas comprado.

Pregunta por ellos en tu librería independiente favorita. Si contactan con nosotros, se los haremos llegar.

Anima a nuestros autores a seguir escribiendo y diles lo mucho que te ha gustado su obra.

¿Conoces a algún periodista cultural? Dile lo mucho que te ha gustado.

Apúntate a nuestra newsletter: a lo mejor sacamos más cosas que te interesan.

Todo esto hará que le sonemos a la gente y nos pueda tener en cuenta a la hora de elegir su próxima lectura. Muchas gracias por hacerlo posible.

# Notas

[1] «Birthday» de los Beatles. <<

[2] «*What's Goin' On?*». <<

[3] Caminas hacia mí... y un millar de violines comienzan a sonar... <<

[4] Se refiere a *The Sneetches*, del doctor Seuss, un cuento infantil en el que unas criaturas llamadas Sneetches establecen una diferencia de clase social dependiendo de si tienen una estrella en la barriga o carecen de ella. <<

[5] En este caso hace referencia al ensayo *The Glass Teat*, de Harlan Ellison, en el que se refiere a la televisión como una teta de vidrio de la que nos alimentamos. <<

[6] Verso de la canción «Suicide is Painless» (en español, «El suicidio es indoloro», de la banda sonora de *M.A.S.H.* <<

[7] Fozzie el oso es un personaje de los Teleñecos. Es un oso de color naranja con sombrero redondo que al reír hace «Wakka, wakka». <<

[8] Y te juro que no tengo ninguna pistola. No, no tengo pistola. <<